
DG

Axxón 123, febrero de 2003

Editorial - Axxón 123

¿Qué te interesa?

¿Qué le gusta a los que visitan Axxón? Es una pregunta que contiene muchos significados. La hago desde un sitio dedicado a la Ciencia Ficción —sin olvidar la Fantasía y el Terror— que contiene, además de la gran cantidad de elementos que hemos inventado en los últimos tiempos, una revista que lleva catorce años de aparición. ¿Tiene sentido hacerla? ¿No está claro qué es lo que le gusta a la gente que entra al sitio?

Les voy a decir la verdad: NO. De verdad no me queda claro.

Después lo explicaré.

Voy a analizar ciertas cuestiones que se notan en el ambiente. Yo me refiero al ambiente de CF, de lectores y escritores, de Argentina. No conozco lo que pasa en otros países, ni siquiera en otra ciudad que no sea Buenos Aires, salvo lo que me entero a través de revistas y correo con personas y ésta no me parece una información suficiente.

¿Qué le pasa a la gente? ¿Por qué no consume el material que se ofrece y al mismo tiempo se queja de que no tiene nada que leer? Se desviven por un libro extranjero que cuesta valores inalcanzables, se lamentan interminablemente de ello, y no se toman el trabajo de picar sobre un cuento que se ofrece en una revista argentina. Bien, puede ser que el cuento finalmente no les guste, pero ¿cómo lo saben de antemano?

Este fenómeno no es nada nuevo. Bien dice el dicho popular: “Nadie es profeta en su tierra”. Pero aquí hablamos de lectores de todo el mundo; sólo se requiere que sepan leer en español.

Aparecerán miles de críticos a decirme que lo que pasa es que el material argentino y sudamericano —e incluso el español— es malo. No sería la primera vez ni será la última. Bien, sí señores, los editores, los jurados y algunos lectores son estúpidos. Qué digo, ***yo*** soy un estúpido. Debería aprender de ustedes. Por eso mi revista sólo la han leído mi prima y mi mamá. Es más, soy tan idiota que si sale en el país un solo cuento de calidad, siempre sale en otros lados. Publiqué por primera vez a autores que han ganado los

máximos premios de la CF, pero eso fue suerte. Les pido disculpas a los lectores por ser tan incapaz.

Ya ven lo que pienso de los críticos.

El problema —déjenme seguir inmerso en mi estupidez— es que hay demasiado gente convencida de que lo que se hace aquí —excepto su propia obra, obviamente— es malo. Y demasiada gente que, por razones personales, no deja de “publicitar” esta necedad. Lo peor es que no es por un análisis que hayan hecho, sino porque sí. Ya he visto el triste espectáculo de un crítico que se quejaba de una supuesta confabulación para dar un premio a un cuento, presuponiendo que era malo, y cuando se lo apretó confesó que no lo había leído. Es que un cuento que no aparece en su propia revista… o no es de uno mismo…

Ahora vayamos al análisis de una clase de escritores que no es escasa. Quieren ver publicado lo que escriben, luego aclamado, premiado y erigido en obra maestra. Si logran que este editor —¿idiota?— elija su cuento y lo publique, pues se lo informarán a miles de personas en decenas de listas. Quizás piquen sobre su cuento un centenar de veces. Pero si otros escritores dan avisos similares de sus materiales, jamás picarán un enlace. No lo picarán si no es un texto de ellos mismos ni en las revistas donde esperan triunfar.

Antes —cuando se intentó editar revistas— la actitud era no comprar un ejemplar ni por casualidad.

Y bueno, así estamos.

¿O es que en realidad a nadie le interesa la ficción? ¿Es que las revistas debemos publicar otras cosas y mucho menos ficción?

Puede ser. Créanme que lo pienso.

De todos modos no nos engañemos. Creo que a mí ya no me engaña nadie: llevo veinte años en esto. Los lectores de este tema son todos escritores potenciales y hay un altísimo porcentaje que pasa de la potencialidad a la realidad. Luego de eso, empiezan a desear que su cuento triunfe. Pero jamás han hecho nada para que eso sea posible. El problema tiene un nombre, claro y duro, y que duele: egoísmo.

Todos saben que en una época publicamos libros en soporte informático. ¿Creen ustedes que se vendieron muchos? Se vendieron algunos al principio. Hablamos del título de Capanna, por ejemplo, del que hicimos ejemplares numerados que fueron vendidos con anticipación. Luego de eso, muy poco o nada.

¡Oh, sí! Los críticos dirán que eran todos malos.

No soy crítico, gracias a Dios. Juzgo las cosas por el efecto que me producen como lector. Y agrego la experiencia.

He discutido con críticos, pero hoy creo que es una estupidez. Menos cuando son críticos y editores y escritores al mismo tiempo. Y nadie les paga por el trabajo. Un estímulo de este tipo puede producir horrores en las personas.

Pero debo estar aburriendo con mis amarguras. Mejor vuelvo al tema concreto y definido de este Editorial: ¿Está claro qué le gusta a la gente que entra al sitio? NO. De verdad que no.

Ahora sí lo explico: el sitio de Axxón tiene un monitoreo múltiple de accesos. A la página entran todos los días algunos centenares de personas. El número está cerca de mil, pero en los últimos tiempos está inflado debido a que alguien creyó que nos ayuda agregando ¿trescientos? ¿cuatrocientos? accesos por día desde una conexión ADSL en Argentina: Arnet on Line. Nosotros lo sabemos y descontamos estos valores falsos como podemos. El número se puede saber bastante bien.

De todos modos, quedan entre cuatrocientos y quinientos diferentes accesos. A veces un lector puede generar varios, claro. Lo hace cuando regresa a la página principal luego de haber estado un buen rato leyendo algo en otra parte. Pero el promedio de estas repeticiones es bajo: ni siquiera llega a 1,3. Esto pasa por el método de estadística que se usa —gratuito pero muy bueno— y creo no es tan significativo.

La cosa es ¿a qué entran a la página cuatrocientas personas cada día?

Bueno, hay decenas de atractivos. Noticias, cuentos, novelas, rarezas, artículos científicos, tiras de historietas, humor, imágenes, galerías. No hablo de material estático, hay suficiente material ingresado día a día como para satisfacer a cualquiera.

Este material no está en la página principal. Por lo tanto, después de la página principal, ¿a qué sección entran?

A Zapping la mayoría. Un poco menos a Noticias. Y menos del diez por ciento a la revista en sí, los cuentos, los chistes y las imágenes. Ni hablemos de la interesantísima —es mi opinión, pero sé concretamente que muchas personas la comparten— sección Urbys, la ciudad virtual: se renueva casi todos los días y la visita el cinco por ciento de los navegantes.

Se pone MUCHO esfuerzo en estas áreas del sitio. Bien, el Zapping da mucha satisfacción, pero Zapping está hecha por una sola persona y no se puede alimentar infinitamente. Una revista como

Axxón está hecha por muchas personas y eso asegura que seguirá apareciendo. Todas las semanas conozco nuevos escritores. Algunos no tuvieron suerte (y esto no quiere decir que no deban seguir intentando), pero muchos han visto sus trabajos publicados por primera vez. Algunos han pasado por Axxón y ahora son escritores consagrados.

Pero todo esto ¿vale la pena? ¿Tengo que dedicarme a escribir Zappings y dejar de gastar tanto tiempo y esfuerzo en cosas que no sirven?

Sinceramente no lo sé.

Apuesto todo a que los lectores me lo contesten.

Esto es lo que quisiera que me informen:

1. Qué es lo que les gusta en el sitio
2. Qué les disgusta
3. Qué visitan regularmente
4. Qué quisieran encontrar regularmente
5. Qué quisieran encontrar cada tanto
6. Si las Noticias les interesan así como salen o quisieran algo más breve o más extenso
7. Si el Zapping tiene los temas que les gusta leer
8. Opiniones sobre la revista en sí. Si tiene sentido hacerla y si notan defectos y/o virtudes.
9. Secciones que les interesan
10. Secciones que jamás visitan ni visitarían

Escríbanme a ecarletti@axxon.com.ar. No quiero que suene a amenaza, pero siento profundamente que el destino del sitio y de la revista depende mucho, pero mucho de que una buena cantidad de personas respondan a estos interrogantes y de lo que me digan en estas respuestas.

Por último, aprovecho el Editorial para dar curso a algunos asuntos prácticos: desde hace dos años estoy en la ruina. No es raro, el país entero está así. Pero no toda la gente está tan mal y algunos pueden ayudar. Pongo a continuación una lista de carencias y espero que alguien pueda cubrirlas. Bien dice la letra de un tango (proveniente de la sabiduría popular): “El que no llora no mama”.

1. No me funciona la disquetera. Algunas personas cambian sus máquinas y les queda una por ahí. Agradecería que me la haga llegar (Anchorena 1517 / 1714 - Ituzaingó / Prov. Buenos Aires / ARGENTINA).

2. No me funciona la unidad de CD. Solicito lo mismo, agregando que mis discos rígidos están repletos y me vendría muy bien una unidad que además grabe discos.

3. No tengo acceso por 0610, así que pago el doble por cada minuto de navegación usando proveedores "gratuitos". Además, sólo puedo navegar unos minutos por día, porque sino no puedo pagar. Necesito mejorar la situación. Donación de un año de acceso 0610. O de un ADSL. Lo que sea que pueda hacer por Axxón un proveedor, un lector que no lo usa (en alguna época mejor alguien que recibía el acceso por cortesía, por ser periodista, o porque era representante, me transfirió el uso) o una persona que de alguna manera tenga acceso y pueda facilitármelo.

Gracias de antemano. Creo que después de entregar entretenimiento y contenido gratuito por tantos años, es mucho y no es mucho pedir.

Eduardo J. Carletti, 1 de febrero de 2003

La guerra de las cuatro en punto

Frank Roger

Entrada 1

Permítanme explicarme.

Simplemente, no había otra opción para mí.

Y recuerdo con claridad cristalina el momento en que vislumbré que no podía continuar por este camino: el Teniente Pérez viniendo hacia mí, el sudor bajando en torrentes por su cara, su uniforme arrugado y mugriento, y diciéndome:

—Trinidad está en llamas, Señor.

En ese momento algo estalló en mi interior, aunque me aseguré que no se notase, que mi coraza mental no mostrara fisuras, y creo que sencillamente asentí y despedí al viejo Pérez. Pobre, no tenía manera de saber lo que me estaba pasando en ese momento o qué efecto habían tenido sus palabras sobre mí.

Pero entonces apreté mis dientes como tenaza, cerré mi mano en un puño y lo alcé hacia ustedes; ustedes, condenados hijos de puta. Todos ustedes. Y los maldije.

Y desde entonces no he cambiado de opinión. Y, sólo por si se lo preguntan, dudo que alguna vez lo haga. No importa cuáles puedan ser las consecuencias.

¿Entendieron? Digo: ¿Lo entendieron?

Entrada 2

Está bien, me calmaré un poco e intentaré expresar mis pensamientos de una manera más controlada.

¿Desde dónde y cómo empezar? ¿Qué tal desde el mismísimo comienzo?

Quisiera aclarar que, en un principio, era un partidario firme de todo este asunto. Fui un constante patriota, orgulloso de ser norteamericano. Estaba listo, deseando defender mi país sin importar cual fuese el costo. Cuando decidí unirme al ejército sentí que estaba haciendo algo valioso por mi país y cuando, años y años más tarde, después de que hubiera ascendido al rango de Coronel, recibí la orden de ir a Cuba para esta guerra, aún mantenía los mismos sentimientos. Bien dentro mío era aún el mismo chico todo América que siempre he sido.

O que he sido hasta hace poco, en realidad.

Sé que, por supuesto, algunos de ustedes señalarán ahora que mi abuela era cubana y que tengo algo de sangre cubana en mis venas, pero déjenme decirles: nací y fui criado en los Estados Unidos y mis raíces, en parte cubanas, nunca han sido un problema. Nunca he sentido debilidad por los valores que ha representado el sistema cubano a través de los años.

Así que si hay alguien allá afuera que piensa que soy del tipo de revolucionario subterráneo cuya cubierta fue destruida, está absolutamente equivocado.

Era un verdadero norteamericano.

Pero eso ya se terminó.

Ése es el pasado.

Ya he visto demasiado a estas alturas y sé demasiado. Mis ojos se abrieron. Ya no puedo vivir engañado.

Al infierno con todos ustedes.

Entrada 3

Supongo que no he sido lo suficientemente claro. Estamos, a duras penas, en el área de Camagüey. En un campo donde solían cultivar piñas, una actividad que se ha detenido en estos tiempos a causa de los esfuerzos de la guerra. En los últimos días hemos sido testigos de una serie de chaparrones tropicales, no demasiado infrecuentes en el Caribe durante esta época del año. La tierra se ha convertido en un barro pegajoso que lo cubre todo. Hay humedad por todos lados, hasta el aire que respiramos es tan caliente y húmedo que se siente como un líquido hirviente que sofoca nuestras gargantas.

Las Fuerzas Armadas cubanas han ofrecido una feroz resistencia. No puedo decir, sencillamente, que los hayamos aplastado, si consideramos nuestras bajas, excepcionalmente altas para un ejército equipado con material de última tecnología, respaldados por un equipo logístico superior y que sobrepasa en gran medida el número de nuestros adversarios. Perdimos algunos buenos hombres, una cantidad de tanques y vehículos y hasta nos robaron parte de nuestras municiones.

No diré que fue esta una victoria pírrica, pero de seguro que nos dolió.

Pero habíamos ganado y establecimos campamento para pasar la noche. En ese momento llegó la llamada.

—¿Coronel Blyford? —sonó la minúscula voz en mi oído.

—¿Sí?

—Habla Kenneth Lee. Por aquí estamos teniendo un pequeño problema.

Yo ya sabía que no podían ser buenas noticias. Nuestro querido y bienamado CEO de WarWorks S.A., la compañía que estaba montando todo este show, nunca llamaba para felicitarnos o simplemente decir "Hola".

—Acabamos de ver el material de la filmación de hoy y tuvimos una reunión de emergencia con el equipo de producción.

—Entonces, ¿cuál es el problema, señor Lee?

—Necesitamos que ciertas escenas se filmen de nuevo.

—¿Disculpe?

—Vea, Coronel, entiendo que por allá han estado teniendo un clima algo rudo, y me temo que se nota en el material filmado. Hay barro y tierra, literalmente por todos lados. No encontramos una sola imagen en la que los logotipos de nuestros auspiciantes puedan verse con claridad sobre los vehículos o los uniformes. Estoy seguro de que se da cuenta de que esta gente no va a estar feliz si emitimos estas imágenes de baja calidad. Están pagando una suma de dinero importante por el espacio de publicidad. Son ellos los que mantienen este programa en el aire, maldición, y tienen el derecho de rehusar el material si lo encuentran inaceptable. Coronel, me doy cuenta de que no está trabajando en condiciones ideales, así que no lo estoy culpando a usted personalmente. Solamente quiero dejar en claro que necesitamos, para mañana a la noche, una nueva filmación de la batalla de Camagüey, y tiene que ser material del mejor que cumpla todos nuestros criterios. ¿Queda claro?

—Comprendido, señor Lee —dije, tragué con alguna dificultad y dejé que el teléfono cayera sobre mi regazo.

Bueno, había oído hablar acerca de este tipo de procedimientos, así que no era una completa sorpresa, pero era la primera vez que me sucedía a mí, y me golpeó como un puñetazo bajo el cinto.

Seguro, seguro, limpiar todos los uniformes y los vehículos para que los logotipos de los auspiciantes puedan ser apreciados reluciendo en todo su esplendor y recrear, felices, la última batalla, permitiéndole a los equipos de cámaras que trabajaba de nuestro lado maravillosas oportunidades de tomar material hecho a medida para las Noticias de las Ocho en Punto.

Ningún problema con eso, señor Lee. No se preocupe, los

auspiciantes estarán contentos. Nos aseguraremos de eso. Cuente con nosotros, señor Lee.

Váyase a la mierda, señor Lee.

Entrada 4

Algunos hechos históricos.

Para que puedan analizarlos.

Sé cual era la idea. Y no tuve ningún problema con ella, al principio. Todo me pareció correcto. Sonaba a verdadero, encajaba en mi modelo mental.

El régimen post-Castro había abandonado los ideales comunistas de su malévolo predecesor, pero había fallado en el cumplimiento de las expectativas del gobierno de los Estados Unidos. Los nuevos líderes cubanos querían forjarse una identidad propia, más cercana a la de sus hermanos latinoamericanos, inspirada en el deseo de alcanzar una independencia total. Las puertas de Cuba no fueron abiertas de par en par para los hombres de negocios norteamericanos ni para los refugiados cubanos en Estados Unidos, ansiosos de reclamar la propiedad de lo que aún consideraban suyo. La gente estaba enojada. Y yo también. Era la época en que todavía estaba del lado de ustedes, ¿se acuerdan?

A pesar de que ya no era una base comunista, Cuba aún era una espina clavada al flanco de Norteamérica. Se consideró que debían tomarse medidas drásticas. Era justo que así fuese.

Arderá La Habana, decían. Lindo slogan. Una metáfora enérgica, lo suficientemente atractiva como para incluirla en la melodía de presentación de “Noticias de las Ocho en Punto”. En ese momento no me di cuenta de lo complacido que estaba el gobierno de las flamas incendiarias que representaba su ballet letal en la pantalla de un televisor.

Algunos otros hechos históricos.

Estoy muy enterado, obviamente, del trasfondo completo de los asuntos militares y lo inevitable que fue la evolución que nos llevó a la situación con la que hoy nos enfrentamos.

Los ejércitos de la vieja época se habían vuelto demasiado costosos, socavando grandes brechas en el presupuesto del país. Brechas que continuamente crecían y se ensanchaban, y amenazaban con debilitar, poco a poco, toda la estructura. Esto no podía seguir así. Se debía hacer algo al respecto. Sí, claro, hermanito.

Así que el ejercito fue transferido a manos privadas, vendido

a un conglomerado de compañías llamado WarWorks S.A. La empresa tenía contactos estrechos con los medios periodísticos, agencias de publicidad, toda clase de compañías. Corríjanme si me equivoco. ¿Qué fue lo que dijo? ¿Demasiado estrechos? Bien, pensé que era eso lo que había dicho. Sí, gracias. Permítanme continuar mi monólogo:

Negocios: ésa era la palabra clave.

Nos convertimos en una operación comercial. Una administración sólida, negocios provechosos. Todas nuestras acciones eran filmadas, los derechos de televisación del material eran vendidos a las cadenas de TV, nos daban nuestro tiempo en el aire, y nuestro rating subió de lo fabuloso a lo llanamente increíble. Los auspiciantes se peleaban entre sí para alquilar espacios en los uniformes de los soldados y en los costados de los tanques y vehículos que usaba el ejército. Esto nos dio una oportunidad para generar fondos demasiado buena para ser desaprovechada. Por supuesto que no teníamos voto en el asunto. Simplemente éramos empleados de WarWorks haciendo el trabajo sucio; unos extras que bailaban siguiendo el compás que el director nos marcaba. O muriendo. O, ahora que lo pienso, ambas cosas.

Y el dinero llovió a raudales. Nuestros trabajos estaban asegurados. Todos pensábamos que eso era buena cosa. ¿Qué pensarían ustedes? Por supuesto, todos los peces gordos querían hacer escuchar su opinión; muy comprensible, si supieran la cantidad de dinero que estos muchachos estaban colocando en el asunto.

Pero, al final, sentía que ya no era un soldado. Me había convertido en un actor de un juego que se había vuelto demasiado complejo para entenderlo. Recibía mis órdenes de fuentes no militares, e incluso de personas que no tenían relación con la política. Gente que no podía considerar como mis superiores.

Negocios, claro.

Pero bien dentro de mí todavía era un soldado. Nunca fui un hombre de negocios, por el amor de Dios. Así que por eso terminé arrancando todos los logotipos de los auspiciantes de mi uniforme. Del asco que me daban. Para mantener el respeto por mí mismo. Para rehusarme a ser convertido en algo que no quería. Me di cuenta en qué me estaba convirtiendo y lo odié. Con cada fibra de mi cuerpo. ¿Se dan cuenta? Dije, ¿Se dan cuenta?

Por supuesto que no, y nunca lo harán.

Sabía que no podrían. Siempre lo he sabido.

Entrada 5

Suficientes hechos históricos. Escuchen esto:

No soy un poeta, pero intentaré describir esto lo mejor que pueda. Llámenlo un punto de quiebre en mi vida, una piedra angular si alguna vez hubo alguna.

Es más de una semana después del episodio Camagüey. Hemos hecho progresos, hemos ganado batallas, el equipo de filmación obtuvo buen material, los ejecutivos del estudio están complacidos, nuestro rating se ha disparado a las nubes. Regocijo, regocijo, esa sería la reacción normal de cualquier ser humano. Nos estamos aproximando a los suburbios de Trinidad, un baluarte de la resistencia en la costa sureña de Cuba.

Temprano a la mañana. Un amanecer espléndido. Si no fuera por la guerra, esto podría ser idílico. Un cielo deslumbrante, vigorizante aire puro, un aura engañosa de paz y tranquilidad. Los supuestos grupos de resistencia deben de estar bien camuflados, claro.

Nuestras órdenes son tomar posiciones estratégicas en las afueras de la ciudad y esperar las siguientes instrucciones. Mientras tanto, hacemos un viaje de reconocimiento alrededor de Trinidad. Había escuchado hablar de este pueblo, pero verlo con mis propios ojos es algo diferente. Éste es el museo al aire libre del pasado colonial de Cuba. Calles angostas y retorcidas pavimentadas con adoquines. Edificios de estilo español, plazas e iglesias. No es que nos crucemos con muchas personas. Supongo que todo el mundo está escondiéndose. No hay señales de las milicias Cubanas, tampoco. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Esto es una trampa? ¿Una maldita broma? ¿Un error inconcebible?

Entonces: una llamada telefónica.

Habla el señor Lee. Finalmente. Está en su clásico humor de "no me venga con tonterías". Usted está hundido en la mierda, Coronel, me dice (no, no lo estoy citando con exactitud, por si se lo estaban preguntando. Nada como "mierda" podría salir nunca de la boca del aseado y bien educado señor Lee). Esos combatientes de la resistencia están por todos lados, como moscas rondando un cadáver putrefacto, sólo que no los ve. Se ocultan en cada rincón y hendidura de este pueblo, esperando el momento de asestarnos el golpe fatal. Debemos actuar rápidamente y sin piedad.

Por alguna razón, la verdad no resuena en sus palabras. Pero, por otro lado, ¿quién pregunta mi opinión?. Entonces: ¿qué es lo que hacemos, señor Lee? Ahumemos a los bastardos, Coronel. Combatiremos el fuego con el fuego. Haremos que este lugar arda

hasta los cimientos. ¿Queda claro, Coronel? ¡Quémelo!

Asiento. Haremos que las fuerzas de la rebelión se esfumen como el humo, entonces. Donde quiera que se escondan, lo que sea que estén intentando hacer, cuando hayamos acabado no quedará nada excepto cenizas y restos del incendio. Queda claro, entonces. Llame a esto la escena de la hoguera gigante en la película.

¿Disculpe? ¿Qué quiere decir con que me estoy burlando? Simplemente estoy desahogando mis sentimientos. ¿Qué no debería estar comparando esta guerra con una película? ¿Dice que es una falta de respeto? Entonces, ¿por qué, si puedo preguntar, trata a mis hombres como si fueran actores que, en realidad, no mueren? ¿Por qué destruye ciudades como si fueran escenarios de filmación donde no vive nadie? ¿Por qué ve a la sangre que está manchando las calles como tintura rojo del departamento de maquillaje? ¿Por qué…? Disculpe, me dejé llevar. Permítanme continuar con el relato.

Doy las órdenes. Dejen que las llamas devoren esta perla de la cultura colonial, digo. Conviertan este maravilloso icono de la historia del Caribe en un crematorio, celebren esta matanza ritual de ciudadanos inocentes con un negocio que convierta esta noche sombría en un día glorioso. No, señor Lee, esas no fueron mis palabras exactas. La mayor parte de mis hombres no aprecian la buena poesía, así que elegí expresarme de una manera levemente más mundana. Creo que dije algo como:

—Quémenla, muchachos, quémenla.

¿Pero no es la misma esencia de lo que dije antes? ¿Qué es lo que dice, señor Lee? ¿Qué usted tampoco aprecia la buena poesía? Bien, en realidad, creo que lo entiendo. La poesía no mueve megamillones; que es, después de todo, lo que importa. Para algunos.

Así que allá fueron mis hombres, para ejecutar su bendita misión. Y, después de un tiempo, vuelve el Teniente Pérez con las buenas noticias. Misión cumplida. Los rebeldes han sido enviados al otro mundo. Con todo el resto. Trinidad es un pueblo fantasma, carbonizado. ¡Bien hecho! ¡Felicitaciones! ¿Qué sigue? ¿La Habana? ¡Sí, sí! ¿Puedo encender la mecha, por favor?

Entrada 6

Hay un par de imágenes que continúan persiguiéndome. Una es una fotografía que solía observar en lo de mi abuela, ya fallecida, cada vez que iba a hacerle una visita, cuando todavía era un chico inocente. Era una fotografía, amarilleada por el tiempo y marcada

por oscuras decoloraciones, de La Iglesia de la Santísima Trinidad; una silueta de adobe, de aspecto antiguo, contra un fondo azul brillante, manchado solamente por algunos jirones de nubes. La antigua iglesia, la más famosa de Trinidad. No estoy seguro de la causa por la que mi abuela se aferraba a la fotografía, ya que ella era de Santiago y no de Trinidad. Quizás fuese su único puente con Cuba, no lo sé. Y ahora ya es demasiado tarde para preguntárselo.

La segunda imagen es más reciente: los restos humeantes de lo que solía ser la Iglesia de la Santísima Trinidad; recortada contra un fondo amarronado y lleno de humo, después de que nuestras fuerzas se hubieran ocupado de ella. De alguna manera mi mente sigue superponiendo ambas imágenes, a pesar de que ya no hay una correspondencia entre ellas. ¿Tiene idea de por qué, señor Lee? Seguramente usted tendrá alguna pista.

Entrada 7

Así que dígame, mi querido señor Lee: ¿Por qué eligió Trinidad? Ah, ya veo. Así que hay una lógica detrás de su decisión. No fue un simple capricho, una decisión precipitada, hecha en el apuro del momento. Me alivia descubrir que le llevó una cuidadosa planificación, que hay una genuina filosofía detrás de esta selección.

Está en lo correcto, por supuesto. Las ciudades con una rica tradición cultural y de un elevado valor artístico son ideales para el propósito que tenía en mente. Las imágenes llegan derecho al corazón del espectador y logran una impresión marcadamente más poderosa que la filmación de la destrucción de un pueblo cualquiera. ¿Recuerda Leningrado? ¿Dresden? ¿Sarajevo? Por supuesto, por supuesto que eso suena perfectamente razonable, señor Lee. Y además los equipos de filmación deben haber tenido su día de campo allá en Trinidad. Es una ventaja que los canales de televisión no tenían en los viejos tiempos.

Ah, y ya que estamos, señor Lee, ¿puedo sugerirle que el siguiente blanco sea el antiguo centro de la ciudad en La Habana? La Catedral, el Capitolio Nacional, la Bodeguita del Medio donde el bueno del viejo Hemingway solía tomar sus mojitos, el Granma Memorial... Piénselo, señor Lee. Si yo fuera usted, no podría desaprovechar la oportunidad.

Pero no lo soy.

Gracias a Dios por eso.

Ah, una última pregunta antes de que me vaya, señor Lee: ¿Lo puedo incendiar a usted?

Entrada 8

Así que ahora ya saben.

El resto les queda a ustedes. No dudo que me iniciarán una corte marcial y, francamente, no me importa (mi anterior yo se hubiera opuesto a la idea; pero, de nuevo, mi yo anterior ya no esta aquí y ahora solamente queda mi yo actual).

Continúen con su trabajo a cualquier costo; usted, señor Lee y el resto de ustedes, muchachos. Alguien tiene que destruir el legado cultural del mundo, ¿por qué no ustedes? Parece que están hechos para el trabajo.

Pero ahora mis manos ya están limpias. Mi conciencia está tranquila.

No me importa quién gane eventualmente la guerra con Cuba. De hecho, creo que sé cual será el resultado. Los peces gordos de la TV serán los ganadores y lo harán a lo grande. Todos los demás, perderán.

Llegó el momento de cortar.

Lo veo en la Corte.

Ah, una cosa más antes de que me vaya: No se olviden de poner las Noticias de las Ocho en Punto cada noche. Un programa genial. Imágenes asombrosas. Filmado en vivo, realismo puro, sin efectos especiales o tonterías de estudio. Va a mantenerlo clavado a su pantalla. Día tras día. Así de bueno.

Traducido por Laura Nuñez

Frank Roger

Frank Roger vive en Gent, Bélgica, y ha publicado cantidad de cuentos, algunas novelas y colecciones en varios lenguajes en distintos países. En español publicó algunos cuentos en la revista Pulsar.

Caracoles

Fernando José Cots

Vamos caminando bajo la luna. De pronto, Langsner nos hace una señal de alto. Reviso las lecturas que aparecen en el cristal de mi escafandra, pero no percibo nada anormal… nada amenazador.

Miro a Ferranti, que carga nuestra carpa de reposo. No puedo ver su rostro a través de la escafandra, pero su actitud corporal me transmite desconcierto. Sabemos que Langsner tiene mejor equipo que nosotros pero… ¿a tal punto que permite la detección del peligro con mayor anticipación?

Langsner se acerca y extiende su conector de diálogo. Comprendo que nos quiere comunicar algo muy importante, pero no tanto como para romper el silencio de radio al que estamos obligados. Ferranti y yo preparamos nuestros conectores.

Por precaución, aunque aún no lo necesito, le doy una vuelta a mi giróscopo. Los acumuladores me darán un poco más de autonomía.

—A las diez del rumbo que llevábamos —nos dice una vez que estamos conectados.

—Sí, lo percibimos —le respondo—. Una masa de gusanos. Seguramente un animal muerto.

—¿No percibieron la forma de esa “masa de gusanos”?

—No…

—Sugiero explorar.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —protesta Ferranti.

—No nos llevará demasiado tiempo, lo prometo. De todas formas, hoy no llegamos al refugio. Todavía debemos descansar.

Yo lo entiendo, está apurado por regresar al refugio. Llevamos una carga valiosa y es necesario que llegue lo antes posible. Pero sé que Langsner no es alguien de solicitar un alto sin motivos.

—No nos demoraremos —lo tranquilizo—. Lo que sea, está cerca.

Volvemos a desconectarnos y nos dirigimos al lugar donde nuestros detectores nos han dado tan extrañas lecturas. No demoramos en darnos cuenta de lo que pasa y todos nos horrorizamos.

Frente a nosotros hay un cadáver. Es —o fue— un ser humano. Tiene un traje protector muy imperfecto, de una fabricación que no es de nuestro refugio. Es evidente que el frío de la noche fue demasiado para él y sucumbió. Cayó sobre su costado derecho, en posición fetal, y en esa pose lo sorprendió la muerte. Así estaríamos nosotros si nuestros trajes no fueran tan buenos.

Pasada la primera impresión, Langsner, por señas, me ordena que revise. Él y Ferranti intensifican el alcance de sus sensores. Reviso el traje y analizo todo lo importante. Es más artesanal que los nuestros, tiene filtraciones y no cubre todo el cuerpo. Confiarse en él y salir en medio de la noche es un suicidio.

Estoy en la revisión cuando mis lecturas me indican otra presencia. Sé que Langsner y Ferranti lo han percibido. No tarda en aparecer. Es un puma.

Resulta difícil asociar ese felino peludo y enorme con el ágil puma de los libros ilustrados, más pequeño y esbelto. El animal se queda mirándonos. Nuestros trajes no emiten calor alguno, por lo tanto sólo puede percibirnos por los ojos. Para un animal, ver algo que no puede oler ni sentir su calor es algo bastante desconcertante.

En esa perplejidad confía Langsner, nuestro combatiente. Él ya está listo.

Langsner se enciende con un chisperío multicolor que enceguece a la bestia, al tiempo que lanza por su altavoz la grabación de un alarido animal magnificado. Es suficiente. El puma escapa aterrorizado y sólo se detendrá cuando la fatiga lo venza.

Pero algo de golpe nos preocupa. La densidad de la atmósfera nocturna ha difundido las luces de Langsner muy lejos. El alarido, en medio de tanto silencio, también se debe haber escuchado. Y ese mismo chisperío ha generado un leve calor en derredor de Langsner.

Langsner, mientras refrigera el aire en torno de su traje, ordena a Ferranti que suba a una elevación. Yo sigo examinando el cadáver y sus pobres pertenencias.

Por lo que puedo ver, de donde haya venido el pobre desgraciado contaban con restos de industrias. Debía haber materiales para hacer trajes como los nuestros, con aislamiento contra el frío nocturno y las fatales radiaciones diurnas… pero no los hicieron bien. Por lo menos este infeliz pagó las consecuencias.

Una rápida mirada en derredor me dice que viajaba solo, otra imprudencia. Veo que sus huellas se pierden lentamente, a medida que la brisa nocturna las va borrando. No tiene un cepillo de arrastre como los nuestros. Y si no borró sus huellas, tampoco

habría borrado la de sus inexistentes compañeros. Por las dudas, tomo nota del rumbo hacia su origen.

La mano de Langsner se pone delante de mi visor. Me extiende el conector.

—¿Qué pasa? —pregunto una vez que hemos conectado.

—Una araña. Viene hacia aquí.

—¿Y Ferranti?

—Ya viene. Está borrando las huellas de nuestro amigo… bueno, lo que pueda.

Ferranti se incorpora a nosotros mientras despliega nuestra carpa protectora.

—Viene lentamente. Yo diría que no hay que refrigerar sólo la carpa, sino también nuestros trajes.

Lo hacemos. Un chorro de refrigerante nos rocía, al tiempo que la carpa nos cubre, a nosotros y a nuestro desconocido e infortunado compañero. Veo que los gusanos escapan. Aún para ellos este frío es demasiado.

—Ya basta —les digo—. La araña no debe percibir calor, pero tampoco demasiado frío. Si no tenemos la misma temperatura que las rocas puede que nos detecte.

—Está lejos —dice Ferranti. Cuando llegue aquí, las temperaturas se habrán equilibrado. No hay peligro.

—Aún así —agrega Langsner— sugiero no moverse. Y desconectemos. Las conexiones son seguras, pero… nunca se sabe.

Estar quieto, en silencio, sin poder conversar, es una de las peores cosas. Nos acomodamos para ver, a través de la carpa, la araña que pasará cerca. No necesitamos desconectar los micrófonos exteriores, así que podemos escuchar su paso metálico, el chirrido de sus engranajes, el bufido de sus bombas.

Y por fin la vemos. Viene lento, aparentemente hacia nosotros; aunque analizando el rumbo es seguro que pasará por nuestro costado y seguirá su camino sin percibirnos.

Pero algo me espanta aunque me contengo para no dar un salto. Langsner y Ferranti deben sentir lo mismo. No es una araña de transporte, es una vigilante, que está en permanente contacto con la base de los Tiranos. Es evidente que la han enviado por las luces y el grito.

Un monstruo así tiene armas paralizantes, que nos dejarán inútiles pero con vida. Nuestra única defensa es que no nos detecte. Me pregunto si nuestra carpa será lo suficientemente parecida a una

duna como las que nos rodean.

El monstruo mecánico se detiene y gira sus sensores en derredor. Es evidente que le han indicado la posición por telemetría, pero nada detectan en la central que puedan ser origen de las luces.

Mi mano, disimuladamente, va al Botón Último, el que nos hará volar por los aires junto con la araña si es que estamos en riesgo de ser descubiertos. La explosión no permitirá una transmisión inmediata y, cuando vengan otras arañas, sólo quedarán cenizas y fragmentos de metal que no podrán identificar como parte de nuestros trajes.

No sabemos, de caer prisioneros, si podremos aguantar hasta la muerte sin revelar la ubicación de nuestro refugio.

No obstante, no necesito pulsarlo. El monstruo, tras haber dado su última lectura, sigue su camino. Ahora sólo deberemos esperar un poco para que se aleje lo suficiente y continuaremos la marcha.

Nos llevaremos con nosotros al pobre infeliz. Aunque no es de nuestro refugio, no queremos dejar ninguna prueba de que existen humanos que sobrevivimos libres de la esclavitud.

Allí analizaré mejor el traje y todo elemento que pueda indicar su origen. Tal vez el Consejo organice una expedición de búsqueda del otro refugio. Si podemos unirnos, tal vez logremos una vida mejor.

Aunque siempre, fuera de los refugios, deberemos caminar con nuestros trajes de supervivencia; única garantía de no morir achicharrados o congelados.

Según los libros, hubo una especie ya extinguida de pequeños animales que se desplazaban dentro de un caparazón que los protegía. Se llamaban “caracoles”.

Ese es el nombre que puede aplicarse a nosotros. Vivimos dentro de este traje que es como nuestra casa, donde hasta podemos dormir y hacer nuestras necesidades, sin que pasemos frío o calor. Sólo hay que asegurarse de salir entre varios y que uno o dos vigilen el sueño.

La desnudez la dejamos para el refugio.

Fernando José Cots

Fernando tiene 52 años, escribe ciencia ficción hace bastante tiempo y sus trabajos se han conocido en publicaciones independientes y no comerciales de Argentina. En el número 119 de Axxón publicamos su novela *Quilino*.

Cuando nuestro sistema inmune decide destruirnos

Marcelo Dos Santos

http://www.marcelodossantos.com.ar

Estamos acostumbrados, gracias a la monstruosa difusión que se hace del SIDA en los medios, a ver al sistema inmunitario humano como un sistema de defensa que suele ser víctima de ataques externos, principalmente por parte del malhadado retrovirus HIV.

También se ha dicho que ciertas enfermedades (varios tipos de cáncer, por ejemplo) son el resultado de una falla en el sistema inmunitario, que no distingue las células normales de las patológicas, produciéndose la enfermedad como consecuencia de tal falla.

La visión clásica (o al menos del hombre común, sobresaturado por el masivo bombardeo seudoinformativo de los medios) es, entonces, que el sistema inmunitario humano es, o bien:

1. La víctima de un ataque externo (HIV) que lo destruye, matando al paciente,

   o bien
2. La víctima de una falla constructiva o de diseño (es decir, hereditaria) que lo incapacita para detectar células malignas y pone al paciente en otros graves problemas.

¿Es exacta esta mirada?

En ciertos casos. La realidad es más compleja y mucho, pero mucho más aterradora.

El sistema inmunitario humano es, en verdad, un complejísimo y letal sistema de guerra, más eficiente que cualquier ejército. Es cierto que puede ser atacado desde fuera, como hacen las enfermedades infecciosas. Es cierto que puede sufrir una falla constitucional, como en ciertos tumores, que le impide activarse para defender a sus células normales a las que debiera proteger.

Lo que los medios recién están comenzando a descubrir es que el sistema inmunitario humano, en muchas, muchísimas ocasiones, es

el responsable de enfermedades tan graves, letales y destructoras de la calidad de vida del paciente como la esclerosis múltiple, el lupus eritematoso sistémico, la artritis reumatoidea deformante y muchas, muchísimas, incontables, terribles enfermedades más.

No se puede vivir sin él, pero muchas veces uno muere **a causa de él**.

Porque, en estas enfermedades —que llamaremos **enfermedades autoinmunes** (EA)— por razones no muy bien conocidas, el sistema inmunitario **ataca y destruye** a células sanas y perfectamente normales del propio organismo. Porque sí nomás. En apariencia.

El sistema de guerra defensiva se vuelve en nuestra propia contra, como misiles propios que cayeran sobre las ciudades a las que se supone defienden.

Imaginemos que no hay un virus HIV que lo destruya. Supongamos que no hay un error que le impida detectar un cáncer incipiente.

Usted no tiene sida, tuberculosis ni cáncer. En esos aspectos, el sistema inmunitario le funciona bien.

Aún así, su sistema inmunitario puede decidir atacarlo. **A usted**. **A su cuerpo**. Y muchas veces a su mente.

Es como vivir con el enemigo adentro.

¿Estoy exagerando? De ningún modo. La especialista en inmunología y maestra de inmunólogos cubana, Dra. Elena Kokuina, dice en su trabajo “De la inmunidad a las enfermedades autoinmunes”: “El estudio de las enfermedades autoinmunes acapara el interés de la comunidad científica por dos razones importantes: en primer lugar, las enfermedades autoinmunes por su frecuencia y gravedad son una notable causa de padecimientos y disminución de la vida del hombre. En segundo, el entendimiento de los trastornos que conducen a la autoinmunidad patológica podrá ayudar a descifrar los mecanismos de control de la respuesta inmune, los que mantienen el fino equilibrio biológico entre salud y enfermedad”.

El texto de Kokuina nos aclara al menos dos cosas: primero que las enfermedades autoinmunes son graves y muy, muy comunes. Segundo: que aún no conocemos los motivos de estos desastres.

Pero vayamos por partes.

No todas las enfermedades autoinmunes son iguales. Básicamente, podemos dividirlas en tres clases principales:

1. Puntuales: en ellas, el sistema inmunitario ataca a un solo tipo de células, y a ninguna que no pertenezca a ese grupo. Ejemplo clásico: el sistema inmunitario, por algún motivo, odia a las células b de los Islotes de Langerhaans del páncreas. Las ataca y las destruye. Como consecuencia, se desencadena la diabetes tipo 1, más correctamente llamada diabetes mellitus insulino dependiente (DMID). Los diabéticos del tipo 1 son víctimas de la traición de su propio sistema inmunitario.

2. Sistémicas: en este tipo de enfermedades autoinmunes, el sistema inmunitario ataca no a un grupo de células en particular, sino a todas las que forman un grupo de órganos o sistema. Ejemplo clásico: El sistema inmunitario odia a todas las células del sistema nervioso central, sin discriminar tipo ni funciones. Las ataca y las destruye. El paciente sufre entonces de esclerosis múltiple. Podríamos considerarlo una traición completa y omnímoda, dirigida a todos los habitantes de un país.

3. Generales: el sistema inmunitario odia a los componentes de múltiples sistemas, de todos ellos, o al menos, con toda seguridad, de más de uno. Ataca y destruye, por ejemplo, a las células de la piel, a las del corazón y pulmones, a las de los riñones, del sistema nervioso central y de las articulaciones. Es como tener una manada de lobos hambrientos dentro del propio cuerpo. Adecuadamente, la enfermedad que acabo de describir se conoce como “lupus” (el lobo).

Acaso el lector se sorprenda, pero la lista de enfermedades producidas por el ataque del propio sistema inmunitario es casi interminable: aparte de la diabetes, la esclerosis múltiple y el lupus, nombraremos a las alergias, las artritis, la artrosis, el SAA (Síndrome de Anticuerpos Antisfosfolipídicos, que ataca y destruye las válvulas cardíacas), el Síndrome de Sjögren (donde el sistema inmunitario ataca simultáneamente al hígado, la tiroides, el sistema nervioso periférico y los tejidos del ojo), la granulomatosis de Wegener (grave enfermedad renal), las vasculitis sistémicas (ataque a los vasos sanguíneos), la glomerulonefritis (destruye los glomérulos, estructuras renales que filtran las toxinas, convirtiendo al paciente en un enfermo renal grave), la esclerodermia (destrucción y endurecimiento de la piel), múltiples enfermedades hepáticas, la

enfermedad de Behcet (úlceras en la boca y los genitales, con severa inflamación de los vasos sanguíneos del ojo), la miastenia grave (el sistema inmunitario destruye las conexiones neuromusculares), la enfermedad de Graves (el sistema inmunitario destruye ciertos tejidos de la tiroides, provocando un espantoso bocio y un hipertiroidismo severo), la dermatomiositis (destrucción del tejido conectivo de la piel y los músculos), ciertos tipos de anemia perniciosa, la enfermedad de Hashimoto (tiroiditis crónica, provocada por una reacción del sistema inmunitario contra la glándula tiroidea que culmina en un hipotiroidismo grave), el mal de Addison (ataque y destrucción de la corteza suprarrenal), la psoriasis, el pénfigo, la hemocromatosis y la enfermedad de Reiter (agresión simultánea contra la uretra, la conjuntiva del ojo, la piel, las mucosas y las articulaciones). Espero no haberlos asustado demasiado. Son tantas las cosas malas que nuestro propio sistema inmunitario puede hacernos, que por piedad me detengo aquí.

Mas, ¿cuáles son los motivos de la suicida compulsión del sistema inmunitario en estos casos? ¿Por qué decide, de buenas a primeras, revolverse contra el organismo del cual él mismo forma parte? Para entenderlo, hay que comprender cómo funciona el sistema inmunitario (cuando lo hace).

La inmunidad fisiológica (normal) reside en dos tipos de células sanguíneas: las células T y las células B, producidas, respectivamente, en el timo y la médula ósea.

No nos interesa cómo estos agentes reconocen las proteínas extrañas (virus, bacterias) ni las propias anormales (cáncer), sino **cómo hacen para NO RECONOCER** (y no destruir, por consiguiente) a las propias normales.

Normalmente, se generan células T y B que tienen información para atacar tejidos normales. Sin embargo, son destruidas **antes de salir a la circulación**, mediante un mecanismo de selección negativa. Hay un segundo proceso, llamado por Jameson y Bevan “tolerancia periférica”, que mata a las T y B autoinmunes que hayan escapado al primer control.



Linfocito T humano

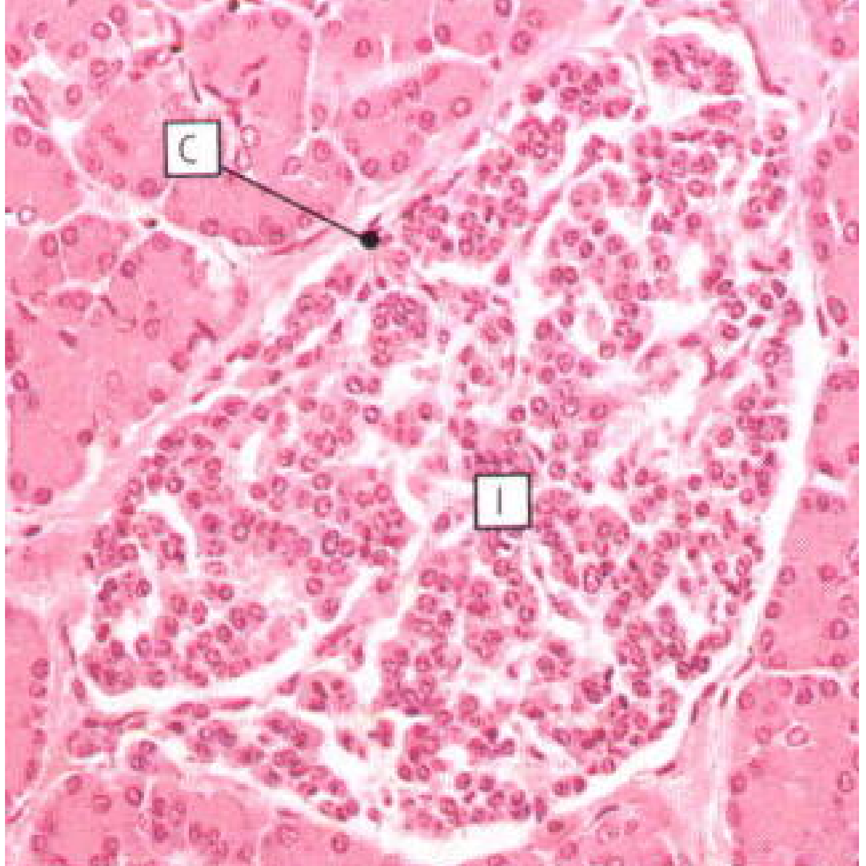
¿Por qué el sistema inmunitario produce células asesinas prevenidas contra el propio organismo? Porque “dada”, según Koukina, “la gran diversidad proteica de los agentes patógenos, un sistema inmune que ha sido desprovisto de todo su potencia autorreactivo, probablemente tampoco podría enfrentar ningún invasor”. Dicho en castellano liso y llano: muchos gérmenes contienen proteínas **que también están presentes en nuestros tejidos**, de ahí la característica autoinmune de muchos B y T.

De modo que los mecanismos de control de la autorreactividad (residentes en los tejidos linfáticos) se ocupan de asesinar a las células alta y moderadamente autoinmunes, pero tratan de dejar escapar un porcentaje de las de baja autorreacción, ya que le resultan útiles para atacar intrusos. Incluso algunas propiedades autoinmunes son imprescindibles para el buen funcionamiento del sistema: reconocimiento amigo/enemigo en caso de vacunas, destrucción de excesivas cantidades de Factor Reumatoideo (propio, humano, pero indeseable en altas dosis), etc.

¿Qué es, entonces, una enfermedad autoinmune? La exacerbación, en cantidad y calidad, de la respuesta de estas células que reconocen tejidos propios. Ni más ni menos.

Pero, por todos los cielos: ¿por qué?

La respuesta es que no lo sabemos con certeza. Sin embargo, se ha investigado mucho y muy bien.



Un islote de Langerhaans con su cápsula (C). Las células del centro son las
b

Los estudios con ratones, centrados en el mecanismo de autoinmunidad que desata la diabetes, demuestran que los linfocitos que atacan las células b del páncreas **son inducidos a una autorreacción desmedida por proteínas presentes en un virus.** Estas proteínas están también presentes, en forma normal, en las células pancreáticas. Von Herrath determinó en 1997 que la infección con un virus que contiene proteínas que están también presentes en las células normales, puede "confundir" en cierta forma a los linfocitos e inducirlos a atacar tejidos humanos. Es posible que la evolución de los virus los haya llevado a incluir en la estructura de su cápsula proteínas presentes normalmente en sus huéspedes, de modo de complicar la detección por parte del sistema inmunitario invadido, y de hacerlo "dudar" acerca de si un determinado producto químico es propio o extraño. Camuflaje de la peor calaña.

Más allá de este hecho científicamente demostrado, los investigadores cubanos tienen otras ideas: se ha observado que

muchas enfermedades autoinmunes tienen antecedentes familiares, lo que hizo a los científicos sospechar acerca de un posible factor genético. Se supo, así, de múltiples genes heredables que provocaban o coadyuvaban a provocar enfermedades autoinmunes, pero casi ninguno de ellos ha sido identificado. “Esto se debe a la naturaleza inherente de estas complejas enfermedades poligénicas y a la diferencia en composiciones génicas de las poblaciones humanas”, nos dice la inmunóloga caribeña.

No sólo los genes están involucrados en la producción de la enfermedad, sino que sus diversas combinaciones determinan, también, su curso, evolución, pronóstico y complicaciones. Acaso la presencia o ausencia de determinados genes inclinen a las células T y B a la confusión entre antígenos propios o microbianos. No obstante, el científico neoyorquino G. Nepom descubrió lo siguiente: si el factor genético es determinante, los gemelos idénticos debieran sufrir idénticas enfermedades autoinmunes. Esto no es así. En gemelos monocigóticos, la concordancia entre enfermedades autoinmunes es de apenas el 50%. ¿Por qué? Porque aparte de las infecciones y los genes, ha de haber también factores ambientales que predispongan a las enfermedades de este tipo.

Y es verdad: la exposición a los rayos UV del sol produce recaídas en los enfermos de lupus; las lesiones de esta enfermedad rara vez se observan en zonas no expuestas al sol. La exposición al frío agrava la diabetes mellitus. Muchos fármacos provocan vasculitis autoinmune (los corticoides, en primer lugar). El cloruro de mercurio produce nefritis. El PVC produce esclerodermia. Posiblemente las siliconas que se implantan en los pechos produzcan artritis reumatoidea. El tabaquismo aumenta el riesgo de contraer patologías oculares en la enfermedad de Graves.

La influencia de la dieta es complicada: el exceso de calorías ingeridas, de ácidos grasos, vitaminas y zinc predisponen al desarrollo de varias enfermedades autoinmunes (aunque cueste creerlo).

El destete precoz y la exposición temprana a la leche de vaca se consideran desencadenantes (suena horrible, pero es cierto) de la diabetes autoinmune (mucho más grave, dicho sea de paso, que la del tipo 2 o “no insulinodependiente”).

En cualquier caso, hoy día la mayoría de los inmunólogos están contestes en que la **principal** —ya que no la única— influencia patogénica en la producción de enfermedades autoinmunes es la infección de virus, tanto por la “confusión” ya explicada por parte del sistema inmunitario entre la proteína viral y la misma proteína humana, o por un trastorno de conducta de los linfocitos provocados

por el mismo virus.

Se ha conseguido una lista de virus propuestos como responsables de algunas enfermedades autoinmunes. Podemos citar algunos:

Si usted está bien inmunizado contra el virus HTLV-1, que causa la leucemia humana tipo 1, no contraerá leucemia, pero su sistema inmune puede reaccionar contra su tejido articular. Usted tendrá entonces una artropatía leve o grave, según lo afortunado que sea.

El LCMV, virus responsable de la linfocoriomeningitis, puede perfectamente no provocarle la meningitis (el sistema inmunitario lo identifica y lo destruye), pero sí inducir al sistema inmunitario a que a la vez ataque y destruya sus propios glóbulos rojos. Tal el origen de la anemia hemolítica.

El virus de Epstein-Barr (pariente del herpes y agente de la mononucleosis y del síndrome de fatiga crónica) y su primo el HHV-6 (herpes humano tipo 6) a veces no provocan mononucleosis, síndrome de fatiga, herpes ni culebrilla, sino que pueden hacer que el sistema inmunitario ataque al sistema nervioso central y el paciente se convierta en víctima de la esclerosis múltiple (claro está, ésta no es la única causa de esa enfermedad).

En otros casos, el Epstein-Barr puede hacer que usted destruya sus riñones, cara y otros tejidos (usted, porque el sistema inmunitario es también parte de usted) y desencadena el lupus eritematoso sistémico.

El virus de la hepatitis C, HCV, no siempre causa hepatitis, sino que se lo ha asociado con la miastenia grave, una destructiva enfermedad autoinmune.

El virus Coxsackie B (CVB) es un enterovirus, pariente del de la polio, responsable de una furibunda enfermedad que produce parálisis, encefalitis e inflamación del corazón y los pulmones. Altamente mutable, es espantosamente mortífero, en especial para los niños pequeños. Pues bien: el CVB, junto con el virus de la rubéola, pueden obligar al sistema inmunitario a atacar el páncreas. El resultado será la diabetes insulinodependiente.

Por último, el HSV-1 o virus del herpes simple del tipo 1, es muy capaz de no provocar el herpes (enfermedad infecciosa) sino la queratitis herpética (molesta enfermedad autoinmune).

El panorama, pues, es complejo y difícil de desentrañar. Las nuevas terapias genéticas (incluso los estudios sobre transgenicidad), la investigación y una mejor comprensión de los mecanismos biomoleculares que gobiernan el complejo y peligroso comportamiento del sistema inmune y el control de los factores ambientales predisponentes tal vez nos lleven, en un futuro aún no muy previsible, a poder tratar —o por lo menos paliar— las gravísimas consecuencias de esta pléyade de enfermedades producidas por nuestro propio cuerpo.

El traidor podrá, en algún momento, ser puesto bajo control de sus mandos naturales.

Hasta entonces, tendremos que seguir conviviendo con el enemigo que se esconde dentro de nosotros mismos.

Axxón 123, febrero de 2003

Indiferencia

Eduardo Vaquerizo

La lluvia lavaba todas las superficies de la chatarrería en que se había convertido la base. El metal y el plástico mojados brillaban con una suavidad extraña a su función de máquinas mortales. El agua apagaba el olor a queroseno, a termita y a carne chamuscada que antes había sido casi insoportable. Un poco más allá de la explanada, el bosque y las montañas se cerraban con avidez sobre el espacio, confundiendo el trueno, el agua y las hojas en un monolítico espacio de desesperanza donde el hombre no tenía cabida.

Todavía quedaban varias horas para que los helicópteros acudiesen a la cita con la unidad 103°, y el único superviviente se acurrucaba bajo su capa de camuflaje protegiéndose de la fría lluvia de otoño. El soldado Miguel Ortuño enfocaba la mirada sobre la maraña de objetos ya sin sentido, los cráteres de las bombas que se llenaban lentamente de agua barrosa, los desmadejados restos de las tiendas, los vehículos blindados reventados, los fusiles de asalto tirados en el suelo, objetos que, desprovistos de la inmediatez de su uso, se volvían abstractos signos de un cuadro demente que la lluvia lavaba con su persistente martilleo.

El soldado Ortuño no estaba ahí, caminaba por los brumosos pasillos del tiempo bañado en la luz oleosa de un verano en la costa de Almería. María, Reme y Luis reían mientras la arena y el viento construían pasillos de fulgor en el aire salobre. Parpadeó disolviendo la melaza agradable de sol, arena, sonrisas, y regresó al bosque, la lluvia y el barro. Las horas felices habían quedado estancadas por siempre en playas muertas a las que podía acudir siempre que quisiese. No necesitaba la falsa nube de bienestar de las pastillas azules o verdes, nunca había dejando que el coñac infecto que repartía el ejército disolviese la nostalgia, le bastaba cerrar los ojos para que aquellas montañas perdidas en mitad de ningún sitio desapareciesen difuminadas en una nada de aristas hirientes, una triste melaza carcomida de recuerdos en la que la brisa marina le azotaba el rostro y le hacía entrecerrar los ojos.

—Oye, ¿mañana vamos a la playa de poniente? Estoy harto, aquí no se puede ni estar con tanto viento.

—Que más te da, Miguel, si tú te tumbas a dormir y ni te enteras.

Reme hizo un breve gesto para despojarse de la camiseta y la tiró a sus pies. Miguel la miró un instante, hasta que, como siempre, retiró los ojos de aquel cuerpo flexible, que el sol del mediterráneo había pulido hasta hacerlo brillar de bronce viejo.

María también se quitó la camiseta y ambas se dirigieron corriendo hasta el agua.

—¡Ehh! Que yo también quiero nadar…

Luis, que llegaba del coche cargado con la sombrilla, las esterillas, los periódicos y las bolsas, dejó todo en el suelo precipitadamente y, tras arrojar a su lado la camisa y las chanclas, también corrió hacia el agua.

Miguel no estaba de humor para chapotear, ni para enfadarse con ellos por haberle abandonado de aquella manera. Se limitó a colocar los enseres de playa ordenadamente, a encender un pitillo y a mirar el mar a través de sus ray-ban de imitación compradas a un moro en el mercadillo del pueblo. Era verano, había decidido dar vacaciones a todas las preocupaciones. De lejos observó como Luis abrazaba a Reme y le robaba un beso furtivo que terminó en ahogadilla, mientras María se lanzaba contra las olas con la alegría de una chiquilla.

En eso consistía, en olvidarse de todo, incluso de ese beso intrascendente, del mar bañando de luz su piel.

María volvió la primera. Se secó con la toalla que Miguel le tendió y después se sentó a su lado, bajo la sombrilla.

—¿Qué miras?

—Nada, el mar.

—¿Qué te pasa? Estás raro…

—No me hagas caso. A veces me dan neuras.

—Acabas de aprobar segundo con muy buenas notas. Estamos en la playa todos juntos. No encuentro motivo por el que tener esa cara tan larga.

Miguel volvió la cabeza. Por un momento a María le asustó la expresión que tenía, como si fuera a decir algo que le haría daño, mucho daño. Después, pareció abandonar su intención y regresó a encerrarse en su expresión hosca. Continuó mirando al mar y dando lentas caladas al cigarro.

—Pienso… que todo esto se acabará. El sol, las risas, el mar. Dentro de poco estaremos de nuevo en Septiembre.

—Joder con el agorero, siempre igual. ¿no puedes ver la parte positiva? Olvidarlo todo y disfrutar

—Olvidar ¿qué? Que el curso que viene tendremos que estudiar sin saber si el Estado va a tener dinero para que lo terminemos, si va a haber Estado para cuando acabe el curso? ¿qué seguramente gane las elecciones el Gilez y sus ansias de intervencionismo en el norte? ¿No lees los periódicos?

No era eso, por mucho que lo pusiese en palabras, no era eso. María y él mismo lo sabían, quizá por eso la discusión no prosperó, el tono airado de Miguel murió enseguida y María, volviendo la cara al viento y cerrando los ojos para disfrutar del sol con toda la piel del rostro, habló despacio, con mucha calma.

—Miguel, no me hagas pagar a mí tus frustraciones. El mundo es una mierda, siempre lo ha sido, siempre lo será. Lo importante es no volverle la cara, no pasar de todo, ni tampoco amargarse, sólo vivir lo bueno que tiene, tener siempre interés por la vida.

¿Cuántos Septiembres habían pasado entre aquellas montañas? No lo recordaba. El tiempo había corrido rápido para su generación, ya no había fronteras, y la guerra cabalgaba más lejos y rápido que nunca.

Había dejado de llover. El frío aumentaba por momentos, sin embargo el soldado Ortuño no se movía, seguía acurrucado bajo su capote impermeable, sentado sobre los restos de un todoterreno, mirando al campamento asolado. El tiempo había dejado de tener sentido. ¿Llevaba horas allí sentado? No lo sabía. La escena que contemplaba era todo su universo. No había significados detrás de los cráteres llenos de agua embarrada, de las tiendas deshechas y los cuerpos tendidos entre el barro; la escena misma era su universo, estaba en su mente, ajena a la guerra, a todo.

El primer Septiembre había transcurrido mientras bajaban del avión cargando sus petates, moviéndose dirigidos por sargentos vocingleros a través de la enorme base aliada. La instrucción en los campamentos de Extremadura los había hecho precavidos, astutos, un poco más duros y menos niños, se creían listos para el combate. Luis y Miguel bromeaban mientras se pasaban un pitillo y miraba a derecha e izquierda, al bosque de construcciones provisionales, pistas de despegue, almacenes, torretas de radio y vehículos blindados. Se felicitaban porque los habían destinado al mismo destacamento, creían que habían tenido suerte.

Los alojaron en barracones prefabricados que ya conocían del

campamento de instrucción, incómodos y fríos. Tardaron poco en acoplarse a las duras literas y en tenderse sobre ellas deseando que el cansancio y las necesidades operativas les dejasen descabezar un sueño.

Miguel, tendido en la litera, escuchaba pasar los aviones de transporte en un constante retumbar. A su lado, Luis, igual de desvelado, encendía un cigarro.

—Qué bien que al final te convencieses de alistarte. Juntos como siempre ¿Eh? Me hubiera encontrado muy solo si no hubieses venido. Esto será un paseo. Sólo nos faltan las chicas… ¿Sabes que a María la han enviado a Sholdzrinka?

—¿Sí?

—¿No te interesa?

—Pues… sí, claro.

—Me lo dijo Reme ayer, cuando la llamé. Por lo visto esta en el 45° de Ingenieros, desactivando cargas, construyendo puentes y fortificaciones, ya sabes.

Miguel no dijo nada.

—Reme me dijo que María sigue preguntando por ti. Quizás si pasamos cerca de allí…

—Quizás… Venga, vamos a dormir que seguro no tendremos muchas oportunidades como ésta.

Sin embargo Miguel Ortuño, soldado expedicionario del destacamento 103° de infantería, no pudo dormir en toda la noche.

Escuchó un ruido y un reflejo automático le hizo arrojarse al suelo mientras amartillaba el cetme-IV. El sonido no se repitió. La capa de nubes grises seguía llenando de sombras tristes el deshojado bosque. Nada se movía a su alrededor. Reptando con los codos, chapoteando en el barro, Miguel alcanzó una posición protegida detrás de un montón de chatarra, junto al tronco desnudo de un fresno. Desde allí observó el campamento. Todo seguía exactamente igual, sin un solo cambio. El dedo enguantado se tensó sobre el gatillo mientras la otra mano sujetaba el cañón del fusil contra el suelo, para evitar que se levantase si tenía que disparar una ráfaga.

Una rata enorme salió a la luz removiendo unas chapas arrumbadas a los restos de una letrina. Miguel guiñó un ojo

mientras el otro encontraba la familiar goma de la mira telescópica. El animal, aumentado y en infrarrojos, era aún más horrible. Las dos líneas perpendiculares de la mira se cruzaban en su cuerpo nervioso, que se movía con precaución, aventando a cada paso.

En el último instante antes de la detonación que reventaría aquel cuerpo negruzco y fusiforme, Miguel se detuvo. Separó el dedo del gatillo y se incorporó. La rata siguió su avance hacia uno de los cadáveres. Lo reconoció, era Gómez, el sargento de su pelotón. Los galones no se distinguían en el uniforme cubierto de barro, sin embargo su nuca, cúbica y cubierta de pelusilla, era inconfundible.

—Gómez.

Se acercó y le dio la vuelta al cadáver con la bota. Tenía una expresión de estupor en el rostro y un boquete sanguinolento en mitad del pecho. Miguel recorrió el campamento amontonando cuerpos y recogiendo sus tarjetas magnéticas.

Cuando hubo terminado, la pila acumulaba veintitrés cadáveres de hombres y mujeres, todo el 103° menos él. Como decían las ordenanzas procedió a disparar una carga de gel-3 y a carbonizar los cuerpos hasta que no quedó de ellos más que un resto de cenizas que se negaban a dejar de arder pero que sirvió para calentarle según la noche se echaba encima. La escena era muy parecida a las que llenaban las pantallas de los televisores de todo Europa en la navidad de dos años atrás. La facultad estaba completamente desquiciada. Las noticias habían corrido como reguero de pólvora aún antes del mensaje del presidente Gilez. Todos estaban alterados hablando por los pasillos. Algunos corrían a sus casas, otros no sabían muy bien qué hacer. Miguel sorbía su café en silencio mientras leía un libro de texto.

Vio la bufanda y los guantes arrojados sobre la mesa y no necesitó levantar la vista para saber de quién eran.

—Hola, Reme.

Reme se sentó enfrente de él y lo miró con cara de incredulidad.

—No te entiendo, Miguel. Después de todo este follón y tú sigues leyendo tranquilamente. ¿Sabes lo de la leva? Seguro que dentro de unos meses será obligatoria. A ti te afecta, a mí y a todos. Vamos a organizar una manifestación. Ese cerdo de Gilez no se saldrá con la suya. Si quiere carne de cañón que la vaya a buscar a su casa. ¿qué cojones vamos a hacer en Hungría? ¿Qué nos importa a nosotros si los neomaoistas se han aliado con los islamistas y amenazan a Rusia, Polonia y Alemania? Aquello es un avispero

azuzado por políticos tan hijos de puta como nuestro presidente y ¿vas a seguirles el juego?

Miguel dejó el libro y miró a Reme a los ojos.

—¿Qué diferencia va a haber? mira a todos ésos: están entusiasmados, felices de ser soldados. Y pasa igual en Francia, en Inglaterra, en toda la comunidad europea. A la manifestación no van a acudir más que los cien o doscientos de siempre, los demás estarán corriendo a las oficinas de reclutamiento, gritando por que les den un fusil. Luis fue esta mañana, nada más enterarse.

Reme lo miró un momento a los ojos conteniendo las palabras que se acumulaban en su garganta. Hizo ademán de acercarse a él, luego pareció desear abofetearle. Por último cambio de opinión y miró hacia las cristaleras, mientras los ojos brillaban por las lágrimas contenidas. Afuera llovía y el viento removía las ramas desnudas de los árboles bajo los cuales la primavera pasada habían bebido cerveza y fumado todos juntos.

Decenas de estudiantes se movían de un lado a otro como hormigas asustadas. Muchas de sus camisas y chaquetas iban decoradas con motivos bélicos.

—Eres un cobarde.

Reme salió de la cafetería de la facultad como un misil que no tuviese muy claro su objetivo. Miguel retuvo un momento la mirada en la puerta batiente que había apartado para pasar. Después abrió el puño que había mantenido todo el tiempo cerrado y dejó caer sobre la mesa el resguardo del alistamiento.

La oscuridad ya era total. Los helicópteros no iban a volar de noche y con ese tiempo. Llegarían a la mañana siguiente. Miguel se preparó para dormir. Consiguió recuperar un microhorno y algunas raciones de entre los escombros. Buscó un lugar resguardado del viento junto a un muro semiderruido y se acurrucó tapado por mantas térmicas de combate que le hicieron entrar en calor, un calor que podría ser detectado por cualquier francotirador o patrulla que pasase cerca. No le importó. Calentó una ración de fabada y dejó que las judías se escurriesen calientes hasta su aterido estómago. Había recuperado el comlock del capitán. Todavía funcionaba, destelleaba en verde fluorescente con patrones de movimiento, arcos de influencia, cotas, cifras, datos de la desastrosa operación del día anterior. Miguel se entretuvo en pinchar con su cuchillo de campaña la pantalla de

fósforo líquido del carísimo instrumento, hasta que dejó de brillar.

La primera acción de combate la sufrieron aún antes de llegar a su campamento, treinta kilómetros dentro de las montañas, entre desfiladeros y bosques repletos de combatientes. El helicóptero que los transportaba descendió bruscamente hasta casi tocar las copas de los árboles. Los veteranos que los acompañaban abrieron las portillas, cargaron sus fusiles y comenzaron a escudriñar el terreno por el que pasaban.

El seco impacto de los proyectiles contra el fuselaje sorprendió a todos. Los ocupantes comenzaron a disparar a ciegas. Miguel y Luis se limitaron a acurrucarse en sus asientos mientras el estruendo de las armas automáticas y el olor penetrante de la pólvora saturaban la estrecha cabina. En un par de minutos las armas callaron y se limitaron a humear.

— Je, jé. Asustados, ¿no? Hemos tenido suerte. Si en vez de un de fusil hubiesen tenido un Tierra-Aire… Adiós… Ja, já. Esta noche podremos volver a beber orujo, que no es poco.

Miguel medio durmió durante toda la noche. El medio sueño era una habilidad que se lograba sólo cuando llevabas muchos meses combatiendo. Se suponía que las pastillas verdes lo fomentaban, mantenían una semivigilia que permitía descansar y a la vez mantenía el cuerpo alerta. En realidad, la mitad de una verde con una amarilla y otra rosa te dejaba una sensación de bienestar muy apreciada. Miguel la echó de menos en aquellos momentos. Cerró los ojos un instante y se adormiló una vez más en el interior del saco isotérmico.

Aquella habitación, una más en aquella ciudad repleta de ruinas y tragedias, contenía una cama. Debajo del sucio edredón, dos cuerpos sudaban apaciblemente, restregándose uno contra el otro, como si dos días, un fin de semana de permiso, fuese la duración completa

del universo. Los poros castigados por el agua caliente y una esponja rasposa —la primera vez en mucho tiempo— no habían soltado aún su sabor a tierra polvorienta, al acre olor de los incendios, de la termita estallando, del sudor congelado, del miedo en la trinchera, del alcohol barato trasegado en la patética discoteca del lugar. Lenguas ávidas de olvido rastreaban los restos del pasado en aquellas pieles tristes. Buscaban encontrar el sol del mediterráneo, las tardes de cine en Madrid, las risas de unas copas, el frescor de la hierba en el césped de la autónoma. Dentro de la boca, recorriendo los dientes entrecerrados, buscaban las palabras que nunca se habían dicho, que no se dirían. Los labios de Miguel besaban los párpados cerrados de Reme, dos delicadas celosías de carne que le hurtaban la mirada. Con la precisión de un ingeniero su lengua construyó un sendero, terraplenes de besos cortos, curvas de delicada presión, flores húmedas que se derramaron hasta los labios, dulces y mudos pozos que absorbían toda la desesperación, la pasión, la urgencia, el ansia del deseo que crecía segundo a segundo.

Sus senos amplios, liberados de la dictadura del sujetador militar, recibían las caricias lentas de sus manos encallecidas. Todavía recordaban el estremecimiento nervioso al aplastarse contra él. Reme había reconocido las espaldas de nadador de Miguel en la cola de los vales dormitorio, en la central. Le había bastado desplazarse un poco para reconocer la nariz un poco abultada, los labios carnosos y el pelo muy negro. Durante un segundo se habían mirado sin querer dar el primer paso del reconocimiento, valorando si no sería mejor fingir. Luego habían coincidido en un abrazo estremecedor que los había sorprendido a ambos.

—Luis ha tenido que quedarse en el campamento. Está a cargo del commlink, ya sabes que siempre se le dieron bien los aparatos electrónicos y le hacía falta al capitán. Le ha prometido quince días a cambio. Creo que ya le debe dos meses.

—Ya, me llamó ayer para contarme. Quiere que volemos a Madrid. No sé si voy a poder conseguir tanto tiempo. En el cuartel estamos saturados.

Con mucha imaginación a aquello se le podía llamar restaurante. Los platos tenían el mismo sabor rancio de la comida militar. Sin embargo el vino, servido en botellas sin etiqueta, estaba sorprendentemente sabroso.

—Sabes que Dita y Julián…

—Sí.

Era la conversación de los veteranos. Los viejos conocidos de la universidad, los amigos que habían ido hasta allí, el macabro

recuento…

—Y Antonio… ¿Sabes que está en operaciones? Ha ascendido a teniente

—Bravo por él. Por lo menos no tendrá que arrastrar el culo por todo el polvo de este maldito país.

El camarero les retiró los platos ya vacíos y les dejó otra botella abierta.

—María…

—Sí, lo sé.

—Voló toda su unidad, una salva completa de fragmentadores. No sé qué sentías exactamente respecto a ella. Ella no te había olvidado.

—No podía seguir fingiendo, sé que le dolió pero no pude seguir engañándola y engañándome.

La discoteca era un burdo simulacro, en el que lo único auténtico era la música. El equipo parecía japonés modificado con componentes militares robados, ultraminiatura pero con una potencia de muchos vatios. El pincha tenía auténtico talento. Era un alemán grandote, con gafas de sol y aspecto de tenerse en pie únicamente gracias a pastillazos continuos, como casi todos en el local.

En la penumbra de aquel sótano torpemente decorado con focos y telas se palpaba la urgencia, la dejadez de la desesperanza. Las manos se pegaban como mariposas mojadas a cuerpos lánguidos, abandonados por unas horas de las tensiones de una mente ocupada en sobrevivir.

Se movieron frenéticamente entre la maraña de cuerpos, saltando al ritmo sincopado de la música. Miguel no perdía ojo de Reme que, al contrario que él, se había dejado llevar por los ritmos. No existía más tiempo y espacio que la penumbra cruzada por luz estroboscópica y los golpes brutales de los bajos en su esternón. Miguel sentía la rigidez de acero aún allí, luchando contra el deseo que se acumulaba en una montaña tan grande que apenas le cabía en el pecho. Pensó que la decisión estaba ya tomada, justo en la cola de los vales, cuando ambos habían dudado si reconocerse. Sabían que al final Reme restregaría su piel lubricada de sudor contra el cuerpo tenso de Miguel, que manos grandes y ansiosas tomarían su carne y la estrecharían contra su pecho mientras un beso los

extraería de la discoteca, de la guerra, mas allá de lealtades y les llevaría, les llevó, a una alegría anónima, breve y auténtica.

Miguel despertó de su duermevela. Sólo había sido el aleteo de alguna ave nocturna. Aguzó la vista por las dudas. No merecía la pena tomar el visor nocturno de su bolsillo y explorar los alrededores. Volvió a arrebujarse en el saco cambiando de postura. Empezó a buscar algo en qué pensar. Si permanecía mucho tiempo con la mente ociosa, el espacio blancuzco de su imaginación se iba poblando lentamente de cadáveres que goteaban sangre: la niebla roja. Los veteranos decían que era lo peor. Las imágenes de las matanzas, los compañeros reventados, los enemigos que estallaban según disparaba las balas explosivas, parecían no causar daño alguno, parecían evaporarse a la misma velocidad que el humo de las explosiones, pero sólo se agazapaban en la memoria y volvían por la noche, deslizándose por esa superficie blanquecina, manchándola de sangre y vísceras, robando el sueño y la cordura.

Miguel tenía mucha sangre de la que acordarse. Entraron en una aldea silenciosa, con las armas dispuestas, abiertos en abanico y deteniéndose en cada esquina. El primer cuerpo apareció en un estercolero. Era mujer. Las gallinas picoteaban sus ojos vacíos. Estaba reventada por dentro.

—Le han metido una granada por la vagina y luego han tirado del hilo para quitar el seguro.

—¿Quiénes? ¿Las fuerzas libres? ¿Los guerrilleros? ¿La policía? ¿nosotros?

—Qué más da. Todos hacen cosas así.

No había tiempo ni ocasión para las náuseas, eso quedaba para la niebla roja, para las noches de insomnio.

El pueblo estaba sembrado de horror. Había un hombre ahorcado con sus propios intestinos, varias mujeres atadas juntas y quemadas, cuatro niños ensartados en una valla metálica que habían servido como blancos de tiro. Los soldados no hablaban, sólo extremaban las precauciones al girar en cada esquina y aferraban las armas hasta que se les blanqueaban los nudillos.

Al llegar a la plaza del pueblo vieron dos todoterrenos pintados de verde, hombres vestidos de caqui tumbados aquí y allá, resoplando al lado de botellas vacías. En el centro de la plaza, un grupo de diez mujeres desnudas y llenas de marcas violentas,

permanecían tendidas con la dejadez final de un descanso eterno a su tortura.

Sin necesidad de organizarse, rodearon la plaza buscando centinelas, francotiradores escondidos, trampas explosivas. No había. La orgía de sangre los había dejado exhaustos, roncando a la sombra de los vehículos, bajo los soportales.

El primero en despertar debió ver las botas militares delante de él y en un movimiento muy torpe intentó asir la pistola. La patada en la cara le hizo soltarla y tenderse boca abajo escupiendo sangre. Los demás comenzaron a despertar, a ver los oscuros cañones de las armas apuntándoles.

Tenían órdenes, detenciones, pruebas, juicios públicos, cárcel. Todos las entendían, sabían cual era su misión.

—Paz, nos rendimos —dijo uno en un español casi incomprensible. Después lo repitió en francés, inglés, alemán y ruso.

De la expresión de Miguel no se podía deducir nada. Ni furia, ni amabilidad, nada. Miró a los ojos asustados de aquel hombre con el pelo cortado al cero y la barba de dos días. Cometió un error, levantó las manos y las mostró ensangrentadas. A su lado había un enorme cuchillo de combate completamente lleno de sangre seca.

En un movimiento fluido, Miguel elevó la culata de su arma y la estampó contra la cara suplicante. Escuchó crujir su nariz al romperse. Pero eso no le detuvo, continuó machacándole el rostro, empeñado en hacer desaparecer aquellas facciones, borrarlas del mundo y de su memoria.

Los disparos hicieron saltar los cuerpos tendidos. Algunos consiguieron arrastrarse unos metros, aferrar sus armas, pero sucumbieron enseguida. Un todoterreno se puso en marcha e intentó huir hasta que una granada lo hizo saltar por los aires.

Como siempre, reunieron los cadáveres en las afueras y los quemaron con gel-3

Había y habría muchas columnas como aquélla, humo muy negro y espeso, elevándose aquí y allá en aquel paisaje de aldeas, bosques cerrados, nieve y horror.

Miguel despertó cuando clareaba. Dudaba si la señal de rescate habría llegado al satélite y los helicópteros estarían por llegar. Desayunó una ración de café calentada en el hornillo. El

campamento mantenía la misma imagen desolada: basura abandonada en el bosque que se herrumbraría lentamente. Por un momento pensó en si él no sería también parte de aquel pudridero, un pedazo de chatarra humana que había quedado disperso, una baja no recuperable, una avería en una pieza del 103° que no merecía la pena reparar.

Se sorprendió al descubrir lo poco que le importaba que le rescataran o no. Era inmune a todo, excepto a la niebla roja. La niebla roja y dos nombres.

Miguel estaba de centinela cuando el capitán Torres se acercó hasta la trinchera. Por un momento Ortuño dejó de mirar los monitores infrarrojos y los puso en automático.

—¿Cómo va todo?

—Tranquilo.

Comenzaron a fumar lentamente, tapando la brasa con la mano.

—Capitán… ¿Qué ha pasado?

—Nada… Bueno, ¡mierda!, ¿cómo lo sabes?

—Se le ve en la cara. Siempre sonríe cuando visita los puestos.

—Es cierto, no sé fingir.

—Bueno… se trata de… Luis…

—Sí.

La noche pareció espesarse. El mismo viento frío que soplaba removiendo las copas de los árboles se volvió lúgubre. Miguel se apoyó en la pared de tierra congelada y dejó de mirar al capitán.

—¿Cómo ha sido?

—Cuatro meses en las montañas y ni un rasguño… Dos semanas de permiso y… Ha sido en Madrid. La noticia ha llegado hace un rato del cuartel general. Estaba en una terraza del centro, tomando granizados. Un atentado, no se sabe de quién todavía, nueve muertos.

—Capitán, ¿tiene la lista?

—Sí.

—Déjeme un momento.

—Es información reservada, esto no sale en las noticias militares, no debería.... Toma ¡qué demonios!

Miguel cogió el comlock del capitán con dedos temblorosos y recorrió con la vista la lista, el recuento de la muerte. Allí estaba: Remedios Almera. Sin apenas mover la cabeza, sin mirarle a los ojos un solo instante, Miguel le devolvió el aparato.

—Te relevo. Vete mientras llamo al cabo para que mande a alguien.

En el bar apenas cabía un alma, sin embargo Miguel movía los brazos como si tuviese todo el espacio del mundo. Era el cumple de María y estaban todos allí: Reme, Luis, Paco, Lucre, Fernando, Juan Carlos, Victoria, toda la panda. Quien más, quien menos ya había sido salpicado por la cerveza o la comida abundante.

—Alegría, alegría, Miguel… Que pareces al Narrez poniendo un examen.

—Ni me lo nombres… Me ha tirao con un cuatro y medio, desgraciado.

—¡Bah…! Toma un poco de cerveza y olvídalo. Es un amargado, seguro que llega a su casa y su mujer lo tiene mas tieso que una vela.

—Eh, María, que ya vienen los regalos.

—A ver…

—Espera primero la tarta… Aquí esta. Sopla… Más, ala que poco, se ha quedado una… ahora… ¡¡Bien!!! ¡¡Cumpleaños feliz!!!

Mientras todos cataban a voz en grito, Miguel había tenido una sensación extraña, algo totalmente fuera de lugar. Había pensado que en ese preciso instante —en aquel bar de decoración horrorosa y buenos precios, rodeado de amigos— estaba alcanzando una cumbre, la felicidad más completa a la que podía aspirar. Fue sólo un instante muy breve en que todo pareció detenerse: las sonrisas, los gritos, la tarta que pronto empezaría a volar de un lado a otro. Un instante que olvidó tan rápido como pasó y se sumergió de nuevo en la vorágine de risas, de nata estampada en la cara de la gente y buenos amigos.

Escuchó el retumbar lejano de las aspas mucho antes de ver los helicópteros. El sonido se transmitía muy bien entre aquellos valles abiertos. Aún tardarían unos minutos en llegar. Sentado al lado de la pequeña fogata, Miguel levantó la vista al cielo. Seguía encapotado. Lentamente, extrajo una pequeña agenda electrónica de su guerrera. Muchas veces se habían preguntado por qué hacía aquella lista, por qué se empeñaba en llevar la cuenta. la cuenta estaba cerrada desde hacía algunos meses. Recorrió la lista lentamente, sintiendo como toda la indiferencia del mundo apenas era bastante:

Paco. Muerto por una mina. Diciembre 2006.

Lucre. Derribó cuando despegaba de una base avanzada. Diciembre del 2007.

María. Bombardeo. Marzo del 2007.

Fernando. Desaparecido. Abril 2007.

Juan Carlos. Bombardeo cuartel general. Junio 2007.

Victoria. Accidente de tráfico en una carretera de montaña. Junio 2007.

Luis y Reme. Atentado. Septiembre 2007.

Compañía 103°. Ataque sorpresa de helicópteros. Octubre 2007.

Miguel no se sentía capaz de recibir a los helicópteros y explicarles lo sucedido; de ser asignado a otra compañía, de seguir luchando, mes tras mes, en aquella guerra absurda. Tiró al suelo la agenda. Se levantó y la pisoteó con el tacón hasta que crujió y se apagó. Encendió un cigarrillo lentamente, miró en derredor buscando los helicópteros y sintió cómo la similnicotina que tenían aquellos cilindros de plástico que llamaban cigarros se extendía por sus pulmones sacando el frío de su pecho.

Lentamente, de forma tan intensa como la droga se extendía por su torrente sanguíneo, con la misma lentitud de la hiedra que escala una tumba, comprendió el auténtico sentido de la palabra “indiferencia”.

Eduardo Vaquerizo

Eduardo Vaquerizo es español, nació en 1967 y es ingeniero técnico aeronáutico. Es un habitante habitual en el mundillo de la CF y la Fantasía

española. Durante un tiempo fue vicepresidente de la AEFCF. Colabora con variadas revistas del género. Ha ganado de algunos premios, tal como el Domingo santos, el Ignotus y el Ciudad de Corverá. En la actualidad intenta dar el salto del relato a la novela, con dos o tres proyectos en marcha.

Axxón 123 - enero de 2003

Disfraz

Sergio Gaut vel Hartman

Estaba distraído, con la mente extraviada en los laberintos de un dolor reciente. Por eso, cuando el mendigo ingresó al vagón, farfullando su discurso, no le prestó atención.

—A mí no me manda nadie; yo pido para mí. Para mí, pido. Tuve un accidente; necesito que me ayuden. Una moneda, por favor. —Las palabras se abrieron paso con dificultad, por lo que demoró en relacionar la demanda con la figura voluminosa que se bamboleaba por el pasillo al ritmo del tren—. A mí no me manda nadie; yo pido para mí. Para mí, pido. Tuve un accidente; necesito que me ayuden. Una moneda, por favor.

Extraño, se dijo; algo no encaja. Observó al mendigo a los ojos y percibió el desajuste entre el discurso, repetido como una cantilena, y los gestos mediante los cuales el hombre registraba el entorno. Eran más de las seis de la tarde, la hora pico. El vagón estaba lleno de gente que regresaba a sus casas, en los suburbios. Pero el mendigo se movía como si el tren estuviera vacío. Miente, pensó; finge, no hay duda de que está interpretando a un personaje creado para pedir limosna. No se sintió sorprendido. Aunque pertenece más al folclore urbano que al ámbito de los estudios serios, es vox populi que muchas personas trabajan de mendigos con el mismo profesionalismo con que se reparan relojes o se lustran muebles. No valía la pena torturarse con una reflexión tan inclemente, decidió. Buscó algunas monedas y se preparó para dárselas en cuanto se acercara.

Todo hubiera concluido en ese punto, a no ser porque el mendigo dejó escapar una exclamación, seguramente al recibir una moneda falsa. No lo sorprendió la exclamación en sí misma; no habría ocurrido eso ni siquiera si la exclamación hubiese sido pronunciada en otro idioma. La extrañeza provino de que por un instante, una ínfima fracción de segundo, el mendigo osciló en el límite de la percepción, mostrando que, por debajo de su envoltura humana, había un artefacto, o algo no humano que parecía uno. Se refregó los ojos, desconcertado, como si fuera lógico atribuir el fenómeno a una ilusión óptica. Cuando el mendigo llegó junto a él trató de descubrir algún otro signo que pusiera en evidencia la naturaleza oculta del otro, pero sólo vio a un hombre corpulento,

muy deteriorado por un infarto cerebral masivo; arrastraba la pierna izquierda y el brazo del mismo lado le colgaba como un trozo de carne muerta. Las dificultades en la dicción quedaban disimuladas por la costumbre de repetir el mismo discurso, aunque la voz le temblaba cada vez que pronunciaba la palabra “accidente”. Le dio las monedas que tenía preparadas. El mendigo se detuvo y dijo:

—Dios lo bendiga y le dé el doble. —A continuación, con un movimiento que desmentía la inutilidad del brazo, apretó el puño y las monedas desaparecieron. No las guardó en el bolsillo ni las depositó en el morrión que le colgaba de la cintura: desaparecieron. ¿Otra ilusión óptica? Se le ocurrió que no perdía nada encarándolo; en el peor de los casos recibiría una respuesta incomprensible, fuera de la programación, o nada. Pero el mendigo ya le había dado la espalda, siguiendo su camino por el vagón atestado, con la pierna a la rastra y la mano colgando fláccida en el extremo del brazo. No pedía permiso: se impulsaba y pasaba entre la gente, como una máquina programada para cumplir ese objetivo.

Un episodio banal; ha terminado. ¿Tenía sentido seguir preguntándose acerca de lo que había visto, el supuesto artefacto disfrazado de mendigo? Una máquina de pedir limosna. Ingenioso. Una vez amortizados los gastos de diseño y construcción, estaríamos ante un generador incansable de ganancias, en actividad las veinticuatro horas, todo el año, años y años, incansable, eficaz. Los gastos de mantenimiento serían mínimos: las máquinas no comen, no duermen, no reciben sueldo, no realizan protestas sociales, no reclaman vacaciones, no se enferman… ¡Perfecto! Alejó la idea por demasiado fantasiosa y no tardó en recaer en su honda melancolía. En realidad no le importaba; aunque fuese como lo había imaginado, no le importaba.

Sin embargo, cuando el mendigo pasó al otro vagón, lo siguió con la vista. Había una coincidencia, por lo menos intrigante. El último vagón a recorrer se ajustaba a la perfección con la llegada a la terminal. Ocho vagones, dieciséis estaciones. Matemáticamente exacto; una concesión dramática a la simetría, que en la realidad, por lo general, se empeña en escurrir el bulto.

Al descender, prolongó la investigación ubicándose a veinte pasos del mendigo. El hombre (se resistía a aceptar que su visión pudiera darse por verificada) permaneció junto a la última puerta del último vagón, la que al invertir su marcha la formación para recorrer el trayecto de la terminal a la cabecera, se convertiría en la primera puerta del primer vagón. Las precisiones matemáticas en el comportamiento del lisiado seguían dándose de cabeza con la lógica. Si la impresión que trascendía de su aspecto y

comportamiento conducían a suponer que el hombre a duras penas podía valerse por sí mismo, la forma en que tenía organizado su trabajo demostraban lo contrario. Creyó vislumbrar, fugazmente, un cambio en la actitud cuando los nuevos pasajeros fueron ocupando los coches, pero le restó importancia. Fue en ese momento que decidió seguir al mendigo hasta el fin del mundo, si resultaba necesario. No tenía nada importante que hacer, nadie lo esperaba, y le vendría bien, en todo caso, concentrarse en una empresa novelesca, aunque fuera una ilusión, una soberana ridiculez.

Cuando la formación estuvo a punto de partir, en el último segundo, el mendigo abordó el tren, lo que provocó que él, distraído en sus especulaciones, tuviera que correr para no perderlo. Sólo el espontáneo apoyo de uno que trabó las puertas automáticas, le permitió llegar antes de que el tren se pusiera en marcha.

Ya a bordo, sin posibilidades de ocupar un asiento, se acurrucó para pasar inadvertido y observar con atención el accionar del mendigo.

—A mí no me manda nadie; yo pido para mí. Para mí, pido. Tuve un accidente; necesito que me ayuden. Una moneda, por favor. —Las mismas palabras, la misma oscura oscilación en "accidente". Con una envidiable precisión recorrió el vagón en el mismo tiempo que el tren demoró en unir las primeras dos estaciones. Mientras sentía crecer en su interior la excitación que generaba ir detrás del esclarecimiento de un enigma, por minúsculo que éste fuera, imaginó tres o cuatro desenlaces posibles, algunos de los cuales entrañaban cierto riesgo para su integridad. ¿Estaría operando bajo la influencia de un impulso suicida? Asimiló la idea, aunque no por completo. Su herida interior era profunda, de las que no cicatrizan así nomás. Pero estaba seguro de que su afán por conocer se impondría a cualquier tendencia desafortunada.

Buscó una vez más al mendigo. No lo vio, por cierto. Debía estar en el tercer vagón y si el modo de actuar era el previsto, no tenía por qué inquietarse; no lo iba a perder. En ese punto lo asaltó una nueva duda. Si la teoría del artefacto era correcta, el mendigo no descendería nunca del tren, o por lo menos no saldría nunca de las estaciones cabeceras, manteniéndose en una suerte de circuito cerrado. Seguramente entraría en contacto con el encargado de recoger la recaudación, pero él no lograría obtener un solo dato más. Eran sus propias limitaciones, comer, dormir, satisfacer necesidades fisiológicas, las que terminarían por hacerle perder la pista del lisiado. No tenía sentido. Estaba persiguiendo un fantasma. Sería mejor abandonar en este punto, antes de que la obsesión encadenara su voluntad.

No obstante, se permitió un último lance. Si lograba obviar la pesquisa, habida cuenta de que ya sabía que no lo conduciría a ninguna parte, y descubría entre los otros pasajeros alguno que hubiera notado el extraño comportamiento del mendigo, quizá diera con una respuesta satisfactoria sin más trámite. Lo animó hasta tal punto esa posibilidad que se atrevió a abordar al que tenía más cerca.

—Discúlpeme —le dijo a un joven de ensortijado cabello rojo que había pasado todo el viaje buscando una posición adecuada para su gran mochila—: ¿Observó al mendigo que pasó hace un rato, el afásico, gordo, que repetía un discurso entrecortado?

El muchacho lo miró extrañado, pero no pareció molesto por la intrusión. —Lo veo todos los días que viajo; ya no le presto atención. ¿Qué hizo?

—Hacer no hizo nada especial. Es difícil de explicar. Seguramente vas a pensar que estoy loco o que persigo alguna cosa rara.

El joven se encogió de hombros. —Debo haber escuchado cosas peores, con seguridad.

—Lo único que tengo es una sensación, un relámpago. Vi algo muy extraño cuando pasó junto a mí, hace un rato; lo vengo persiguiendo desde entonces.

—Entonces lo dejó ir, porque anda como tres vagones atrás.

—No importa. Sé donde está en este momento. No es eso. Maniobra con regularidad, como si fuera una máquina.

—¿Un robot mendigo? —El muchacho había captado la idea de inmediato—. Suena absurdo.

—Sí, ¿no? —El tren se había ido llenando en cada estación y la atmósfera ya era irrespirable. Se preguntó cómo haría el mendigo para cumplir con la pauta: un coche por tramo—. Según mi cálculo —prosiguió—, en la octava estación habrá llegado al último vagón, lo que lo obligará a tomar un tren descendente o el próximo en la misma dirección que éste.

—¿Está seguro de lo que dice? Mire, yo a usted no lo conozco. Puede ser un lunático al que le dio por ese lado. Y a mí el mendigo no me hizo nada. ¿Tengo que elegir a uno de los dos?

—Es cierto, te pido disculpas.

—No, está todo bien. —El joven pareció advertir que había actuado groseramente y trató de reparar su conducta. Tendió la mano y se presentó—. Me llamo Julián; hago este camino todos los días. —Sonrió—. Estudio en el centro, Sociales.

—¡Qué bien! Yo soy Esteban Gandolfo. Como ves, pierdo el tiempo con estas tonterías.

—¿Se propone seguirlo? —Hizo un ademán ambiguo, en la dirección probable en que podría hallarse el lisiado en ese momento. En la pregunta estaba implícita otra.

—No tengo nada mejor que hacer. Enviudé, hace dos meses. Al llegar a casa me siento en una silla y me quedo horas mirando el vacío. A veces me acuerdo y enciendo la televisión; entonces me quedo horas mirando la televisión como si fuese el vacío. Esto, por lo menos, aunque sea más loco, luce más interesante, ¿no te parece?

—Lo siento —dijo el joven, incómodo, poco habituado a expresar una condolencia.

—No hay problema. Me disculpo otra vez por haberte metido en esto.

El muchacho se acomodó la mochila y se dispuso a remontar la marea humana que cubría todo el volumen del coche. Pero no logró dar ni siquiera cinco pasos.

—Va a ser difícil. Él lo tiene bien ensayado.

—Creo que mejor será que lo interceptemos en la octava estación, afuera del tren.

—Mejor. Cuente conmigo. —Por lo visto Julián había decidido confiar en el instinto de su reclutador. ¿Qué lo habría seducido de la propuesta? ¿Había detectado algo interesante o era uno de esos comedidos que se prende en todas? Esteban se sintió invadido por una serie de emociones turbulentas. Considerando que el mendigo debía hallarse a cinco vagones de distancia, contaban con el plazo justo para pensar una estrategia. Dos estaciones. Una y media, en realidad.

Por eso los descolocó ver al mendigo de regreso, avanzando dificultosamente, fuera de tiempo y distancia, recitando su cantilena monótona.

—A mí no me manda nadie; yo pido para mí. Para mí, pido. Tuve un accidente; necesito que me ayuden. Una moneda, por favor.

—Hablaba de éste, ¿no? —dijo Julián.

—Hablaba de éste —concedió Esteban—. Pero algo no encaja. No debería estar de vuelta. Registré una forma de actuar, invariable, o eso creí; esto no obedece al patrón.

—Está volviendo antes de la octava estación. ¿Se habrá dado cuenta? Usted dijo que recorría el tren en una dirección y en la octava cambiaba a otro.

—Era una hipótesis. Parece que ha sido refutada.

El mendigo estaba muy cerca, arrastrando la pierna, el brazo colgando, fláccido, el mismo discurso, con su desliz en “accidente”.

—Si no hay rutina, no hay misterio —dijo el muchacho—. Sólo un pobre lisiado que trata de ganar unas monedas.

—¡Un momento! El brazo.

—¿Qué tiene?

—Es el otro.

Inesperadamente, una mujer de tez oscura, largas pestañas y expresión cansada pareció interesada en la conversación, y sin que nadie le diera pie, decidió intervenir.

—Yo lo noté —dijo—. Cuando pasó a la ida el brazo y la pierna estropeadas eran las del lado izquierdo, y ahora arrastra el derecho.

—¡Exacto! —Sin profundizar demasiado, Esteban había sacado un par de conclusiones preliminares: los mendigos eran dos, idénticos o casi y recorrían el tren en sentido inverso; el mendigo era uno solo, pero el patrón no era un coche por estación, sino que se adecuaba a las decisiones de un operador que lo manejaba por control remoto. Eso explicaba el cambio del brazo y la pierna tullidos. ¿Disparatado? No tenía, de momento, nada mejor. Julián y la mujer parecían haber sintonizado e intercambiaban opiniones, especulando sobre el fenómeno del mendigo.

—Yo me atrevo a ir más lejos —estaba diciendo ella—. Creo que no es un ser humano.

—¿Pensó eso, en serio? —dijo Esteban—. ¡No me diga!

—Es muy loco, ¿no?

—Para nada; yo percibí o creí percibir algo similar.

—Silencio —dijo Julián—. Ahí viene. Encarémoslo. ¿Qué podría pasar?

—Eso. Saquémoslo de la rutina. —Sin vacilar, Esteban sacó un billete, no monedas, del bolsillo interior del saco y lo puso delante de la nariz del mendigo. Éste levantó la mano izquierda para recoger del dinero, a la vez que recitaba el agradecimiento de rigor.

—Que Dios lo bendiga… —Pero le billete había desaparecido, escamoteado por un simple movimiento de la muñeca. No hubo desconcierto en la expresión del mendigo, aunque sí un extraño y agudo silbido, como si una válvula hubiera liberado aire a presión.

—Una respuesta y el dinero es suyo.

—¿Qué le hace? —dijo una mujer mayor, de cabello cano—. No sea desalmado. Entregue el dinero y déjelo en paz. No lo provoque. ¡Es un pobre lisiado!

—A mí no me manda nadie; yo pido para mí –dijo el mendigo.

—¡Miente! Es una máquina de pedir.

— Para mí, pido. Tuve un accidente.

—¡Nunca vi algo así! —volvió a protestar la mujer mayor, furiosa—. ¡No lo haga sufrir! Hay que ser una buena porquería para…

—Pide para una entidad ajena a nosotros, por motivos que no conocemos. ¡No es un ser humano!

—¿Qué dice? ¿De qué habla? —Un hombre vestido con el uniforme verde y amarillo de una empresa recolectora de residuos avanzó sobre Esteban con el propósito de golpearlo. Sin proponérselo, la multitud impidió que lo alcanzara. Así y todo, algunas personas empezaron a tomar partido por el lisiado, quien, para cualquiera que observara la escena, era la víctima de un sádico, de un demente o algo peor. Hasta la mujer de pestañas largas y Julián empezaron a mirarlo con desconfianza, preguntándose si no habían quedado del lado de los malos de la película. ¿Estaría trastornado de antes o el proceso se había iniciado en ese mismo momento?

—¡Déjelo! ¿No se da cuenta de que ya tiene bastante con su cruz? —intercedió una mujer que estaba embarazada—. Usted no sabe lo que es el respeto. —Una fértil ola de protestas se alzó a coro, fundiéndose con los sonidos propios del tren que seguía su marcha, ajeno al conflicto desatado en su interior.

—Necesito que me ayuden. Una moneda, por favor.

—¡Qué alguien llame al guardia! —gritó un hombre alto y obeso de cráneo afeitado y poblado bigote negro—. ¡Seguridad! ¡Seguridad!

—Esperen —dijo Esteban, acorralado contra una de las puertas automáticas; sus posibilidades de ser despedido hacia el andén en el caso de que el tren se detuviera eran enormes: la presión de la gente iba en aumento y él, con las manos en alto, no lograba convencer a nadie; más bien todo lo contrario—. No trato de hacerle daño al lisiado. Sólo escuchen: ocurre algo muy raro con este hombre. Lo único que me interesa es averiguar. Ellos también lo notaron —agregó señalando a Julián y a la mujer de tez oscura.

—Necesito que me ayuden. Una moneda, por favor.

—Yo no —se defendió el muchacho—. Únicamente lo seguí, por curiosidad. —La mujer permaneció en silencio; había agotado sus argumentos y el cansancio volvía a tomar posesión de su voluntad.

—A mí no me manda nadie —insistía, obstinado, el mendigo. El tren se había detenido en una estación, pero las puertas no se abrían. La detención se prolongaba más de la cuenta, por lo que no era descabellado suponer que la noticia del tumulto había llegado a oídos del personal de seguridad; estos se estarían organizando para tomar cartas en el asunto. El tiempo se agotaba y a Esteban no se le ocurría nada efectivo. Por fortuna, la agresividad de la gente, en tensa espera, había decrecido, pero no existían garantías de que la violencia no se desatara al menor estímulo.

—¡En el primer vagón! —oyó Esteban que gritaban—. ¡Hay uno que lastimó al Pingüino!

¡El Pingüino! ¿Así lo llamaban? La retorcida hilaridad que le produjo a Esteban la idea se desvaneció al reparar en que lo estaban acusando de un abuso no cometido. La gente se había apartado de él y lo miraba con asco, con aprensión, con resentimiento. Era todo lo que necesitaba. Le arrebató la mochila a Julián y tomándola con las dos manos de las correas, la descargó contra la cabeza del mendigo en el mismo momento en que éste repetía por enésima vez su letanía:

—Tuve un accidente…

—¡Vas a tener otro! —aulló Esteban.

La mochila hizo impacto y la cabeza salió volando como un meteoro, rozando a su paso todas las agarraderas de una fila, que tintinearon musicalmente. El cuerpo del mendigo empezó a girar sin control y un lluvia de placas, componentes, capacitores, resistencias y vaya uno a saber qué más, se derramó sobre los pasajeros del tren. Tornillos y arandelas rodaron por el piso del vagón, formando un riacho absurdo.

—Una moneda, por favor —seguía rogando el cuerpo decapitado. Esteban dedujo que el reproductor estaba en algún punto próximo a la axila. Pero esa deducción pasó a segundo plano cuando advirtió que casi todos los pasajeros se abalanzaban sobre los componentes sueltos del mendigo y otros, más osados todavía, lo desmembraban para apoderarse de los brazos y las piernas. En la otra punta del vagón, el recolector de residuos vestido de verde y amarillo, exhibía triunfal la cabeza, imponiendo la superioridad de su físico sobre los que trataban de arrebatársela. Cuando estuvo

seguro de que todos reconocían su derecho, desenroscó la cabeza propia y procedió a sustituirla por la del mendigo.

—¡Es de última generación! —exclamó, eufórico. Un aplauso cerrado coronó la conquista. La mayoría de los pasajeros se desentendieron de Esteban, a quien minutos antes habían estado a punto de linchar, y se dedicaron a comparar y ponderar las piezas obtenidas en el desmantelamiento. Del mendigo sólo quedaba el núcleo del tronco con la unidad de sonido, que por alguna extraña razón nadie había reclamado. Esteban se agachó y pudo escuchar, aunque el volumen ya era muy bajo, el invariable alegato, casi inaudible.

—... yo pido para mí. Para mí...

Las puertas se abrieron por fin, y la multitud se derramó por el andén.

Sergio Gaut vel Hartman

Sergio Gaut vel Hartman nació en Buenos Aires en 1947. Es un autor muy prolífico, que ha publicado numerosos relatos en revistas de todo el mundo. Es autor del libro de cuentos Cuerpos descartables, Minotauro, (1985). Fue creador y director de la revista Sinergia y posteriormente director de la revista Parsec. En Axxón hemos presentado en el número 67 un especial dedicado a él, más los cuentos “Crías de esturión”, Axxón-69, “Náufrago de sí mismo”, Axxón-60 y “Encubridor”, Axxón-100. Más datos sobre Sergio en la enciclopedia.

El Gaucho de los Anillos (4)

Otis

"En un overo rosao, // Flete nuevo y parejito…" Así comienza una de las recreaciones clásicas de la literatura argentina, el *Fausto* de Estanislao del Campo. Esta obra, compuesta después de haber asistido el autor a una representación de la ópera *Fausto* en el Teatro Colón de Buenos Aires, se recrea la epopeya del otro *Fausto*, el de Goethe, tomando las formas de la poesía gauchesca. A diferencia del otro gran poema gauchesco, el *Martín Fierro* de José Hernández, Estanislao del Campo intenta contar la historia de modo burlón y desde la óptica del gaucho.

Siguiendo esa línea, presentamos en los números 120 a 122 los tres primeros capítulos de *El gaucho de los anillos*, una recreación en formato gauchesco, de la obra ya universalmente clásica de J. R. R. Tolkien, y aquí llega el cuarto…

Llegaron al Monte Viejo
justo cuando amanecía,
y a la lú del nuevo día
se les cerró la garganta
con esa paré de plantas
que dende el suelo crecía.

El Merry los jue llevando
entre los troncos ladeaos.
Parecía muy confiao
hasta que al fin se paró.
"Compañeros, creo yo
que nos hemos estraviao."

Estaba oscuro y el guía,
con la lengua tartamuda,
entre el quebracho y la ruda
dijo con voz temblorosa:
"Me parece que la cosa
se está poniendo peluda".

"Fiero monte ande no cantan
calandria, zorzal ni mirlo.
Bien ligero habrá que juirlo
¡y guay con el Tornasauce!"
Y en terminar de decirlo
se toparon con un cauce.

Tapando el ruido del agua,
el Merry pegó un grito.
"¡Tornasauce, el río maldito!
¡Ahura ya sé diánde estamos!

Pa’ salir, el río sigamos.
¡Hasta si hay un caminito!”

Los otros le hicieron caso
y siguieron el riachuelo.
Pero no duró el consuelo:
mientras iban caminando
un sueño les jue dentrando
que los dejó por el suelo.

“¡Qué modorra me está dando!”
dijo uno remolón.
“Que me digan dormilón
la verdá no me molesta;
yo me viá echar una siesta
abajo ‘el sauce llorón.”

Al rato Merry y Pipino
roncaban a pata suelta.
Frodo y Sam se dieron güelta
cuando escucharon un ruido:
habían desaparecido
de las raíces regüeltas.

De adentro mesmo e’ la planta
salían gritos apagaos.
El tronco se había cerrao
como si juera un estuche:
¡Ese árbol desgraciao
los había mandao al buche!

Dentraron a dar patadas
en el hermético aujero.
“¡Mis primos no son puchero!
¡Dejalos salir de áhi!”
Y pararon porque oyeron
un tremendo sapucay.

Un paisano redepente
salió del bosque machazo;
daba larguísimos pasos
cruzando charcos y zanjas
con una cesta e’ naranjas
que le colgaba del brazo.

Parecía muy contento,
saltando de un pie a otro pie,
una pluma e’ caburé
en el chambergo sencillo,
los zapatos amarillos,
y cantaba un chamamé.

Medio el Frodo se asustó
con el coso inesperao;
pensó que estaba mamao,
pero se olvidó e’ la duda
y corrió a pedirle ayuda
a puro grito pelao.

“Quién es éste que se viene
gritando tanto, ¡qué digo!
ni que viera al enemigo
iba a ser menos sutil.
Yo me llamo Bombadil.
¿Qué se le ofrece, chamigo?”

“¡Ayuda, don Bombadil!”
lo apuró Sam al reclamo.
“A descansar nos tiramo’
pero aquel árbol cretino
se nos comió a don Pipino
y a don Merry Brandigamo.”

“¡No me digan que el bellaco
se me ha güelto a retobá!
¡Lo viá tené que domá
al vegetal insolente!
¡Le viá enseñá a comé gente
como si jueran chipá!”

Dandolé con el rebenque
se puso a gritarle ansí:
“¡Tenés que echarte a dormí!
¡Largá a los pobres gurises!
¡Hacé lo que se te dice!
¡Largalos, añá membuí!”

El árbol se hacía el duro
y por un rato aguantó.
A la final se cansó

de los golpes del rebenque;
se aquietó como un palenque
y a los hobbits escupió.

“No hace falta que agradezcan”
dijo el gaucho bondadoso.
“El monte es muy peligroso
pa’ unos hombres tan chiquitos;
a mi rancho los invito
pa’ que tengan su reposo.”

Ansí que a la casa jueron,
y a la noche se armó farra:
Sam le daba a la guitarra,
volaban prima y bordona,
Bombadil a la acordiona,
y entre tuitos a la jarra.

Y pasaron varios días
descansando en ese rancho
perdido en el monte ancho,
y entre asado y tereré,
entre polca y chamamé,
terminaron como chanchos.

Continuará…

Otis
Febrero de 2003

***Otis* es el seudónimo de un activo participante de la lista Axxón y del taller literario.**

Andernow

Waquero

WAQUERO — Hola Baldor, ¿Me pareció a mí o lo vi a Sorn sentado frente a la computadora?
BALDOR — Espero que hayas sacado una foto. Yo enseñaré la mía a mis nietos. ¡Sorn chateando!
WAQUERO — Bueno eso sí que es una novedad ¿y con quién se está maileando?
BALDOR — No me lo ha querido decir, pero cuando he acercado el cubo para recoger las babas me ha parecido escuchar algo así como: Mmmmmooooooonny….oooonnnnyyyy.
WAQUERO — Moony… Quién lo diría…
BALDOR — Yo desde luego que no. ¿Quién lo iba a decir? Si cada vez que pone su zarpa sobre el teclado pulsa siete teclas a la vez.
WAQUERO — Mirá, lo único que espero es que no se entere el Guanaco porque sino se pudre todo.
GUANACO — ¿Enterarme de qué?

Americander
Eurander

Quiero dedicar este numero a Cali, para que sepa que mi amor y mi fe en ella es inquebrantable.

Americander

Waquero

Axxón 123 - Enero de 2003

Teatro de revistas

Waquero

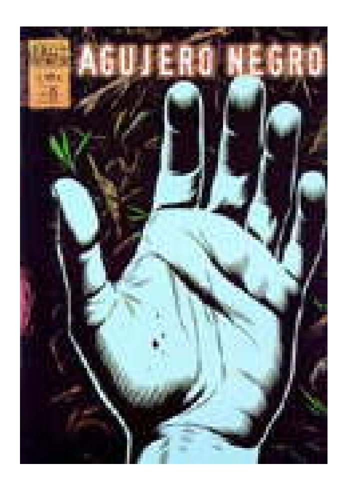
Fuerza-X



He aquí un título destinado a causar sensación. Lo tiene todo, es “políticamente incorrecto” y es autoconclusivo. Ciertamente llamará la atención de mucha gente. No obstante, ¿qué nos encontramos en el guión? Una historia que en el fondo es tan de superhéroes que resulta hasta tópica. Eso sí, el tratamiento es muy agresivo y extremo, lleno de referencias a lo que deberían ser los superhéroes pero vueltas del revés (gente que muere, gente que hace dinero y un largo etcétera). El problema es que estamos en el 2003. La reconstrucción de los superhéroes está tan avanzada que hasta un lector no especialmente aficionado se da cuenta de que empieza a oler a mortaja. ¿Resultado? El factor sorpresa de Fuerza-X no existe. De todas formas intenta la excusa innovadora de incorporar el contexto de la “globalización”, pero no lo aprovecha más que para mencionarlo en un par de ocasiones, despistar un poco y no llegar a nada al final. Y tampoco parece que sea una parodia, porque, como les dije, en el fondo la historia se supone seria. Pero bueno, si somos capaces de ignorar la mediocre idea de partida, lo lógico es tratar de buscar un guión consistente como los que sabe hacer Milligan. Pero… ni rastro, nada de nada. Es pura mediocridad en diálogos, situaciones y personajes. Sí, tiene algunas ideas, pero se quedan en apuntes dispersos. Lo único destacable parece ser el juego constante

al que somete al lector habitual de superhéroes rompiendo los códigos del género. Pero ni tiene ningún mérito ni es nada nuevo. Y lo peor es que sé que Milligan sabe hacerlo mejor, mucho mejor. En cuanto a lo gráfico, he de reconocer que me gustó bastante. Realmente Allred es un buen dibujante que sabe aportar espectacularidad, dinamismo y claridad a la historia. Además, la narración gráfica, que combina el estilo desaforado actual con toques de clasicismo, consigue transmitir un espíritu fresco muy apropiado para el género. CONSEJO: este Fuerza-X es un cómic que resultará aburrido a cualquier persona que no sea aficionada a los superhéroes y más concretamente a los mutantes. Eso sí, a estos últimos les encantará por la misma razón que nos gustan las tres primeras películas de Kevin Smith a los frikis. El resto de gente debería abstenerse de intentar pescar en el desierto y, en todo caso, buscar mejores cómics de superhéroes, que los hay.

Agujero negro



Ya está en mis manos el numero ocho de una de las series más laureadas. Y no es para menos. Charles Burns, conocido autor entre los aficionados a esa cosa informe que solemos llamar cómic “alternativo” o “underground”, consigue con esta serie trascender las fronteras de su público natural sin despojarse de ni una sola de las características de su estilo enfermizo. A través de sus diversas obras, Burns ha ido desarrollando un universo peculiar donde sus personajes son esclavos de una naturaleza caprichosa que gusta de la deformidad y lo morboso y provoca (también en el lector) ansiedad e incluso miedo. Pero el acierto de este “Agujero Negro” del que carecían en mayor o menor medida sus otras obras (“Burn Again” y “El Club de Sangre”) es que hace de esas circunstancias el

núcleo central de la trama al tiempo que las convierte en algo metafórico. Así, una extraña enfermedad de transmisión sexual que afecta sólo a los jóvenes y les convierte en monstruos, sirve para desarrollar las angustiosas experiencias del paso por la adolescencia apelando al inconsciente del lector. Hay que puntualizar, por tanto, que hay sitio para una variada gama de sentimientos, entre los que encontramos de forma destacada el amor. Contenidos a parte, lo cierto es que el guión sabe conjugar la agilidad de ritmo con la fijación en los detalles que son realmente importantes. Resulta muy difícil no quedar atrapado por la trama, fascinado por sus personajes y totalmente implicado en las situaciones. Además, la coherencia en el desarrollo de las sucesivas entregas y el aumento del nivel y el interés en cada una de ellas convierte "Agujero Negro" en un cómic excepcional que bien merecería una edición recopilatoria. En cuanto al dibujo, muy característico del autor, sigue siendo oscuro y pesado. Grandes manchas de negro cubren las páginas para representar ambientes sórdidos en donde objetivamente hay espacios cotidianos. Asimismo, el cuidado de los detalles de todo tipo que pueblan esta obra aporta la justa sensación de "representación de la realidad" que permite sintonizar con los sentimientos de los personajes. A esto hay que añadir, por supuesto, la imaginación viscosa de Charles Burns a la hora de recrear todo tipo de disfunciones del cuerpo y la mente.

La narración gráfica presenta también esa doble vertiente que apuntaba antes: lo cotidiano que a la vez es sórdido. Encontramos por tanto una distribución de viñetas rectangulares donde la atención recae sobre una excelente planificación centrada en mostrarnos los detalles importantes de la historia (a veces algo tan aparentemente peregrino como la "cola" de un personaje). Destacan en este sentido el uso de planos subjetivos como modo de identificación. No obstante, las composiciones de viñeta convierten los objetos mostrados en simbólicos y establecen todo tipo de relaciones entre ellos. Así, se modifica nuestro modo de percibir ese mundo "real" y se subrayan las escenas oníricas y/o psicotrópicas.

CONSEJO: "Agujero Negro" es un gran cómic recomendable y asequible a cualquier público maduro. La edición en formato "oficio al diome" de La Cúpula, si bien no hace justicia al contenido, ha permitido un buen precio que acerca la obra a un público mayor, lo cual siempre es de agradecer. La pena es que salgan los números tan cada tanto, que se produce un "efecto Bone" de tardanza que nunca es agradable. En cualquier caso, debido a las re-ediciones, están disponibles en las librerías especializadas todos los números de esta fabulosa serie que recomiendo enérgicamente.

BALDOR – De nada… de nada… ¡No! ¡No me mires así! ¡No te acerques! ¡Quieetoooooo! ¡Basta! ¡Te lo diré! ¡Te lo diré! Es Sorn, se está maileando con Moony.

WAQUERO – ¡Pero…! ¡Baldor, bajate de ese aparador ya… No quiero líos, Guanaco, bancáte la situación como está.

GUANACO – No se preocupen muchachos, está todo bien. Moony es una chica grande y sabe lo que tiene que hacer o dejar de hacer.

BALDOR – Buuuff. Qué alivio. La verdad, el Guanaco me ha sorprendido gratamente. No esperaba una reacción tan madura de su parte.

WAQUERO – Sí, y eso es precisamente lo que me molesta. El Guanaco no se toma las cosas con tanta filosofía.

Juegomanía

Waquero

La abadía de las Guardianas



En el número pasado hablábamos del viejo juego “La abadía del Crimen” pero hoy nos dedicaremos de lleno a su versión erótica.

Creado por Magical Star esta aventura grafica apunta más al humor y al sexo que a los parámetros convencionales. Su humor de total desparpajo nos hace recordar al “En búsqueda del Santo Grial” de los Phayton. Sarcasmo, ironía, sordidez, en algunos casos rozando el mal gusto, esta aventura gráfica comienza en una abadía habitada únicamente por jóvenes y bellas monjas que son asediadas por los integrantes de una tribu donde sólo viven hombres un tanto desesperados por obtener los favores de las chicas, perdón… Monjas.

La primera de las cuestiones es llegar a la abadía. Para ello debemos identificar entre los habitantes de pueblo a las monjas disfrazadas, que de esta manera consiguen comida todos los días. Para esto debemos levantar la túnica de todos y cada uno de los pueblerinos, viendo calzoncillos de los más variados estilos y estado de higiene o integridad, hasta encontrar las bellas piernas de las monjas que terminan en unos inexplicables tacos aguja. Esta operación debe hacerse con cuidado, ya que si algún rudo campesino nota que

andamos espiando bajo las faldas nuestro juego terminará casi antes de empezar de una forma muy poco digna, con algo más que nuestra moral destrozada. Sugiero que eventualmente sacrifiquen una vida ya que la secuencia animada no tiene desperdicio.



Si logramos individualizar a las monjas y seguirlas a través del bosque hasta su recinto, es allí en donde tendremos que lidiar con un numero considerable de monjitas ansiosas, sin despertar a la Madre superiora, que de encontrarnos no obligará a realizar las más variadas tareas no del todo “santas”.

Las secuencias fílmicas del todo el juego con personajes reales tienen una alta definición a pesar de ser de 256 colores.

BALDOR — Sorn, venga, que tenemos que presentar el Ander de este mes.

SORN — Mmmmmmmoooo….. ¿Eh? ¿Ander? ¿Qué Ander? ¡Ah, donde está Moonnn… …. …. Mmmmooooonnnyyy… aaaahhhh…. Mmmmm……

Vayamos por partes, Frankie

Waquero

APUNTES SOBRE LA VIDA SEXUAL DE UN ÁNGEL

Por Angel Eduardo Milana

CAPÍTULO II
HUIDA HACIA EL OESTE

Caminó hacia el sur a paso rápido durante un par de horas, dejando un rastro bien marcado y luego torció hacia el este. Cuando llegó al lago volvió hacia el norte, ahora sí preocupándose por no dejar rastro, andando por las piedras o por el agua. Se aseguró de pasar la aldea y después se dirigió hacia el oeste. No creía que luego de estas maniobras pudieran encontrarlo, pero volvió a la costumbre de viajar de noche y ocultarse durante el día, evitando el contacto con seres humanos.

Cruzó unas sierras y llegó a una zona pantanosa. En cierto lugar vio a unos indígenas que viajaban en canoa. No tenía apuro por llegar a ninguna parte, pero esa forma de viajar era mucho más cómoda que hundido a medias en el agua o arrastrándose por el barro. Cuando pudo, se apropió de una y continuó, bogando de noche y ocultando, cuerpo y canoa, durante el día.

Luego de muchos días de viaje observó que había bastante actividad en las márgenes y tránsito en el río. Hasta divisó gente de tez clara, como él. No tenía razones para desconfiar de la gente de estos lugares y no tenía la sensación de peligro pero, por prudencia, se mantuvo oculto, aunque los espiaba si podía hacerlo sin que lo descubrieran.

Notó que la gente de su color iba casi completamente vestida, incluso en los pies, al contrario de los otros, que solamente usaban taparrabos, como él. Otra diferencia era que, si bien todos usaban cuchillos, los blancos no usaban lanza ni flechas, sino que portaban revólveres y rifles. Algún recuerdo anterior le dijo que era muy peligroso colocarse frente a estas cosas.

Durante una de esas actividades de espionaje a un grupo

especialmente numeroso, le llegó un perfume totalmente distinto. Cerró los ojos y se puso de pie. El perfume había despertado un recuerdo: unos pendientes, un rostro de mujer y un jardín. Hizo un esfuerzo por recordar algo más y le llegó una voz bien real:

—OK. ¡Coloca las manos sobre tu cabeza!

La orden fue dada en inglés, pero la entendió y obedeció. Una persona lo estaba encañonando con un revólver. Esta persona llamó a otras y entre todos lo privaron de sus armas y lo condujeron hasta el centro del campamento.

—¿Quién eres y qué haces acá? —fue la primera pregunta.

—No sé quien soy. He perdido todos mis recuerdos. Solamente los estaba observando.

—Eso de perder la memoria es muy conveniente cuando uno no quiere dar explicaciones. ¿Cómo llegaste hasta este lugar?

—Eso lo puedo explicar: vengo desde un lago, muy al este. Allí llegué desde muy lejos, desde el norte.

—¿Y todo el camino lo has hecho caminando?

—La primera parte, sí. Luego de pasar unos pantanos conseguí una canoa y viajo río abajo.

—¿Por qué nos espiabas?

—Curiosidad. La piel de ustedes es como la mía. Quería ver si averiguaba algo sobre mí mismo.

—Me inclino a creerle —dijo un hombre de más edad—. El arco y las flechas que lleva consigo son muy distintos de los locales. Éste es un típico arco inglés.

—Lo hice yo mismo.

—Yo no me fiaría de este tipo, profesor —dijo el que dirigía el interrogatorio y parecía ser el jefe del grupo.

—¿A cuántas personas ha matado? —la pregunta la hizo una voz femenina, a sus espaldas.

—Por lo que yo recuerdo, a ninguna —respondió Julián, volviéndose. Era una mujer joven—. Su perfume… su perfume me trajo un recuerdo: unos pendientes, un rostro de mujer y un jardín. Eso es todo lo que recuerdo de mi vida anterior.

La mujer se retiró, metiéndose en una carpa y volvió con varios objetos. Le alcanzó un frasco de perfume.

—Huela, a ver si recuerda algo más.

Julián lo hizo.

—Cecilia —lo dijo en francés—. Los mismos recuerdos que antes y ese nombre. Nada más.

—Parlez vous français?

—Oui, madame.



Le preguntaron si hablaba otros idiomas, pero no recordaba ningún otro. Nadie le habló en castellano y él no supo que ese sí sabía hablarlo.

La mujer le entregó unas tijeras.

—Para las uñas —le dijo.

—Gracias.

Julián tomó las tijeras y se las cortó diestramente. Las uñas y la barba habían sido un problema durante su vida de salvaje.

Devolvió correctamente la tijera y la mujer le entregó un jabón.

—¿Sabe para qué es esto?

—Jabón, para lavarse.

—Pues sería conveniente que lo haga. ¡Hombres!, alguno de ustedes podría darle algo de ropa. ¿No ven que no es un salvaje? Si hasta parece una persona culta.

El jefe le ordenó a uno de sus hombres que vigilara a Julián mientras se bañaba y a otro que le entregara ropa. Luego se llevó aparte al de más edad.

—Profesor, soy responsable por su seguridad y la de su hija. Esta persona es muy simpática pero no me gusta tener extraños en el campamento. Creo que sería conveniente que lo despidiéramos o, si se queda, tenerlo prisionero hasta que averigüemos más acerca de él, cosa que no creo posible.

—A mí no me parece peligroso.

—A mí tampoco, pero… no se ofenda, no me gusta la forma en que mira a su hija.

—Cierto. Trataremos de averiguar algo más y antes de la noche nos cercioraremos de que continúe su viaje.

Julián volvió del baño vestido y, si se diferenciaba de los otros, era en que se veía más apuesto que ellos, aún dentro de esa ropa que no le caía del todo bien. Continuaba descalzo y nadie le ofreció proveerle calzado.

Siguieron con las preguntas y averiguaron que se dirigiría río abajo hasta que pudiera seguir hacia el sur. Le advirtieron que pasando las mayores ciudades, Brazzaville y Leopoldville, el río se tornaba peligroso, le recomendaron que viajara en ferrocarril y luego se aseguraron que continuara viaje.

Pero no se aseguraron bien. La conexión macho—hembra se había establecido y Julián regresó entrada la noche; fue bien recibido en una carpa donde hubo una actividad desacostumbrada, muy silenciosa, y partió antes del amanecer, dejando a una mujer satisfecha.

Cesó de ocultarse y, aunque no hizo ningún esfuerzo por entrar en contacto con otra gente, tampoco la rehuyó. Dejó la canoa, su arco y sus flechas en un establecimiento rural cerca de Leopoldville y consiguió a cambio un par de zapatos viejos, las instrucciones para llegar a la estación de ferrocarril y el valor del pasaje hasta Matadi.

No recordaba haber estado nunca en una población tan grande como aquella ciudad, pero no le resultó extraño, así como la actividad que en ella se desarrollaba. Tampoco le resultó extraño el viaje en tren.

Al llegar al puerto vio grandes barcos y pudo leer sus nombres y puertos de origen, aunque tampoco le daban ninguna indicación de cómo eran o dónde quedaban. Uno de los barcos tenía, dibujadas en su chimenea, las estrellas que él había seguido durante tanto tiempo. “Cruz del Sur, Montevideo”, leyó. Estaba colocada la planchada y hacia allí se dirigió. Cuando estaba en mitad de ella, alguien le gritó, desde abajo:

—Eh, tú, ¿adónde vas? —en castellano.

—Allá —respondió, también en castellano, señalando la chimenea.

—¿Quieres ir a Montevideo? ¿Tienes para pagar el pasaje?

—No. Trabajaré.

—¿Qué sabes hacer?

—Lo que usted mande.

—Bien dicho, pero lo veremos. Prepárame la cena.

—¿Dónde está la cocina?

—Sígueme.

En la cocina afloró otra de sus habilidades olvidadas y sus manos se movieron diestramente, buscado los alimentos, mondando papas, cascando huevos, abriendo latas, agregando los condimentos hasta que comenzó a salir un apetitoso aroma.

El Capitán del barco, pues eso era la persona que lo había interrogado observó todo con mirada aprobadora. Cuando la comida estuvo lista, le dijo:

—Ven, come conmigo, cuéntame quién eres y por qué quieres viajar a Montevideo.

Julián le contó la verdad y que quería viajar, no a Montevideo, sino hacia donde apuntaban las estrellas.

—La ciudad más importante y más hacia el sur que tocamos es Buenos Aires. No te recomiendo ir más lejos. ¿Tienes documentos?

—No. Ni siquiera sé cual es mi nombre.

—Eres un tipo de suerte. Hace tiempo tuve un marinero que no regresó a bordo en Panamá y tengo sus documentos. Era más viejo que tú —Julián aparentaba unos treinta años—, pero con la barba te ves bastante parecido a él. Te inscribiré con su nombre: Julián Navarro.

Desde ese momento adoptó el nombre y no lo cambió más. Solamente lo hizo con su fecha de nacimiento, como veremos más adelante.



GUANACO — Me enteré que te andás escribiendo con Moony.
SORN — Por supuesto. Moony es una chica muy inteligente y enseguida ha sabido reconocer a un conversador interesante como yo. ¿Te molesta?
GUANACO - Para nada. No estoy celoso y además soy un buen perdedor.
SORN — Claro, con la práctica que tienes.
GUANACO — ¿¡Que?! Esteeee… Podés contar con mis bendiciones, hasta te salgo de padrino si te casas con ella.
SORN — ¿De verdad? Vaya, Guanaco, no sé que decir. Lamento todas las malas jugadas que te he hecho en el pasado. ¿Amigos?
GUANACO — Como no, andá nomás. (Si supiera pobre osobuco, que en realidad quien le está mandando esos mail soy yo haciéndome pasar por Moony… ¡Ah, bendito amor cibernético! Yo le sigo mandando cartitas, el oso se embala y cuando se le tire a Moony la otra la manda al demonio. Jaaaajajajajajajaja… Hay veces que de tan malo me asusto yo mismo.

La luna de hueso

La Strega



LA STREGA - ¿A que no sabes quién llamó hoy preguntando por vos?
MOONY — Si querés que pasemos todo el Ander escuchando nombres de chicas y chicos que quieren salir conmigo…
LA STREGA — Bueno está bien. Llamó Merlín ¿Te acordás tu antiguo amo?
MOONY — Merliiiiincho. Como no acordarme. Fue mi tercer amo. Siempre me convertía en lo que se le daba la gana, dependiendo de lo que tuviera deseos de tener al lado… Y te digo que era bastante variable…
LA STREGA — ¿En cualquier cosa?
MOONY — Mejor que no te cuente; de él aprendí a tranformarme en distintas chicas.
LA STREGA — La verdad me gustas de cualquier forma…



Había una vez hace mucho tiempo en lo que hoy se conoce como Gran Bretaña un rey conocido como Arturo con la idea de levantar un reino donde la ley resultase igual para todos los hombres. Esta es

la idea primordial que rodea a la leyenda del Rey Arturo, el mismo que extrajo la espada Excalibur de la roca y discípulo del Mago Merlín. ¿Pero se trata de una fantasía o de verdad existió este personaje que ha inspirado cientos de novelas de caballería?

MOONY — A mí me interesa más una cama redonda con vos y alguna otra gatita que una mesa cuadrada.
LA STREGA — Bueno, eso por que no sabés la cosas que se pueden hacer arriba de una mesa cuadrada… Ya estoy hablando como vos.

Arturo, sus caballeros, Merlin, el Santo Grial, Avalon, Ginebra, Morgana, Excálibur… no son simples palabras, son símbolos identificadores de todo un universo en el que se mezcla fantasía e historia. Durante el último siglo han aparecido cantidad de escritores que se han atrevido a relatar la historia del Rey Arturo. Uno de los que más han escrito y sabe al respecto es Jack Whyte, como demuestra la trilogía "Crónicas de Camelot", donde enfoca esta leyenda desde un punto de vista real e histórico. Otro libro digno de mención "El dragón y el unicornio", de A. A. Attanasio, trata la enigmática figura del Mago Merlín de una forma que se aleja de lo clásico.

Entre los demás escritores que han relatado la vida de Arturo y los caballeros de la mesa redonda destacan Juan Carlos del Río Álvarez en "La Saga del Rey Arturo: mito y realidad del ciclo artúrico y el grial", donde analiza todos los simbolismos y personajes de esta leyenda. Por su parte, Howard Pyle cuenta la vida del joven Arturo hasta llegar al trono en "El Rey Arturo y sus caballeros".

Dentro del nutrido grupo de escritores de novelas artúricas se puede encontrar a John Steinbeck, autor de "Las uvas de la ira", por la que ganó el premio Pulitzer en 1940 y más tarde recogió el Premio Nobel de Literatura en 1962. "Los hechos del Rey Arturo y sus nobles caballeros" es su obra con la que contribuye a aumentar una de las leyendas caballerescas más conocidas del mundo.

En "Las nieblas de Avalon", Marion Zimmer Bradley aporta una visión femenina del tema y Stephen Lawhead cuenta con una amplia saga donde cuenta los principales acontecimientos de la vida de Arturo, tanto su última batalla como la búsqueda de la isla de Avalon, donde se supone que se encuentra el Grial, tema del que el autor medieval Sir Thomas Mallory también se encargó de aportar

su versión en “La Muerte del Rey Arturo”.

Por último, y tras la muerte de Arturo, cuando de la niebla del lago apareció una embarcación que trasladó los restos del rey muerto a Avalon, la enigmática figura que le recogió señaló que Arturo volvería cuando su reino le necesitase, como se hace ver en el comic “Camelot 3000” con el regreso de Arturo en el siglo XXXI cuando una raza alienígena amenaza la Tierra.

El cine tampoco se ha librado de adaptar el cuento al mundo del celuloide, desde la conocida “Excalibur” que respeta la leyenda hasta las comedias a la americana “Un Yankee en la Corte del Rey Arturo”. Tampoco a la factoría Disney se le pasó adaptar la leyenda en la entrañable “Merlín el encantador”.

MOONY — Te cuento que él también se podía transformar en cualquier cosa.
LA STREGA — ¿Y lo sigue haciendo?
MOONY — Sí. Y el Guanaco cada tanto me quiere convencer que es Merlín convertido y que necesita que me quite la ropa para un encantamiento y así volver a la normalidad.

Grial-Camelot



El Grial se ha descrito como una copa, una piedra, una joya, un receptáculo para el sudario de Turín, un altar, o una línea de sangre. Pero las principales versiones de la historia lo describen como una esmeralda caída de la corona de Lucifer durante la guerra de los ángeles. O como una copa (el símbolo más poderoso y extendido). En concreto, la copa de la última cena de Jesús con sus discípulos. En esta versión, José de Arimatea (el judío encargado de enterrar a Jesús) la habría obtenido de manos del propio Jesús para que la cuidara y José crea la primera mesa del grial con doce asientos que pueden ocuparse y un único asiento vacío llamado el asiento peligroso, ya que cuando alguien indigno se sentaba en él desaparecía. La copa la llevaría finalmente a Britania según una vertiente de la historia, o bien no saldría de la Europa continental.

Se construye un templo y se funda una orden de caballeros para custodiar el grial, que se sientan en una segunda mesa. Uno de ellos, el guardián de la copa, es llamado rey y actúa como sacerdote, y recibe una herida misteriosa en los muslos o en su sexo producida por una espada de fuego. Se le llama a partir de entonces el rey herido y el campo que rodea al castillo del grial se vuelve estéril y se le llama la tierra yerma, o baldía. En el castillo del grial hay cuatro objetos sagrados (más adelante, en el apartado "viaje iniciático", hablaré más sobre el número 4): la copa, la lanza, una espada y una piedra que, en realidad, son manifestaciones del propio grial. Más tarde aparece en escena la relación del grial con el Camelot del rey Arturo. El mago Merlín funda la tercera mesa del grial, la Tabla Redonda y todos los caballeros reunidos en ella parten en busca del grial. De todos ellos se cuentan las aventuras iniciáticas de cinco. Tres de ellos triunfan, a su manera. El único que lo hará plenamente será Galahad, el hijo de Lancelot, quien una vez cumplido su objetivo desaparecerá de este mundo. Los otros dos serán Perceval, que se convertirá en el nuevo guardián de la copa, y Bors, que será el único que regresará a Camelot como testigo, para contar lo sucedido. Y los dos que hubieran podido encontrar el grial pero fracasan son Lancelot y Gawain. Lancelot fracasa por la ceguera de toda obsesión (en él la obsesión por el amor de la reina Ginevra, que a veces le hace luchar contra sus sentimientos y otras veces entregarse a ellos sintiéndose culpable), y Gawain por su excesivo apego al lado material y mundano de la vida.

CAMELOT

Quintaesencia de lo medieval con todas sus contradicciones. Una época extrema, excesiva. Todas sus facetas radicales, creciendo gloriosamente más arriba de lo gris y lo tibio. La violencia y lo místico, la injusticia y lo heroico, lo mágico y lo pedestre, lo lúdico y lo oscuro, lo grotesco y lo bello, la maravilla y la ignorancia, lo inocente y lo perverso, creciendo radicalmente como árboles aparentemente enfrentados. Eremitas, ausencia de fronteras, locos de Dios, poetas sagrados, hambre y tiranía, dragones y cortes de amor, catedrales y brujas paganas… quizás las bases para una época ideal (pero no perfecta) serían las resultantes de sumar a las cualidades medievales los logros sociales de la actualidad. Un intensísimo olor a vida y a muerte, porque el vivir y el morir estaban plena y naturalmente asumidos sin tratar de esconder ninguna de las dos cosas; una era parte de la otra sin más. Todo lo trágico y misterioso de los personajes relacionados con Camelot se debe a que todos ellos tienen destino, y tienen destino porque cada uno asume la expresión y el desarrollo consecuente y completo de

su propia naturaleza (por esta razón no todos los humanos tienen destino, como diría Castaneda).

Todos “son” y los efectos que ese hecho lleva consigo son naturales e inevitables, sean del signo que sean. Y sus ideas son algo vivo, nada que ver con abstracciones, sino inocentes (en el sentido de pureza), infantiles con toda la carga de ludismo y profundidad, y concretas. Así es como viven sus vidas y la búsqueda del Grial como parte de ellas.

Alta edad media, su primera parte, la más medieval propiamente dicha. Inglaterra con luchas internas entre clanes y zonas como Escocia, Gales, Irlanda… El rey gaélico lucha contra el rey inglés quien, en el curso de la contienda, se enamora de la esposa de su enemigo y la seduce. Nace un niño, el futuro rey Arturo que por lo tanto es hermano del resto de los hijos de los reyes gaélicos. Entre ellos hermano de Morgueuse, dedicada a la brujería y a sus amantes, apasionada y excesiva, oscura y enigmática. Es mucho más que una mujer fatal porque ella no se propone nada, simplemente se expresa.

A continuación la historia da un giro significativo, diferenciando el tipo de reyes y nobles mundanos que luchaban entre ellos durante la infancia de Arturo, personificando el poder, con el personaje de Arturo y el episodio de la espada en la piedra. Con él se apunta a la naturaleza espiritual de alguien demostrada con características especiales. No se trata tampoco de un rey “por la gracia de dios”, léase por ser hijo-heredero de su padre, sino de alguien que puede hacer algo único ante los ojos de todos. Un carácter por tanto relacionado más con lo mágico de poetas, chamanes o magos, que no lo son por su cara bonita sino por la expresión pública de sus dones. Ahí está, además, para corroborarlo el personaje del mago Merlín, consejero y ¿maestro? de Arturo.

En una piedra aparece clavada una espada que nadie puede desclavar a pesar de su fuerza física. No se trata de músculos, ya que el único que consigue sacar la espada es un Arturo apenas adolescente. A partir de ese momento reconocen a la espada como la espada de la Dama del Lago (una personificación de la portadora del Grial, la gran Diosa) y también es reconocido Arturo como rey

En la noche del día de su coronación su hermana Morgueuse seduce a Arturo y nacerá otro niño, Mordred, que será el desencadenante final del derrumbamiento de Camelot.

Arturo se casa poco después con Ginevra, pero su mejor amigo Lancelot du Lac y ella serán amantes hasta el final. Arturo lo sabe (había sido incluso avisado antes de su boda por el mago Merlín) pero es delicado, es justo, es comprensivo, leal y solitario y se trata

de las dos personas que más quiere. Sabe, además, que es algo superior a ellos mismos, que tratan de luchar contra sus sentimientos porque le quieren también… El resultado es una relación mantenida en secreto por los tres, sabiendo que de hacerse pública su querida Ginevra y su querido Lancelot serían ajusticiados por alta traición a la corona. Por su parte Lancelot es noble, leal, atormentado, mucho más complicado que su amigo Arturo y obsesionado con hacer el bien temiendo obrar mal.

Al principio se alejará de Camelot y de Ginevra para huir de su amor, pero en un castillo le engañarán diciéndole que la reina le espera esa noche y así en la oscuridad la dueña del castillo conseguirá tener un hijo con él y con su fama de "mejor caballero del mundo" (ese hijo será Galahad, el caballero que encontrará el Grial). Al amanecer y descubrir el engaño Lancelot volverá a Camelot y se acostará por vez primera con la reina Ginevra. Sus tormentosas contradicciones le llevarán a la locura y durante un tiempo vagará desconocido y sin recordar su identidad, hasta que por suerte o por desgracia recobrará su memoria y su cordura.

Ginevra es instintiva y leal (para comprender esto se debe diferenciar entre fidelidad y lealtad) y quiere de verdad a los dos. Esa es su diferencia con Morgueuse (quien tendrá un trágico final apuñalada por uno de sus hijos al encontrarla en la cama a los 56 años con un chico de 16).

Merlín, medio humano medio duende por sus padres, crece hacia atrás, es encantadoramente hermético, olvida y confunde constantemente el pasado, presente y futuro. Es un mago con algo luminosamente oscuro, sin dejar adivinar sus sentimientos hasta que es apresado en una cueva (un receptáculo de la tierra) durante años por el amor de una Hada, o una mujer hechicera que tiene más de duende que de humana.

También aparecen caballeros que parecen salidos de "Alicia en el país de las maravillas", dragones (lo maravilloso y sus criaturas eran lógicos y naturales en la edad media), horribles crímenes, fascinantes ritos de Morgueuse, y episodios eléctricos, rotundos y oníricos.

Tras la fundación de la Tabla Redonda, inspirada por Merlín, los caballeros que se sientan en ella se ocuparán en primer lugar en pacificar el reino y librarlo de tiranos. Pero una vez logrado poco a poco se sienten vacíos, insatisfechos, abocados a mirarse unos a otros y a mirar sus propios lados oscuros, hasta que aparece la imagen del Grial entre ellos y todos parten en su busca. Así pasa el tiempo hasta que con el regreso de Bors, el testigo del encuentro del

Grial por Galahad y Perceval, comenzará el desmoronamiento de Camelot por causa de Mordred, el hijo de Morgueuse y Arturo.



Mordred se parece a Hamlet si Hamlet hubiera tenido un lado perverso. Es inquietante, silencioso, siniestro, cruel, sarcástico, dolido profundamente y solitario. Él provocará las guerras intestinas en la Tabla Redonda denunciando públicamente la relación de Lancelot y la reina. Durante esas guerras Arturo morirá, pero por otro lado se cuenta que se le llevó dormido la Dama del Lago hasta el momento en que se le necesite.

Esta historia llena de sutilidad y simbolismo fascinante para quien quiera verlo aparece en infinidad de libros y películas de la actualidad, más o menos afortunados. Destacamos entre ellos "Camelot", de T.H. White, donde se refleja su lado más lúdico (empieza en la infancia de Arturo con el personaje de Merlín) y más humano (la complejidad del triángulo Arturo, Lancelot, Ginevra). Y "Hechos de los caballeros del rey Arturo" de Steinbeck, que recoge apenas parte de la historia pero que tiene pasajes encantadores. En cuanto al cine el aire, el clima trágico y la melancolía de la historia, aparecen en "Lancelot du Lac" de Bresson, que no relata prácticamente nada de la historia pero sus imágenes son de las más bellas y sugerentes. Y "Excalibur" de Boorman con unos fascinantes Morgueuse, Merlín y Dama del Lago.

SÍMBOLOS, VIAJE INICIÁTICO

La leyenda del Grial se propaga rápida y repentinamente por toda la Europa del siglo XII, pero en realidad sus raíces están en el caldero sagrado de los celtas. Un caldero cuyo borde está engarzado de perlas "calentadas" por el aliento de las nueve musas que lo cuidaban. Esto es, por la diosa primigenia, uno de cuyos números es el 9 (múltiplo de las tres fases lunares) y uno de cuyos colores es el

blanco (de las perlas y la Luna). Esa diosa primigenia, diosa entre otras cosas de la sabiduría, la inspiración y la poesía (desdoblada en 9 musas).

Las principales versiones medievales son “La muerte de Arturo” y “El libro del santo Grial” de Mallory, el primer texto conocido del grial: “El cuento del Grial” de Chrétien de Troyes, “Parzival” de Wolfram von Eschenbach, los autores anónimos de “La Elucidación”, la compilación conocida como “Ciclo vulgata”, la trilogía de Robert de Borron “Merlín”, “José de Arimatea” y “Perceval”. Y las versiones que circularon por Italia y España. En este último país se cuenta que recaló finalmente el grial, pasando por Montserrat (donde lo buscaron los nazis), San Juan de la Peña y la catedral de Valencia.

El Grial es una copa, un caldero, un recipiente, símbolo de lo femenino con el poder de conceder la vida, producir ricos alimentos (en todos los sentidos: físicos y espirituales. Lo que nutre es lo esencial de lo femenino, mientras que lo esencial de lo masculino es lo protector) y conceder extraños dones.

En concreto, en la versión celta del caldero tiene las propiedades de conceder sabiduría, inspiración y la capacidad de cambiar de forma. En ella aparecen Puertas prohibidas, pájaros que tejen un sueño en torno a los caballeros para que se olviden de sí mismos, barcos de piedra, bardos sagrados (el poeta era un mago entre los celtas y los dioses hablaban por su boca), islas maravillosas, espacios mágicos con 4 torres o castillos en cada esquina (una por cada elemento: aire, tierra, agua y fuego).

El origen pagano del mito del grial queda confirmado por el silencio de la iglesia ante él, a pesar de su versión como copa de la última cena, y la consecuencia de que no existan santos ni otras figuras de la iglesia que relaten oficialmente la historia.

Como todo viaje iniciático, la búsqueda del grial es un viaje individual, independiente e intransferible y como tal fuera de instituciones como la iglesia, por tanto con todas las papeletas para ser tildado de herejía, además de por su fuente pagana celta y toda la simbología mágica que jalona toda su leyenda. En este sentido no es de extrañar que se relacionara más tarde con los templarios y con los cátaros (ambos perseguidos y asesinados como herejes por la inquisición recién fundada también el siglo XII, ¿casualidad?).

Por todo ello también es lógico que los relatadores de la historia fuesen místicos, contadores de historias (bardos y juglares) y herejes.

Como viaje iniciático es una búsqueda de nosotros mismos. Nuestra alma. La fuente de la vida, lado emocional femenino, sumado a la

parte activa y protectora masculina que realiza la búsqueda en concreto y en el exterior. Como viaje individual tenemos que construir nosotros mismos nuestros propios mapas.

La materia básica sobre la que trabajar la búsqueda es nuestra propia persona, en primer lugar en nuestra materia más antigua y oscura. En este sentido la aventura del grial está directamente relacionada con la aventura alquímica. El grial es la piedra filosofal, el elixir de la vida. La piedra puesta a prueba por el fuego purificador. Nuestra más íntima naturaleza relacionada con la fusión del aire (lo mental), el agua (lo emotivo e inconsciente), la tierra (lo material) y el fuego (lo creativo y espiritual). El psicólogo Jung lo llamó proceso de individuación, la búsqueda del más profundo sí mismo siempre relacionada con el número 4 y con la fusión alquímica de nuestras partes femenina y masculina, y el trabajo previo con la Sombra (nuestro lado más oscuro, lo eludido o reprimido).

Al grial se le conoce también por "aquel que libera las aguas". Es el puente que une ambos mundos, en palabras de John Matthews de su libro "La tradición del Grial": "capaz de ver las tinieblas y misterios de la esfera de las hadas lo mismo que las realidades más duras de la vida diaria. Y esa es ciertamente una de las funciones más importantes de quien aspire a buscar el grial. Ser capaz de relacionar las esferas de la vida cotidiana y del otro mundo en una especie de unidad equivale a acercarse al misterio central del grial… Tener un pie en ambos mundos, el infinito y el mundano, es un estado de bendición que generalmente sólo alcanzan los que verdaderamente son inocentes".



En cuanto a la repentina y rápida aparición y extensión de la

leyenda citaré unas posibles causas, que ya enumeré en un artículo de hace unos años: "Al comienzo de la última parte de la edad media (siglo XII) se crea la inquisición. Se empieza a perseguir bajo una lluvia de dogmas y anatemas a brujas, herejes, iluminados, místicos… Y lo femenino ya no es sólo subvalorado sino que es demonizado. El macho cabrío dionisíaco (por sus cuernos lunares) se convierte directamente en Satanás, el mal. Y todo lo que se aparte de los dogmas, usos y costumbres de la iglesia cristiana es condenado. Lo sagrado deja de ser sensorial (femenino) y pasa a ser concepto (masculino). Lo sagrado deja de ser revelado por la propia experiencia y pasa a ser un conjunto de leyes doctrinarias. Se condena, por tanto, el viaje interior. A la virgen María se la acepta (es demasiado fuerte la huella pagana de la antigua religión lunar) pero volviéndola asexual, sumisa y carente de voz. Posteriormente el protestantismo ni siquiera aceptó ese mínimo femenino, y con el puritanismo se condena todo ludismo, sensualidad y hedonismo. Comienza la era del trabajo productivo y el deber por encima de todo, y la iglesia católica también se apuntará a ese carro con el Opus dei.

Pero en ese tiempo, frontera del siglo XII, en el cual la sociedad va empobreciéndose espiritualmente (y fanatizándose con la inquisición y las Cruzadas), camino de la futura entronización como valor único de la razón, que culminará en los siglos XIX y XX, sucede algo curioso. Aparece y se difunde fulminantemente por toda Europa el mito del Grial y la tierra devastada. La sabiduría lunar resurge instintivamente con un urgente brillo inusitado, justo cuando Europa va a desequilibrar la balanza hacia la energía masculina.

En el mito del grial la herida del rey y el reino devastado sólo pueden curarse con la copa sagrada. Y para mayor claridad esa búsqueda tiene que ser libre e individual (cada caballero elige su camino). A lo largo de las peripecias de cada buscador va quedando claro que sólo el caballero que es fiel a su voz interior, el caballero puro, podrá encontrar el grial. Así sucede, pero eso no basta. Para acceder a él, poder tomarlo y usarlo, y llevárselo al rey moribundo es necesario dialogar con esa energía interior. Y hacerle las preguntas mágicas: "¿Qué es esto?" y "¿A quién o a qué sirve?". Fascinante paralelismo con el enfoque de Jung cuando habla de la actitud a lo largo del proceso de búsqueda del sí mismo: "sólo hay una cosa que parece servir, y es dirigirse directamente, sin prejuicios y con toda ingenuidad, hacia la oscuridad que avanza y tratar de encontrar cuál es la finalidad secreta y qué nos exige".

Los caballeros que fueron en su busca con la actitud de conquista de

conseguir un trofeo, encontraron la muerte. Esa fue la actitud, en el siglo XX de los nazis empeñados en la rapiña de todo símbolo u objeto de poder (ya fuera mágico o prosaico). Y por tanto la búsqueda se hizo bajo órdenes superiores y colectivamente (ni libre ni individual). Rechazando la voz interior, la voz de la Diosa, la voz de la copa sagrada que pretendían encontrar".

Afortunadamente, en los últimos tiempos asistimos al regreso de la energía femenina con hechos sintomáticos como el feminismo (a pesar de sus fanáticas), la vuelta de magos y astrólogos (a pesar de sus payasos, timadores y chantas), o lo dionisíaco del rock, por citar algunos ejemplos representativos. Esperemos que sea para complementar y fusionarse con la energía masculina, y no para cometer el viejo error de la sustitución.

MOONY — Con las ganas que tengo de "fusionarme" con alguien.
LA STREGA — Ahora nos fusionamos gatita pero tenemos un problema… ¡Todos los caballeros de la mesa redonda quieren fusionarse con nosotras!
MOONY — Hmmm… ¿Por qué te alarmás? ¿Son pocos?

La luna de papel

Natalia Nacucchio

El Aliento

by Natalia Nacucchio

En la noche, cuando aún estoy despierto, unos ojos brillantes en la oscuridad me observan desde el rincón más oscuro de la habitación. No importa lo que yo haga, ellos están allí acechando mi cordura.

Lo peor me acosa cuando duermo, entonces un aliento caliente y salvaje se desliza sobre mi. Erizando mis sentidos y a veces mi pesadillas, atormentando mi descanso.

Cada vez me cuesta más despertarme a la vida.

Hace noches que he perdido el deseo del sueño. Deambulo por la habitación anhelando que "eso" no sea real. Sin embargo, cada vez que giro hacia el rincón está allí… esperando…

Cuando el silencio se adueña de la ciudad lo escucho respirar de forma densa y pausada, calculadora.

Trato de acercarme a él pero sus ojos parecen agigantarse desmesuradamente, como advirtiéndome.

El frío se acentúa en la habitación a cada minuto. Eventualmente intento salir, aprovechando alguna pequeña distracción de mi carcelero, pero como otras veces, al llegar a la puerta una flecha helada atraviesa mis costillas, instalándose en mi corazón. Sólo al regresar a mi silla junto a la mesa, donde paso la mayor parte del tiempo, me libro de ese sufrimiento.

"¿Qué es lo que quieres de mí?", grito desesperado entre sollozos amargos.

Luego de mil días me respondió. Sin palabras, como lo hacen los dioses y demonios.

El piso de la habitación comenzó a vibrar trasmitiendo esa sensación a toda la casa.

Ante mí una pared de negro humo se construía de la nada con miles de rostros que gritaban en un silencio agónico. Al rozar el techo de la pared se desprendió un brazo oscuro y cubierto de grandes escamas secas que terminaba en cientos de tentáculos con

demoníacos ojillos inyectados en sangre.

Mis piernas me traicionaban, una fría película de sudor me abrazaba, recordándome de alguna forma que aún estaba vivo.



El miedo me traicionaba con un silencio embargador.

"Ello" abandonó sorpresivamente la oscuridad, develando lo que me había mantenido en vilo.

Tenía forma de un felino con mirada humana.

Paralizado, vi como ese sobrenatural morro se interponía entre el "brazo" y mi persona, lanzando un alarido vengador y transformándose en mi única esperanza.

Ese extraño animal comenzó a devorar la garra como si lo respirara hasta desaparecerlo, acallando así el salmo de los ya muertos.

La habitación recuperó su paz y calidez, y el inquietante felino me miraba mansamente, hasta que de un simple salto se confundió en la noche, que se deslizaba por mi ventana, dejándome frío y mareado.

Aún no puedo discernir lo ocurrido, pero creo que no es de nuestro albedrío cuando dos demonios se enfrentan y uno mismo es la carnada.

La luna de miel

Oscar González Parrado

¿DÓNDE ESTÁ LA MAGIA?

by Oscar González Parrado

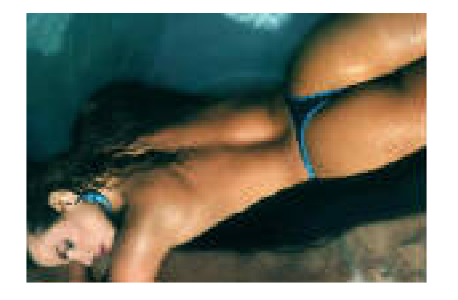
No hay nada que más me asuste
Que escribirte una canción de amor;
No hay nada que más odie
Que tener que abrirme el corazón.

¡No te miento¡
una vez estuve contento,
¡No te engaño!
Éste lobo prefiere estar suelto,
¡No lo siento!
La respuesta se la di al viento.

No hay nada tan fácil
Como creer en el amor;
No hay nada tan imposible
Como reconocer que no hay dolor.

¡No me odies!,
tan pronto no quiero estar muerto,
¡No te marches!
Aún compartimos el tiempo,
¡No me olvides!
Porque ante todo, no te miento.

¡Ya lo sabes!
Él para siempre es mi lamento.



Hechizo de luna

La Strega

LA STREGA — Bueno, mis queridos lectores, como brujita que soy es tiempo que les cuente un poco sobre mis hechizos, que nunca me fallan. Así que en esta nueva sección les daré mes a mes la forma de solucionar todos sus problemitas.

Hechizo para lograr la inspiración poética

> Es un hechizo muy efectivo para esos escritores que tienen problemas con sus trabajos:
>
> Encender una vela púrpura. Limpiar la mente de toda distracción y pensamientos negativos y, entonces, recitar las siguientes invocaciones hasta que se sienta la inspiración:
>
> “Oh, gran Apolo: olímpico señor de la poesía y la música, te invoco y te pido ahora que bendigas mi alma, mi corazón y mi mente con tu divina inspiración. Deja que tu poderosa musa me guíe en todo lo que haga. Que así sea”.
>
> “Oh, gran Dios Woden: maestro de la actividad psíquica de inspiración y Dios del arte skald, te invoco y te pido ahora que bendigas mi alma, mi corazón y mi mente con tu divina inspiración. Deja que tu poderosa musa me guíe en todo lo que haga. Que así sea”.
>
> “Dulce señora Brigit: antigua Diosa del fuego y patrona de todos los poetas, te invoco y te pido ahora que bendigas mi alma, mi corazón y mi mente con tu divina inspiración. Deja que tu poderosa musa me guíe en todo lo que haga. Que así sea”.
>
> “Oh, gran señor Bragi: barbado Dios de la poesía y del canto, te invoco y te pido ahora que bendigas mi alma, mi corazón y mi mente con tu divina inspiración. Deja que tu poderosa musa me guíe en todo lo que haga. Que así sea”.
>
> Además de las deidades paganas que gobiernan el arte de la poesía, también puede invocar a las antiguas musas griegas como una fuente de inspiración poética.
> Si bien las musas, como grupo, presiden todas las formas de

poesía (así como el arte de la música), cada una de las nueve reina en un campo de interés específico. Las musas individuales y sus provincias más conocidas son las siguientes: Caliope (poesía épica o heroica); Clío (versos históricos); Erato (poemas de amor, himnos y poesía lírica); Euterpe (tragedia, poesía lírica y música); Melpómene (tragedia); Polimnia (himnos, cánticos y prosa); Terpsícore (danza y canto); Talía (comedia y poesía pastoral); y Urania (poesía cosmológica).
Nota importante: si bien puede invocarse a los dioses y/o musas en cualquier ocasión que sea necesario contar con inspiración, este hechizo en particular parece trabajar mejor cuando se realiza los miércoles (el día apropiado para efectuar los hechizos y rituales que implican todo tipo de formas de escritura). Naturalmente, no se olviden de agradecer siempre a los dioses por sus preciosos regalos.



Extráñenme… Mucho.

MOONY — Oime brujita. ¿Conseguís hechizos para todo?
LA STREGA — Claro mi amor. Soy una bruja ¿no? Los hechizos son mi especialidad (entre otras cosas).
MOONY — Y tenes un hechizo como para que a Waquerito nunca se le vayan las energías para hacer el amor.
LA STREGA — No le hace falta mi vida. ¿Qué chica le dice no a Waquero?
GUANACO — Me ardían la orejas niñas ¿hablaban de mí?
LA STREGA — Síiii seguro Guanaquito…Ahora dejame que me despida de mis adorados lectores. Buenos chicos llegamos una vez más al final; pórtense bien pero no mucho, y cuídense pero no mucho, y extráñenme… Mucho.

El laboratorio del Doctor Elephant

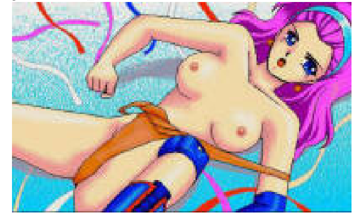
Waquero

LAS SALAMANDRA’S

Kicka, Ghyan, Leonela, Rita, y Corazón son las cinco titanes de esta peculiar animación. Prácticamente una novela de amor con un marcado tiente sexual en un ring de lucha libre, al estilo hentai en definitiva.

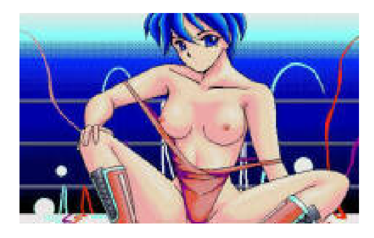
Las historias se desarrollan en un Tokio en el cual lo más importante es la supervivencia de un grupo de adolescentes que siguiendo las enseñanzas de el espíritu de Hoan les indica la superioridad de la mujer sobre el hombre.

Día a día las luchadoras se enfrentan sobre el cuadrilátero a variados e inesperados adversarios. Algunos hombres en otros casos mujeres pero no faltan los monstruos ni los robots. Sin embargo las peleas suelen tener resultados interesantes. Perdidas de ropas permanentes, intentos de lo que parecerían ser “violaciones” consentidas, interrumpidas celosamente. En definitiva acción con un dejo de perversión.



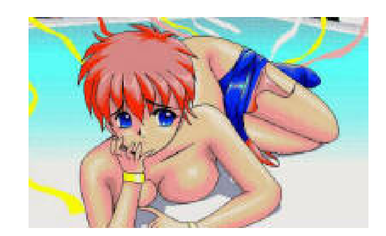
Kika

Kicka: La más agresiva. Es a la vez la de carácter más fuerte como la de mayor fuerza física. Es quien en la mayoría de los casos interviene cuando ve a las otras chicas perdiendo frente a los rivales. Al mejor estilo Paul Hogan, cuando se pone furiosa agita sus cabellos color púrpura y desgarra su camiseta dejando sus senos al aire. Su golpe especial: Una patada voladora que es aplica al pecho del adversario.



Gryan

Ghyan: La parte "pensante" del grupo. Su serenidad y capacidad para la reflexión la transforma en la madura del clan (Aclaremos que todas tienen un promedio de quince a diecisiete años) Ghyan es la mayor, sin embargo es una rival muy peligrosa cuando se enfurece. Su golpe especial: Con el canto de la mano al cuello.



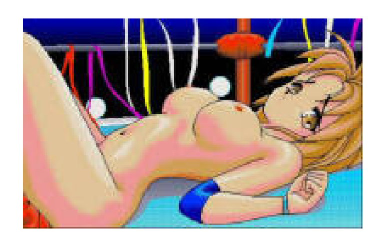
Rita

Rita: Es la menor del grupo y la más ligerita de cascos. Vive enamorándose o deseando sexualmente a enemigos o amigos por igual. O amigas.... En este aspecto ninguna de las chicas hace discriminación sexual. Les gustan tanto los hombres como las mujeres. Pero Rita se mete en problemas permanentemente a causa de su carácter romántico. Golpe especial: Un remolino de puñetazos pero debe aplicarlo al menos dos veces para tener un resultado conclusivo.



Leonela

Leonela: Es la inconformista de la sociedad. Responde a todo cuestionamiento con ironía y se niega a creer en las palabras del espíritu de Hoan, pero a la vez su carácter dulce la torna en un personaje agradable e interesante. Golpe especial: Todo tipo de "llaves"; es infalible, cuando logra aplicar una "llave" ningún rival puede escapar.



Corazón

Corazón: Podríamos decir que es el personaje de más garra de la serie. Posee una belleza especial y una mirada melancólica casi triste, curiosamente intenta luchar y sólo logra seducir; haciendo que sus rivales caigan rendidos a sus pies casi sin batallar. Encantos que únicamente fracasan cuando el/la atacante sea un robot. Golpe especial: "La llave Corazón" efectuada con sus piernas a la altura de la cintura del rival.

Con colores vivos la productora Imagen les da vida a Las Salamandras, de la manos del artista Hokuro Haitemaine.

WAQUERO — Mirá Baldor; tenía una sospecha y la confirmé. Me quedó parte de un supuesto mail de Moony en la compu y me descubrí que es la ortografía y la gramática del Guanaco.
BALDOR — ¡Eso es gramática! Ya me parecía raro que a Moony le interesara todo este asunto, siempre la he visto más… más predispuesta al trato personal.
WAQUERO — Sí, eso pensaba, pero el problema es quién se lo dice a Sorn. Pensá que de una bocanada se lo morfa al Guana.
BALDOR — Eso si sobrevive a la impresión. ¿Y qué opina Moony de todo esto?
WAQUERO — No tengo la menor idea.

La cuarta pared

Daniela Lúquez

El Teatro Dadaísta

“¿Hasta qué punto es verdadera la verdad?
¿Hasta qué punto es falsa la mentira?
¿Hasta qué punto es falsa la verdad?
¿Hasta qué punto es verdadera la mentira?”
Tristán Tzara



Carla Perez - Actriz Argentina

Resulta bastante confuso hablar de teatro dadaísta (o Dadá) cuando consideramos que este rechazaba toda noción de Arte o distinción de géneros aunque mas allá de esto y tal vez sin proponérselo es irrefutable que gracias a Dadá se pudo crear una nueva relación entre el escenario y la sala, entre el actor y el espectador.

Remitiéndome a fechas históricas imagino a Tzara ese 14 de julio de 1916 en lo que fue la primera reunión "Dadá " quien, según sus propias palabras, querían "mear en muchos colores". Los nuevos artistas entraban a los gritos, con bombos, cascabeles, protestas, rotura de cristales, boxeo y…. policía el caos total con el afán de quebrar con todo convencionalismo y hacer reaccionar al público, inducirlo a manifestarse y luego (cuando el desconcierto era el rey del lugar) insultarlos a toda voz con el solo objeto de idiotizarlos y cretinizarlos. A partir de este momento el público debía darse por aludido, debía intervenir más allá de su predisposición ya que el espectáculo que transcurre se trata, ni mas ni menos, que de su propia vida.

En cuanto al escenario era desconcertante, objetos colocados al azar sin sentido alguno (no olvidemos que el teatro dadaísta es el precursor del absurdo).



Carla Perez - Actriz Argentina

Remontémonos a estos hermosamente desquiciados espectáculos: al comenzar se suceden los manifiestos Dadá incluyendo todo tipo de insultos y ataques hacia el público donde la injuria más leve era "sois todos idiotas". Obviamente el público de esta época era en su

gran mayoría gente adinerada que solo valoraban el “arte correcto” (por llamarlo de alguna manera) y desechaban toda nueva idea sin mencionar la época bélica por la que transcurrían sus vidas. Los mejores manifiestos Dadá (según los propios dadaístas) se desarrollaban siempre ante un público vanguardista, que desea comprender de arte moderno (y comprender no significa entender), se cree saber las reglas del juego. Creían tratar con gente de su clan pero descubre tardíamente que con Dadá no hay acuerdo posible porque “Dadá no es moderno” sino más bien salvaje quien arremetía contra los valores burgueses, contra una concepción burguesa de la cultura. No cabe duda que el masoquismo era una fuerza suprema en el espectador ya que se los injuriaba, insultaba y aún así salían de cada función exaltados o agotados pero dispuestos a empezar otra vez.

En definitiva, los dadaístas habían logrado lo esencial del teatro (desde mi perspectiva); esa comunicación colectiva, ajena a la intriga y al decorado, se acude a todos los sentidos del espectador tratando de lograr la participación y el compromiso implícito. Lo que ocurrió fue que el publico de la época vio en los gestos de los dadaístas una ofensa a su sentido común y junto a la critica de turno lograron destruir a Dadá (“pero su ideología sería la veta principal del surrealismo…¡magic!”)

NOTA: la primer obra dadaísta fue “Ubu Rey” de Alfred Jarry, digna de ser leída

MOONY — Hola chicos ¡Como están?
SORN — Je, je, je… Hola, mooñeca, como alguien escribió: Estoi bien si tu estaslo conmigo. ¿Qué hay de nuestra… mmmm… cita?
MOONY - ¿Cómo, la verdad que no te entiendo, de qué citas me hablas?
GUANACO — (Je, je… Mi plan esta saliendo a la perfección)
SORN — ¡Pues del mail 512! ¿Es que ya no te acuerdas? ¿Y del 507? De ese sí que te acuerdas, ¿verdad? Grrrrrrr.
MOONY — Mirá Sorn ¡Me parece que te equivocaste mal conmigo, mejor me voy!

La brocha

Celestino Mesa

Celestino Mesa



Desde muy pequeño su inquietud por el mundo del arte, especialmente la pintura, ha marcado su trayectoria. Después de terminar sus estudios de Bachillerato, se desplazó a Inglaterra y Alemania, donde terminó sus estudios de diseño, fotografía y pintura. En Inglaterra recibió clases de perfeccionamiento en la difícil técnica de la acuarela, profesores como el Sr. James, perteneciente al Real Instituto de acuarelistas y de la Real Sociedad de Artistas Británicos. En Alemania trabajó para la prestigiosa revista Vogue en la sección de maquetas. Prosigue sus estudios de diseño y pintura en Tenerife. Durante varios años trabajó para distintas empresas donde desarrolló funciones en la dirección creativa de espectáculos. En la actualidad combina la faceta de pintor con la de diseño. Su estudio de pintura se encuentra en

Tenerife y cada año presenta su obra en diversas galerías.



Su pintura se encuentra en numerosas colecciones privadas en, España, Inglaterra, Alemania , Suecia, Dinamarca, Holanda, Noruega, Francia, Italia, Venezuela, Arabia, etc. Museos y distintas entidades como: Exmo. Ayuntamiento de la Orotava, Ayunt. de la Laguna, Ayunt. de Santa Cruz de Tenerife, Ayunt. Las Palmas de Gran Canaria. Museo: Abaco. Tenerife, Museo: Statens for Kunst Dinamarca, Real Sociedad de Acuarelistas Británicos. Inglaterra, Museo Insular de la vid. Tenerife Hotel: Tigaiga. Tenerife , Escuela Superior de Turismo Iriarte. Tenerife Hotel: Hyatt Carlton Tower Londres, Hotel Oslo, Noruega, Koifisch, Alemania.

Sus exposiciones individuales más importantes son:

1992 - Casino Taoro. Pto.de la Cruz. Tenerife. Acuarelas.

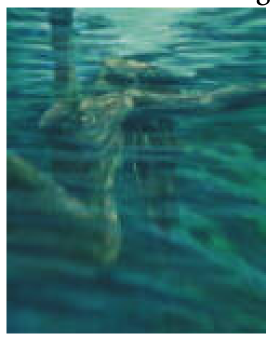


1993 - I.E.H.C. (Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias. Pto. de la Cruz.) " Exp. 3 Mundos, M.E.C.C. Art Academies Students. 4ª Bienal Maastricht. Holanda. Galería Arte Cruz. La Orotava. Tenerife. "Paisaje y costumbrismo.

1994 - Ermita San Miguel. La Laguna. Tenerife. Casa de Venezuela. La Laguna. Tenerife. Galería de Arte: ArteCruz. La Orotava. Tenerife. " Folclore y Arquitectura "

1995 - Galeria ArteCruz. La Orotava. Tenerife.

1996 - Ermita San Miguel. La Laguna. Tenerife.



1996/97 - Casa del Vino. La Baranda. El Sauzal. “Senderos de Luz y agua”.

1998 - Casa Museo Insular de la Vid y el Vino de Tenerife. “Vendimia “.

1999 - La Caixa. La Laguna. Tenerife. “En la Luz”. Casa de la Cultura San Agustín. La Orotava. Tenerife. ” la Orotava entre la vid y el mar”. Liceo Taoro. La Orotava. Tenerife. “Fin de Milenio” 2000 - Casa de la Cultura San Agustín.” La Orotava. Tenerife. “Villa Monumental”. Teatro Leal. La Laguna. Tenerife. “Atmósferas”.

BALDOR — Sorn, Sorn, saca la cabeza del horno un momentito para que podamos hablar.
SORN — No quiero. Estoy acabado. Quiero irme a hibernar. No comprendo nada. Con lo buena que era conmigo por mail.
GUANACO — Es elemental mi querido Sorn. Sólo se trata de que no sabés cómo tratar a las mujeres.
BALDOR - ¡Guanaco! No está bien eso que estás haciendo. Deberías hacer algo para arreglarlo.
SORN — ¿Podrías? ¿De verdad? Entonces sí que serías mi mejor amigo. ¡Dame un abrazo, amigo!
GUANACO — ¡Pará! ¡Pará! Mejor empiezo enseguida, aunque no puedo prometerte nada. Voy a tratar de hablar con Moony, a ver si te perdona.
BALDOR — (Ay, ay, ay. Esto va a terminar muy mal como no encontremos el modo de solucionarlo.)

El boliche

Waquero

“La Candela”

Buenos Aires tiene misterios, tiene lugares y tiene algunos puntos de encuentro en los cuales la gente no puede ni debe evitar. Hoy estamos en La Candela, en pleno Congreso, lugar conflictivo, de confusiones, de marchas y contramarchas; Se yergue un remanso, un oasis, ese lugar se llama La Candela en Callao 156 — Buenos Aires - Argentina donde Maqqie nos recibe con los brazos abiertos y con una propuesta.

P: ¿Cómo fue que se te ocurrió establecer este misterio que se llama La Candela? Este bar que es totalmente atípico a los bares del centro a los cuales el oficinista viene, come, se va, donde algún noctámbulo a la noche viene a tomar un café. En cambio La Candela es una isla de cultura.

M: En realidad es un brazo de San Telmo (*Barrio de marcado tinte antiguo mágico y tanguero muy representativo de Buenos Aires*) , un poquito más alejado de esos boliches de noche. Me gustaba esa onda y vi este bar viejo acá y dije: quiero hacer algo en ese estilo. Me gusta la música, me gustan las artes plásticas, la pintura específicamente quería tener así un lugar tranquilo donde la persona parara, se tomara algo, escuchara música y disfrutara de lo que se esta exponiendo; tener esta onda nos cuesta un poco hasta que se acostumbre. Una persona pasa y quiere una confitería estándar y nos encuentra a nosotros.

P: ¿Y cómo reacciona la gente cuando viene y se encuentra con este pedazo de San Telmo acá en pleno Congreso?

M: Desde hace más de un año que el porteño no encuentra y ya tenemos habitúes y se recluyen acá y buscan un lugar tranquilo pero para cierto tipo de gente más formal somos raros.

P: ¿Raros?

M: Claro… tenemos detalles, el piso rugoso tiene más de 90 años.

P: ¿El piso es original?

M: Sí, me pareció que cambiarlo por baldosas nuevas era romper el encanto, pero tenés que aceptar que la gente se acerca también a una barra antigua, techos muy altos, hay columnas de alumbrado de la ciudad de principios de siglo.

P: Y el oficinista, no el bohemio o del habitué que viene a buscar exactamente lo que ofrece La Candela, que pasa y de pronto se encuentra con esta maravilla ¿cómo reacciona?

M: El oficinista no viene acá. En horario de trabajo le cuesta salirse de ese ritmo que tiene.

Entonces busca lugares menos comprometidos, más anónimos. Acá es algo muy chiquito, nosotras (Magguie y sus socias) somos conversadoras. La persona que quiere intimidad si viene seguido, mucho no la va a tener porque ya nos conocemos, nos saludamos. Es para solitarios pero solitarios que quieren hablar con alguien. Entonces vienen siempre los mismos. El que cae por ahí después se va sumando y entonces se arma otra cosa

P: Con respecto a los cuadros que están expuestos tienen una determinada connotación social fuerte.

M: Sí, éstos específicamente. No siempre. La pintora que está exponiendo ahora es Tamara Matzkin, que tiene un compromiso cuando pinta, le encanta todo eso pero hubo distintas variantes.

P: Cuadros, música. Un pedazo de magia, un pedazo de realidad, una mixtura que únicamente se consigue en La Candela. Sin embargo hay más. ¿Qué podemos encontrar en La Candela? Tragos, bebidas precios muy accesibles espectáculos, ¿qué espectáculos tenemos Maggie?

M: Ahora en enero con todo este ritmo de vacaciones los espectáculos fueron menos, pero por lo general viernes y sábados hay. Ahora este sábado tenemos un grupo de siete chicos que hacen música de cámara que es este próximo sábado 25 a las 21 hs. música de cámara por jóvenes, música clásica y popular. El viernes 31 cerramos el mes con jazz y bosanova a las 23 hs.

Siempre nuestras entradas son muy accesibles. Eso corre por cuenta del grupo que viene. Se trata de que sea a la gorra pero bueno hay gente que ya traslada más instrumentos y bártulos entonces, se hace imposible que sea a la gorra. Pero en general nuestras entradas son muy accesibles.

P: ¿cómo te despedirías de la gente de Axxón?



Calidez ideal para beber unas copas en La Candela

M: Vengan a visitarnos, vengan a La Candela que nosotros siempre estamos dispuestos a hacer sentir bien a la gente, cómodos, servirles un buen café, una buena cerveza en verano que puedan disfrutar de las pinturas que estén en ese momento, de la música, si es a la noche los viernes y los sábados van a encontrar algún espectáculo siempre, siempre con buena onda.

Se confunden la belleza de las palabras con la belleza de Maggie, su misterio nos envuelve, ¿es su espectro el que flota en el bar? No lo sabemos pero tenemos toda la noche para averiguar cuál es el gran misterio de La Candela.

La Candela — Callao 156 — Capital Federal . Tel 4372-7683

lacandelabar@yahoo.com.ar

MOONY — ¿No sabes qué le pasa al Osote ese peludo?
WAQUERO — No del todo.
MOONY — Porque me nada diciendo que tenemos una cita, y que la poesía de no sé qué y las flores de no sé cómo.
WAQUERO — A lo mejor quiere decirte algo a su estilo europeo ¿no sería mejor que le mandes un mail? Algunas personas se comunican mejor por mail.
MOONY — Buena idea ¿Lo tenés? Hoy le mando uno.
WAQUERO — (Algo me dice que el Guanaco va a recibir una cucharada de su propia medicina)

Gran concurso gran: La persistencia del maestro zen

Alejandro Mariatti

LA PERSISTENCIA DEL MAESTRO ZEN

By Alejandro Mariatti

Cuentan cronistas no autorizados, aunque no sé quién se encarga de autenticar la veracidad de los cronistas, que hacia el año mil novecientos cincuenta Juan Barrios y Pedro Chutro tenían una visceral, antigua y desigual enemistad. Tal vez los motivos se puedan rastrear hasta la niñez. Ambos hijos de inmigrantes pobres, criados por la calle y los potreros de Parque Patricios. Desde esa época quien llevaba la peor parte era Juan o "Juancito". "Juancito soretito", "Juancito putito" eran los calificativos que solía recibir de parte de Pedro y su barra, todos hinchas de Huracán, mientras que Juancito era la minoría de Boca en Parque Patricios. Ya entonces Pedro era un niño mucho más voluminoso y enérgico que sistemáticamente lo "fajaba".

En la primaria casi todos los días Pedro se esforzaba en darle una muda y contundente lección a Juancito, la cual, aunque Juancito no lo apreciase, era tal vez más real y útil que la lectura y las cuentas. Era lo básico de la educación callejera.

Luego, cuando cada uno de los muchachos tuvieron que trabajar; se podían considerar demasiado afortunados por haber hecho el primario; los encuentros se espaciaron, tenían trabajos diferentes. Juancito hacía el reparto de la verdulería de Don Giovani y Pedro era aprendiz y repartidor en una carnicería. Igual la persistencia de Pedro era tal que podría pensarse que el único objetivo o diversión de éste era hacerle la vida imposible a Juancito. Le encantaba esperarlo cerca de su casa y asustarlo, haciéndole pensar que lo iba a matar cualquier día de esos. Pedro no tenía que hacer gran cosa, sólo pararse cerca de la puerta a la noche junto a su barra de amigos de la barra brava de Huracán.

Luego de varios años de soportar este asedio, Juancito pidió ayuda a sus amigos de la barra brava geneise. El favor le costó bastante caro, pero Juan pensaba con ello lograr paz o al menos una tregua. La

estrategia consistió en hacerse seguir por Pedro hasta territorio cercano a las vías de Constitución, ese ya era terreno geneise. Allí lo esperaron tres muchachos que se encargaron de frenar a Pedro y ablandarlo un poco con palos y cadenas. Entonces vino lo interesante, pues se hizo cargo de todo “el Urso” Francchini, el cual doblaba en tamaño y fuerza a Pedro. En esa ocasión Pedro no pudo volver sobre sus piernas a casa. Alguien corrió la voz y unos amigos lo fueron a buscar. Pasó varias semanas de convalecencia, su rostro agregó varios costurones a la amplia colección. Juancito respiró tranquilo por un tiempo.

Cuando Pedro volvió al trabajo y se cruzó con él, no dijo nada. Ni lo miró. Juancito pensó que había triunfado y siguió con sus repartos. Se cruzaba con Pedro pero éste parecía huirle. Juancito lo vigilaba por el rabillo del ojo, calle por medio para estar seguro de si Pedro lo vigilaba o no. Como alguien condicionado a recibir palos no podía terminar de creer que su enemigo lo dejase en paz, tal vez se había acostumbrado. De todos modos no tuvo oportunidad de pensarlo demasiado, pues llegó la hora de pagar el favor a la barra de Boca. No fue demasiado, sólo algunos cajones de frutas que tuvo que perder por el camino y lo más importante, un par de trabajos como campana. En uno de ellos estuvo a poco de caer.

Cumplidos los pagos, Juancito se sintió libre por primera vez en su vida. Justo ahí, cuando ya se sentía listo como para dejar atrás el miedo, cayó preso el “Urso” Francchini. Fue una cama muy bien preparada. El dato había sido bueno pero la cana comenzó a salir debajo de cada adoquín. Le colgaron quince años por robo a mano armada. Eso no era lo peor, sino que su destino fue Caseros, donde había muchos amigos de Pedro y los suyos. Al mes de estar allí El “Urso” supo lo que son los dolores de la úlcera perforada, pero desde afuera hacia adentró y sin cura. Dicen que estuvo casi dos horas retorciéndose en el baño, rodeado por varios internos que nada podían ni querían hacer para aliviarlo.

Juancito supo la noticia al día siguiente. Un enviado de la barra de Boca se lo dijo. El mensaje era claro y seco, desde ese momento estaba por su cuenta. Juancito entonces supo lo que es el miedo tangible, mordiéndole la nuca.

Al día siguiente los recorridos de ambos se cruzaron. Pedro volvió a mirarlo a los ojos. Sonrió con su boca torcida por los costurones y lo saludó como si de amigos se tratase. Junacito durante dos días estuvo enfermo con fiebre, diarrea y vómitos. Al tercer día volvió al trabajo entre las duras reprimendas de Don Giovani el verdulero.

Un mes estuvo Juancito soportando el asedio de Pedro y su barra. Se

le cruzaban por el recorrido, hacían guardia frente a la casa, y a la noche, cuando llegaba a su casa, Juancito siempre distinguía recortada en la penumbra la silueta de Pedro. Podía sentir sus turbios ojos estrangulándolo lentamente. Mientras transcurría este mes pudo sentir como la conspiración crecía a su alrededor.

Nadie sabe cómo se dio la cadena de "casualidades". Tal vez alguna oscura mano agitó los dados, pero Juancito tuvo la ocasión y la aprovechó. El treinta y uno de octubre del año mil novecientos cincuenta, Don Giovani le encargó a Juancito por primera vez ir con el camión nuevo a buscar la fruta al mercado del Abasto. Volviendo del encargo con el inmenso camión Fiat cargado de frutas, desde poco más de cien metros vio a Pedro y su barra parados en la esquina del frigorífico. Ninguno vio venir el camión, sólo lo escucharon cuando ya lo tenían casi encima, acelerando a cien kilómetros por hora y yendo directo hacia ellos. Casi ninguno pudo reaccionar, menos que nadie Pedro, que se petrificó en un último gesto de incredulidad y estupidez. El inmenso camión se incrustó en el paredón con toda su masa, el cuerpo de Pedro quedó entre medio de dos materiales mucho más duros que la carne. Junto a él quedaron otros cuatro, que aportaron confusión al amasijo de carne. Juancito quedó tendido en medio de la calle, pues se tiró antes del choque y rodó sobre el empedrado rompiéndose un brazo, varias costillas y la rodilla derecha.

A los bomberos les costó un par de días despegar y separar los pedazos de la ex barra de amigos tanto del camión como del paredón. Podríamos llamarlo un fraternal abrazo más allá de la tumba.

A partir de ese momento es que a esa particular masa de carne, piel, vísceras machacadas entre dos materiales duros, apenas sostenidos por jirones de tela, se la llama "chutro", tal vez en un macabro y onomatopéyico homenaje a alguien sólo memorable por su muerte.

En cuanto a Juancito, no le mejoraron las cosas en absoluto. Cayó casi sin escalas en la cárcel de Caseros. En vano fue alegar emoción violenta por amenazas y hostigamiento o defensa propia. Pedro y los suyos también prestaban sus servicios a un par de diputados y concejales peronistas. Contra todas la previsiones, Juancito en Caseros volvió a ser Juan, los amigos de la barra algo intentaron pero pronto desistieron. Juan Barros ya estaba más allá del miedo y contaba con el apoyo de otros; el hombre se la había jugado y la cosa se terminó, decían los más pesados del pabellón. Poco tiempo duró allí Juan, que a esta altura le decían "El hombre que ríe". Antes de que llegase la Revolución Libertadora Juan Barros había sido internado en el Hospital Borda, donde aún vive o más bien

subsiste con sus setenta y cuatro años a cuestas.

Suele sentarse todo el día en un banco, donde se queda inmóvil, sonriendo beatíficamente hasta que es llevado por los enfermeros. Sólo rompe el silencio cuando algún interno para embromar le pregunta: “¡Ché Juancito! ¿Y Pedro?” Entonces los ojos de Juancito se iluminan con un brillo de hilaridad y sólo repite con voz estentórea: “¡Pedro Chutró! ¡¡Ja ja ja ja!! Pedro Chutró …” y repite una y otra y otra vez la misma salmodia hasta que llega el anochecer y se calla cuando lo vienen a buscar.



WAQUERO — ¿Y ahora por qué lloras?
GUANACO — Por que la Moony se fue al cine con el oso… ¡Buaaaaaaa!
WAQUERO — Te lo merecés por hacerle esa sucia jugada al Sorn.
GUANACO — ¡Buaaaaaa…! En la guerra y en el amor todo vale… ¡Buaaaaaaa!
WAQUERO — ¿Entonces? Bancáte ahora…
GUANACO — ¿Buaaaaa? Never, jamás… Moony será mía o de nadie. No entiendo, Waquero, ¿qué es lo que hago mal? Yo soy un romántico, trato a la mujer como una dama, soy… soy…
WAQUERO — Sos un caso serio, eso sos.

Eurander

Baldor

Waquero — Creo que es una idea genial que todos aquellos que quieran comunicarse con Baldor (O con Sorn) tengan la posibilidad de hacerlo a baldormars@yahoo.es y los que quieran comunicarse con el Guanaco, cosa que dudo, pero sí con las chicas o conmigo, lo pueden hacer a waquero@keko.com.ar

Drimguorcs

Michael Ende

Michael Ende no fue un escritor muy prolífico, ni tampoco excesivamente precoz. Su primera novela, *Jim Button* (*Jim Knopf und Lukas der Lokomotivfuhrer*), fue publicada en 1960 (Ende nació en Garmisch-Partenkirchen, Alemania, en 1929), tras dos años de rechazos. Por esta novela recibió el Premio Alemán de Literatura para Niños, lo cual le convenció de dedicarse a la literatura. Previamente había trabajado como actor, crítico de cine y director de teatro.

Aún tardaría, sin embargo, trece años en publicar su siguiente libro, *Momo*, una auténtica obra maestra de la literatura infantil (al nivel de *El Hobbit* y pocas más). Nuevamente le acompañaría el éxito crítico, con la concesión del Premio Alemán de Literatura para Adolescentes en 1974, y de público (pese a que hubo dudas respecto a su publicación por su contenido crítico). Finalmente, el auténtico punto álgido de su carrera llegó con la publicación en 1979 de *La Historia Interminable* (*Die unendliche Geschichte*). La novela entró directamente en lo alto de la lista de las más vendidas en Alemania Occidental y se mantuvo en ella durante tres años. Desde entonces ha sido traducida a más de treinta lenguas y publicada con éxito en todo el mundo, contribuyendo en parte a su popularidad la película rodada en 1984 por Wolfgang Petersen (aunque Ende mismo renegó del proyecto por su oposición a algunos de los cambios operados sobre su historia al ser llevada al cine). Otras obras suyas son *Der Spiegel im Spiegel* (*El Espejo en el Espejo*), 1986, o *Der Satanarchaolugenialkohollische Wunschpunsch* (publicado en inglés

bajo el título *The Night of Wishes*), 1989.

En 1994 se le diagnosticó un cáncer de estómago y se inició el tratamiento para combatirlo. En enero del año siguiente se dio por finalizada la cura, sin embargo, tres meses más tarde el cáncer se reprodujo y, finalmente, el 28 de agosto de 1995, Michael Ende moría a los 65 años, dejando tras de sí un legado que ha fascinado a niños y adultos por igual a lo largo y ancho del mundo.

http://fly.to/NESonline
http://www.fantasien.net/tnes/about.html

El libro

Posiblemente *La Historia Interminable* sea uno de los libros de fantasía más importantes jamás escrito. Durante el siglo XX, únicamente Tolkien y su obra magna, *El Señor de los Anillos*, puede considerarse de mayor calado a todos los niveles (pero claro, aquí ya hablamos de cosas mayores). Se trata de una novela excepcional, pues no sólo acaba ofreciendo todo cuanto promete (imaginación a raudales, aventura, fascinación…) sino que también llega hasta mucho más hondo de cuanto podríamos imaginarnos inicialmente, componiendo una reflexión sobre la fantasía (y su complemento: la realidad), la ficción, los sueños, los anhelos, los libros y tantas otras cosas que se descubren con cada relectura.

¿Se podría definir entonces *La Historia Interminable* como un libro simbólico? Personalmente, creo que sería enormemente injusto. La novela no trata de encajar grandes ideas sobre una trama más o menos secundaria, sino que, más bien, es posible ahondar cada vez más en sus frases y descubrir por uno mismo los tesoros que encierran. Tal vez un tesoro distinto para cada lector que se aventure en sus páginas, pues ya nos lo avisa Koreander: hay muchos medios de llegar a Fantasía y la experiencia es distinta para cada viajero. Michael Ende comparte con todos nosotros su aventura (su agua de la vida) y eso es algo que debemos agradecerle, de todo corazón.

Hay muchos aspectos que podrían destacarse. El más llamativo de ellos quizás sea el estar escrito en dos colores: verde para el mundo de Fantasía, rojo para el mundo real de Bastian. El autor juega también con la idea del libro dentro de un libro (durante el clímax

intermedio) e introduce insidiosamente la idea de que el propio lector está involucrado en la trama, pudiendo fácilmente imaginarse otro volumen que nos contenga a nosotros mismos mientras seguimos las aventuras de Bastian y Atreyu. ¿Quién sabe si, a poco que nos descuidemos, no podemos terminar también en Fantasía, entre criaturas asombrosas y paisajes deslumbrantes, enfrentados a horrores sin nombre y con la posibilidad de entrever, aunque sólo sea por unos instantes, a la Emperatriz Infantil?

También son de resaltar los “malos” de la función. Totalmente atípicos y, por ello, mucho más amenazadores. Por un lado tenemos la Nada, la negación misma de la realidad (o, quizás, de la fantasía). Aterradora ante su inevitabilidad y terrible por ser el reflejo de la pérdida de la capacidad de soñar en el mundo real (donde su actuación es más emboscada, pero no menos destructiva). Ni siquiera Gmork, el terrible hombre-lobo que persigue a Atreyu, puede evitar ser lo que es, una criatura de Fantasía, y su actuación acaba siendo determinante para que Atreyu complete su búsqueda y para que Bastian acepte su destino.

La segunda parte del libro es más problemática. Mientras su primera mitad es un libro de aventuras en un sentido más clásico (con la salvedad de las conexiones entre ambos mundos), el devenir de los acontecimientos va tomando un cariz mucho más oscuro mientras Bastian tiene que aprender lo que significa el poder y debe seguir el tortuoso camino de los deseos si quiere regresar a casa. El enemigo es en este caso el propio héroe y otra fuerza intangible: el olvido. Se trata, sin duda, de una lectura mucho más compleja (y, a la postre, más satisfactoria). Conjura imágenes de gran belleza y reflexiones de lo más interesante. Podría explayarme contando mi interpretación de los acontecimientos pero ¿para qué? Jamás podría hacerlo de forma tan magistral como Ende y es muy probable que su fuerza radique, precisamente, en la exploración personal de las ideas esbozadas (exploración interminable, como la misma historia; se renueva una y otra vez).

Siento la tentación, una y otra vez, de comentar pasajes o situaciones o reflexiones, pero no es ése el objetivo de esta reseña. Lo único que pretendo es animar a todo el mundo a leer o releer esta obra maestra (no creo que el segundo objetivo sea muy difícil de lograr, ya que basta un leve empujoncito para animar al explorador ya curtido en Fantasía a volver a ella). Dejo, sin

embargo, abierta la posibilidad de compartir experiencias a través del correo electrónico (como Bastian y Karl al final del libro). Ahora, si me perdonáis, tengo que volver al Pantano de la Tristeza. Me he dejado a Atreyu desconsolado llorando a Artax y por delante me espera la vieja Morla. Y ese maldito Gmork anda tras la pista del pielverde… claro que esa es otra historia, y tendré que leerla otra vez.

Clasificados: Busco superglú para arreglar pequeño desperfecto en la espada.
Ref. Aragorn.

La película

El camino para llevar el libro de Michael Ende al cine fue tortuoso. Primero, por las propias reticencias del autor, enamorado de su obra y deseoso de transmitir fielmente su espíritu. En segundo lugar por la gran dificultad técnica que entrañaba, y que la convertían en uno de los proyectos más ambiciosos del cine europeo.

En 1981, apenas dos años después de su publicación, el productor Dieter Geissler se puso en contacto con Ende para negociar la adquisición de los derechos cinematográficos. Se inicia entonces un baile de guionistas y directores ante la preocupada mirada del autor hasta que ambas tareas recaen sobre Helmut Dietl (Ende optaba por Andrzej Wajda o Akira Kurosawa), que contaría con un presupuesto de 25 millones de marcos. Este presupuesto hacía imprescindible contar con el mercado internacional (especialmente el estadounidense) para recuperar la inversión. Tal necesidad se hizo aún más acuciante cuando, tras contratar al experto en efectos especiales Brian Johnson, el presupuesto subió hasta los 50 millones y se decidió dividir la acción en dos películas.

El primer guión, obra de Helmut Dietl, recibió el visto bueno de Ende, pero los productores consideraron que resultaba demasiado largo y complicado, así que se encargó el guión a Herman Weigel y cuatro meses más tarde se sustituía a Dietl por el director Wolfgang Petersen, recién salido del gran superéxito *El Submarino* (*Das Boot*) y a punto de iniciar su carrera americana (*Enemigo mío*, *En la Línea de Fuego*, *Estallido*, *Air Force One* y *La Tormenta Perfecta*). Tales cambios no fueron del agrado del autor que demandó a los productores

desligándose del proyecto. Al final, su nombre no aparecería en los títulos de crédito salvo una pequeña mención al final (Ende pretendía retirar su nombre por completo).

Finalmente, el rodaje comenzó en mayo de 1983, en los estudios de la Bavarian Film Company (ese verano sería el más caluroso en Alemania de los últimos 25 años), prolongándose durante todo ese año. Se rodó íntegramente en estudio salvo las tomas del viaje a caballo de Atreyu por Fantasía, que se rodaron en España, las tomas del mundo real de Bastian, filmadas en Vancouver, y las tomas aéreas donde insertar a Fujur, el dragón blanco de la suerte, rodadas en EE.UU. El estreno fue el 6 de abril de 1984 en Alemania Occidental.

Con un presupuesto negativo de 27 millones de dólares, la película fue todo un éxito, recaudando en todo el mundo 100 millones (de los que al final sólo el 20% correspondieron a Estados Unidos). La secuela era pues un hecho… aunque mejor hablar más adelante de ella.

¿Se trata de una buena película de fantasía? Sin duda, una de las mejores que se han hecho nunca, pero… ¿Es una buena adaptación? Aquí las cosas ya no están tan claras. Los cineastas logran una buena nota a la hora de llevar el mundo fantástico a la pantalla: destacaría en especial algunas criaturas como el Comerrocas y escenarios como la Torre de Marfil, surgiendo brillante con las notas de Giorgio Moroder de fondo (en la versión alemana la música es toda de Klaus Doldinger, y esta secuencia en concreto tiene una composición diferente que no he tenido ocasión de escuchar).

Fujur es un tanto curioso al principio, pero se hace simpático, y teniendo en cuenta la fecha de su estreno, es un efecto especial más que satisfactorio. Desgraciadamente, los medios técnicos no permitían mostrar la increíble gama de criaturas maravillosas que pueblan el libro de Ende (casi cada página supone un nuevo descubrimiento).

En otros aspectos la cosa empieza a flaquear bastante. Casi toda la profundidad de que hace gala el libro está ausente en la película. La Nada es una tormenta, Gmork un contrincante normal y corriente y Bastian un niño bastante anodino (se hace difícil imaginar que

pueda estar interesado en un libro cuya historia pueda durar por siempre). Algunos puntos clave se alteran (el paso de las tres puertas, visualmente interesante, aunque decepcionante como momento clave de la aproximación de Bastian a Fantasía. Y, por último, llega el final… del cual casi es mejor no hablar, ya que supone un cambio total e injustificable con respecto tanto al libro como a las ideas contenidas en él (convierte todo lo anterior en un mero espectáculo pirotécnico, que no deja tras de sí más que humo e imágenes bonitas, cuando podría haber sido mucho más).

De la segunda parte mejor no hablar demasiado. Ya se ha comentado en la sección referente al libro que las aventuras de Bastian en Fantasía son mucho más complejas y desconcertantes. Si a esto le añadimos un presupuesto un 35% menor, el cambio de casi todos los actores y del equipo técnico y el cambio drástico de enfoque para hacerla más infantil (todavía más). Nos encontramos ante una obra muy decepcionante.

De la tercera… ¿Hay una tercera? No, nada de eso. ¿Que se llama *La Historia Interminable III*? Como si quiere llamarse *El Ataque de los Devoradores de Cebollas*. El nombre no hace a la película, y es mejor dejar en el olvido aquello que nunca debió ver la luz.

En definitiva, de la obra de Ende se obtuvo una película valiosa y entretenida, aunque algo decepcionante en aspectos clave. Hermosa por momentos, emocionante y capaz de despertar un sentimiento de maravilla ausente de las pantallas desde mediados de los ochenta (los años noventa se caracterizaron por la total ausencia de películas de corte fantástico). Sin embargo, no es una puerta a Fantasía, como muchos hubiéramos deseado. No llego hasta los extremos de Michael Ende, que llegó a declarar que le hubiera gustado conseguir todas las copias de las películas y quemarlas, pero sí me quedo con la misma insatisfacción con que salí del cine hace ya dieciocho años (con el libro recién terminado de leer).

Tal vez ahora, con el ejemplo de Peter Jackson y su trilogía, podamos disfrutar de una adaptación a la altura de las circunstancias. Mientras tanto, siempre podemos volver a poner en el vídeo la película de Petersen y disfrutar de sus imágenes, rellenando los huecos con nuestra imaginación. Todo con tal de que Fantasía siga viva y sea cada vez más grande (y eso pese a que todos sabemos una gran verdad, que Fantasía no tiene límites).

http://obelix.maschinenbau.tu-ilmenau.de/~paulchen/prod/history/timeline.htm

http://spanish.imdb.com/Title?0088323

Clasificados: Vendo juego completo de guantes por reajuste en el número de dedos.
Ref. Sauron.

Clasificados: Vendo o traspaso chaletito en las montañas. Perfecto estado. Indispensable quedarse también con los gorrones.
Ref. Elrond.

La canción

Dentro de la banda sonora (americana) de la película, uno de los puntos fuertes fue la canción, interpretada por Limahl, que se convirtió rápidamente en uno de los bombazos del año (hasta el punto de ser repetida machaconamente y a todas horas; pero eso es otra historia, etc… etc…). Aquí tenéis la letra:

Turn around,
Look at what you see,
In her face,
The mirror of your dreams,

Make believe I'm everywhere,
Living in your life,
Written on the pages,
Is the answer to a neverending story,
(aaah,aaah,aaah)

Reach the stars,
Fly a fantasy,
Dream a dream,
And what you see will be,

CHORUS:

Rhymes that keep their secrets,
Will unfold behind the clouds,
And there upon the rainbow,
Is the answer to a neverending story,
(aaah,aaah,aaah)

Story…
(aaah,aaah,aaah)

Show no fear,
For she may fade away,
In your hands,
The birth of a new day,

CHORUSx1

Neverending story…(aaah,aaah,aaah) x 4 to fade

http://asm1969.hypermart.net/lyrics.htm

Y su traducción:

Date la vuelta.
Contempla lo que ves.
En su cara,
el espejo de tus sueños,

Cree que estoy en todas partes,
viviendo en tu vida.
Escrita en las páginas,
está la respuesta a una historia interminable.
(aaah,aaah,aaah)

Alcanza las estrellas.
Vuela una fantasía.
Sueña un sueño.
Y lo que ves será.

CORO:

Rimas que guardan sus secretos,

se desvelarán tras la nubes,
y allí sobre el arcoíris,
está la respuesta a una historia interminable.
(aaah,aaah,aaah)

Historia…
(aaah,aaah,aaah)

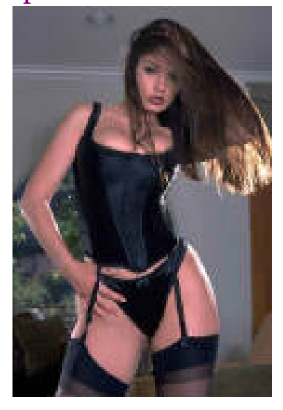
No muestres miedo,
Pues podría desvanecerse.
En tus manos,
El nacimiento de un nuevo día.

CORO: x2

Historia interminable…(aaah,aaah,aaah) x 4 hasta apagarse

Clasificados:
Se busca: Tom Bombadil. Descripción: Sujeto sencillo, de chaqueta azul brillante y zapatos amarillos. Fue visto por última vez en compañía de Glorfindel. Se recompensará cualquier noticia sobre su paradero.
Ref. Baya de Oro.

WAQUERO — Bueno nuevamente llegamos a este final del Ander que…
GUANACO — Protesto. Yo quiero que alguien que no sea Waquero empiece a escribir mi vida.



Nos vemos el próximo mes mis queridos, un delicioso… Miauuuu…

BALDOR — Podrías empezar por no escribir tú los mails de los demás. La próxima vez podría ser más dolorosa.
LA STREGA — Guanaquito, deja de hacerte mala sangre. Yo hacía lo mismo que vos ¡Sabés las veces que Waquero escribió mails diciendo que era yo!
GUANACO — ¿¡¿¡ QUÉ!?!? ¿Quiere decir que aquellos mails tan apasionados que me mandabas...?
WAQUERO — Sí, era yo.
SORN — ¡Cómo! ¿Tú también?
GUANACO - ¡Buaaaaaaaaaaaa! Por qué me hacen esto, yo que no molesto a nadie.
MOONY — Guany si te portas bien el fin de semana salgo con vos.
GUANACO — No, porque lo harías por lástima.
WAQUERO — ¿Acaso importa, Guanaco?
GUANACO — Shhhhh... Que quiero que le de más lastima, así por ahí ligo un beso.
LA STREGA — Guanaquito, lo único que vas a ligar es una patadita en tu hermoso trasero peludito.
MOONY — Guanaco, si tenés tantas ganas de salir conmigo, ¿por qué no me lo decís?
GUANACO — ¿Querés salir conmigo Moony?
MOONY — No.
BALDOR — Guanaco, saca la cabeza del horno, que bastante nos ha costado limpiarlo de pelos de oso.
SORN — Es que no sabés como se hace. Observa. ¿Moony, mi amor, quieres salir otra vez conmigo?
MOONY — No.
GUANACO — Buaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.
SORN — Buaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.
WAQUERO — Bueno, queridos lectores un abrazo grande como este mundo. Hasta el próximo Ander.





Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**